

El país de los crepúsculos

SEBASTIÀ BENNASAR



Ha llegado el frío en la Vall de Boí. Y, con las primeras nevadas, también ha llegado un implacable asesino que va dejando cadáveres torturados y martirizados en las iglesias de este valle, todas ellas Patrimonio de la Humanidad. El comisario Jaume Fuster un hombre que no teme a nada ni a nadie, tendrá que combatir viejas supersticiones medievales en medio de la belleza del lugar, donde todo vuelve, también los lobos. Una novela que nos transporta hasta uno de los parajes más bellos de los Pirineos, en un ambiente de intenso frío nórdico mezclado con el carácter mediterráneo y la violencia americana.

Sebastiá Bennasar

El país de los crepúsculos



Título original: *El país dels crepuscles*

Sebastià Bennasar, 2013

Traducción: Sebastià Bennasar, 2015

Revisión: 1.0

26/07/2019

Para Josep Forment, siempre con nosotros

*Para Lenita y Jaume, mis mayores proveedores de libros
cuando eran necesarios*

Te gustaría saber cómo son los pueblos de América. Te gustaría ver si hay ríos como el Segre y niños como tú, con la abuela y la maleta de cartón, y niños como Andreu y Pere y Cisco, y si los niños como tú y Andreu y Pere y Cisco juegan a hacer cine.

JAUME FUSTER

Tarda, sessió continua, 3,45.

I

A Quimet todo el mundo continuaba llamándolo Quimet aunque ya había pasado de los sesenta. Tanto, que ya estaba más cerca de los setenta. Era de las pocas personas que podía dar las gracias a la crisis económica. Quimet había pensado que se moriría sin poder pasar el oficio a nadie y que tendrían que venir pastores de fuera, que ni siquiera conocían el país, a hacerse cargo de los rebaños que tenía arriba, en la montaña. No eran suyos, Quimet no había tenido nunca nada que fuese suyo, pero los sentía como propios. Al fin y al cabo los amos, vete tú a saber si en Lleida, en Barcelona o en el fin del mundo, nunca veían a las ovejas ni las vacas. Cada mes le pagaban el sueldo, regularmente, y él hacía lo que quería. Solo se tenía que entender con los capataces, que estaban en el Pont de Suert y que también eran unos empleados como él. Así no tenía que rendir cuentas a nadie, porque a él eso de guardar ovejas ya le iba bien, pero no sabía demasiado de números.

Había ido a la escuela solo hasta los seis años, y después aprendió las cuatro reglas con el cura del pueblo, en invierno, durante las noches oscuras y gélidas. Aquel hombre, de quien no recordaba el nombre, era una buena persona que habían desterrado allí arriba porque en el fondo era un rojo y no lo querían haciendo misas en Barcelona. En el valle no molestaría al obispo. Pobre hombre. Quimet todavía recordaba a la perfección cómo al cura se le agrietaban las manos a causa del frío en aquellas iglesias donde a menudo las estufas no funcionaban porque no había llegado el reparto de butano —el camión a menudo no podía pasar por entre la nieve, precisamente cuando más falta hacía—. El cura aprendió la lección y en pleno verano hacía una buena

provisión de butano para lo que pudiese pasar.

Quimet siempre había sido pastor, solo, desde que a los ocho años su padre lo envió montaña arriba porque él estaba enfermo y alguien tenía que hacer el trabajo. Ya no lo vio vivo nunca más. Mientras él estaba con las ovejas cerca de los estanques de Delluí, el padre se moría de un cáncer que nadie había encontrado a tiempo. Quimet ni siquiera pudo llegar para ir al entierro. De hecho, el padre siempre había sido un poco extraño y esquivo con él, siempre estaba en la montaña, siempre lejos de casa. Es verdad que cuando llegaba lo acariciaba y le traía cuernos de sarrío tallados en los que había figuritas, pero nunca lo había sentido próximo. Hasta que dejó de estudiar y empezó a ir a guardar ovejas con él, arriba, en los prados. El padre, en aquellos dos años escasos que pasaron juntos en el bosque, le enseñó todo lo que sabía de la montaña: cuáles eran las buenas hierbas para curar heridas, dónde encontrar comida para hacer unas buenas sopas, cómo prever el cambio de tiempo y las nevadas, dónde estaban las cabañas para refugiarse en caso de mal tiempo, cómo encender el fuego, y a tener siempre yesca y pedernal encima.

Ahora Quimet estaba inquieto. A su lado dormía su nieto, un arquitecto de veintisiete años a quien la crisis había empujado montaña arriba a tomar el relevo del abuelo, que se lo tendría que enseñar todo. Entre otras cosas a estar inquieto cuando en medio de la noche oyese aquellos aullidos. No los había escuchado nunca, pero Quimet sabía perfectamente que tendrían problemas si aquello continuaba. Porque esos aullidos eran los del lobo. Y no estaba lejos.

—Quim, despierta.

—¿Qué pasa, abuelo?

—El lobo.

—¿Qué lobo?

—Calla y escucha.

Entonces los dos lo volvieron a oír. El aullido del lobo, y ahora sí, la réplica de los perros alborotados en las casas de Durro, e incluso en las de Barruera. Las ovejas estaban inquietas. Eran las dos de la madrugada y los dos hombres salieron de la cabaña para ir al encuentro del animal.

—Pero, abuelo, ¿no estaban extinguidos los lobos en el Pirineo?

—Todo vuelve, hijo, todo vuelve, incluso los jóvenes a pastorear.

Los dos hombres caminaban por el sendero que llevaba a la ermita de Sant Quirc. La primera nevada del año había sido fuerte. Había un palmo de nieve acumulado y eso hacía que el paso fuese más complicado. El pastor casi no notaba el frío; su nieto, en cambio, temblaba dentro del abrigo de tecnología punta que utilizaba para ir a esquiar en los buenos tiempos, cuando la vida era prometedora y la montaña era ocio y no trabajo. Tenía los pelos del cogote erizados. Pero aquello no era frío, era miedo. Los dos hombres llevaban las luces de los frontales encendidas. Quim joven llevaba en las manos la escopeta con la munición para los jabalíes. Quimet llevaba su cayado. Siempre había dicho que no había nada más seguro que aquella vara de nogal de metro y medio con la que una vez, hacía más de veinte años, le había quebrado el espinazo a dos perros asilvestrados que le habían matado tres ovejas. Confiaba en aquella madera, aunque nunca se había encontrado con ningún lobo.

Los dos hombres llegaron hasta la puerta de la iglesia y allí encontraron a la bestia. La pudieron mirar a los ojos y vieron cómo abrevaba el morro en un charco de sangre que había en la entrada. Quim joven amartilló el arma y se la puso en la cara. Estaba a punto de disparar cuando notó la mano del abuelo que le bajaba el cañón. El lobo se fue. De hecho, era una loba, y a pesar de la oscuridad el hombre viejo intuyó que la curva del vientre anunciaba una lobada de manera inminente. Era algo que no entendía demasiado, pero ya pensaría con claridad cuando se hiciese de día y pudiese observar bien las marcas que había dejado en el terreno. Poco a poco se fueron desvaneciendo los aullidos al fondo del valle y los dos Quim llegaron a la puerta de la iglesia.

—¿Por qué no has querido que le disparase, abuelo?

—Porque ningún animal tiene que morir a manos de un hombre si no es estrictamente necesario. Y porque o mucho me equivoco o aquella loba estaba preñada.

—Con más motivo tendríamos que matarla.

—Quim, si vuelves a decir eso te mando montaña abajo hasta la ciudad y aquí no vuelves, ¿entendido? Somos nosotros, los humanos, los que tenemos que aprender a convivir con la naturaleza. Y si el lobo vuelve, debe de ser que alguna cosa está empezando a cambiar y lo está haciendo para bien. Cuantos

más animales haya y cuantas más plantas propias nos encontremos mucho mejor, más sano está el bosque. El lobo y el oso tienen que vivir aquí, en casa.

—Está bien, abuelo, no te enfades, pero tal vez debes de ser el único pastor que piensa así...

—No es malo ser único en alguna cosa.

Los dos hombres callaron cuando llegaron a la puerta de la iglesia. Encontraron los restos del charco de sangre, pero no se veía nada más, ningún animal. Hasta que miraron hacia arriba. El campanario de Sant Quirc estaba coronado por una cruz. Y de allí colgaba una cabeza humana que goteaba sangre y creaba el charco donde se había abrevado el lobo.

II

El monasterio de Santa Maria de Lavaix estaba cubierto casi por completo por las aguas heladas del pantano de Escales. Heladas no era exactamente la palabra, sino muy frías. Todavía no habían llegado a su punto de congelación, si estuviesen heladas la excursión de submarinismo arqueológico no habría tenido ningún sentido. Nos sumergimos. El agua tenía aquella densidad pantanosa que la hacía extraña. No bajaríamos a demasiada profundidad. De hecho, la visita acuática a lo que quedaba de Santa Maria de Lavaix la habríamos podido realizar a la perfección sin las botellas de oxígeno que llevábamos en la espalda, pero como habíamos estado haciendo submarinismo en diferentes puntos del pantano ya nos daba igual llevar algo de peso suplementario para explorar con comodidad entre las ruinas medievales de Lavaix.

Lo mejor del submarinismo es el silencio. Allí, bajo las aguas, solo oyes los sonidos distorsionados que llegan desde un medio que no es el nuestro. Desaparecen las conversaciones, los ruidos de los coches, se entra en una densidad pesada acompañada por los doce siglos de historia de aquellas piedras que sobreviven como pueden a los embates del tiempo y de las aguas que suben y bajan en función de una climatología altamente variable. Salimos quince minutos después, ya no queda aire en las botellas y las tres inmersiones a tan baja temperatura nos han dejado el cuerpo al ralentí, bajo mínimos.

—¿Qué, Jaume?, ¿qué te ha parecido nuestra joya?

—Madre mía, debió de ser un monasterio inmenso en la época.

—Ya lo creo, Lavaix ha marcado la historia medieval de la zona, la de la

cristianización, la de las conquistas. La mayoría de restos que has visto bajo las aguas del pantano corresponden a la iglesia que mandaron construir los barones de Erill a partir de 1140, pero entonces el monasterio ya tenía casi tres siglos.

Hacía tanto frío mientras volvíamos al Pont de Suert en la zódiac que casi no me podía concentrar en las palabras que me decía Miquel, que se veía que disfrutaba con la visita turística y explicando todo lo que sabía de sus tierras, una actitud que siempre me ha gustado.

Hacía tres días que había subido al Pont de Suert para impartir un cursillo sobre técnicas de búsqueda criminal a los *mossos* que estaban desplegados allí. En realidad esta formación le correspondería a los responsables de la comisaría de la Seu d'Urgell, responsables de la Región Policial del Pirineo Occidental, pero como iban justos de personal, Miquel Serra, inspector del Pont de Suert, se las arregló para que fuese yo quien subiese desde Barcelona a impartir el curso. Me convenció con un puñado de argumentos sencillos y prácticos: buena comida, aire libre a espuestas para los días libres, una visita guiada privada a las iglesias románicas de la Valí de Boí y, sobre todo, la posibilidad de aquella excursión submarina al pantano de Escalles. En conjunto, casi unas vacaciones pagadas. Y las necesitaba.

No dije nada mientras llegábamos al Pont de Suert. Solo esperaba la ducha caliente y la comida, que seguramente tendría un alto poder calórico, para rehacerme. Ignoraba si el capitán Cousteau había grabado nunca en temperaturas tan bajas, pero sí que tenía muy claro que yo nunca había hecho submarinismo en aguas tan heladas. Aquello no tenía nada que ver con las excursiones a las islas Medas o con los baños en Valencia o en Cabrera.

—Esta noche nevará. Será la primera nevada fuerte del año.

Aquello sí que lo oí a la perfección.

—Ya verás, te encantará. El valle está más bonito que nunca cuando se cubre de blanco. A mí cada año la primera nevada me provoca una alegría especial, es el inicio del invierno, la estación más maravillosa del año y, para nosotros, la más rica.

—Cojones, Miquel, si todavía no ha empezado a nevar y ya hace un frío de la hostia.

—Esto no es nada. El frío de verdad empieza después de haber nevado.

Con aquellas previsiones climáticas, el arroz caldoso de setas y jabalí que nos había preparado la madre de Miquel me parecía una maravilla. El inspector era hijo del hotel Farré d'Avall, de Barruera, y allí estaba yo, en una habitación del último piso, con vistas hacia la montaña, que ya estaba cubierta de niebla. Fui a comer con la familia en un comedor grande donde había unas cuantas cabezas de sarrio y de jabalí disecados presidiendo el comedor familiar. Era el recuerdo de los buenos tiempos, en que la caza era una de las pocas actividades de subsistencia de las familias de Barruera.

Duchado, limpio, caliente y con la perspectiva de un buen ágape las cosas se veían de otra manera.

—¿Qué, comisario?, ¿qué te ha parecido la excursión submarina?

—Interesante y fría.

Mi interlocutor era el tío Daniel, el hermano pequeño de María, la madre de Miquel. Ahora ya se había hecho a la idea de tener la casa llena de *mossos d'esquadra*, pero cuando Miquel entró en el cuerpo tuvo el disgusto de su vida. Toda la vida haciendo de contrabandista y ahora su sobrino y ahijado se hacía de los otros. No dejaba de ser duro de aceptar.

—¿Miquel no te ha enseñado el tesoro?

—¿Qué tesoro?

—Ay, estos jóvenes de hoy en día, cómo sois.

Reconozco que estando en la cincuentena, eso de jóvenes me llegó al alma. Y eso que el tío de Miquel tampoco era tan mayor, tal vez setenta y muchos, tal vez ochenta.

—Cuenta la leyenda que Lavaix todavía esconde un gran tesoro de los señores de Erill, que nadie ha encontrado nunca. Lo guardaron en el monasterio, en un lugar secreto que pasaba de generación en generación por si en algún momento venían mal dadas. Se dice que el tesoro no se ha encontrado jamás, seguramente porque no existió nunca. Pero nosotros sí que enterramos a menudo buenos tesoros, en Lavaix, en los buenos tiempos del contrabando.

Le pedí que me explicase alguna de las viejas historias y el tío Daniel estuvo contento con la petición. Nos instalamos en una de las salas de lectura de casa Farré d'Avall. No había nadie y Miquel desapareció un rato para ir a dormir la siesta. Yo no tenía sueño y me apetecía mucho escuchar a aquel hombre.

—Mira que me han pasado cosas aquí arriba... Yo empecé a ganarme la vida con esto del contrabando acompañando a mi padre, que Dios guarde. Tenía doce años, era 1943 y lo primero que hice fue habilitar una cabaña monte arriba, en el Besiberri. Era una casita que utilizaban a veces los pastores. Tenía que tener cena y cama para cuatro o cinco personas. Recuerdo que hicimos la travesía en marzo, con toda la nieve, y que los que vinieron eran unos judíos de Salónica que hablaban un castellano muy extraño. Estaban casi muertos, con una niña que ya no andaba y que se les murió dos días después. Aquella fue mi primera subida a la montaña a hacer contrabando, lo que no me imaginaba es que también pudiesen pasar a personas.

El tío Daniel continuó hablando y tuve la sensación de que buena parte de la historia contemporánea había pasado por sus manos. Había escondido armas para los maquis de la invasión de la Valí d'Aran de 1944 y había ayudado a más de dos a huir de nuevo hacia Francia por rutas largas y duras con la Guardia Civil persiguiéndolos; había ayudado a otros maquis a entrar y salir del país numerosas veces, había entrado toneladas de tabaco de Andorra y de alcohol francés de importación, había visto morir a compañeros en la montaña por los tiros de la Guardia Civil o de los gendarmes, y había atracado entidades bancarias e incluso el autocar que subía la paga semanal a los trabajadores que construían los pantanos. No me contestó si alguna vez mató a alguien «porque no me quedé a mirar si estaba muerto o solo herido».

—Aquel sí que fue un buen palo, nos salió muy bien porque entonces, aquí arriba, los jornales se pagaban en metálico y no con talones que no se podían cobrar, porque no había bancos. Y aquella vez les jodimos al menos doscientas mil pesetas de los años sesenta, que ya era un buen pico. Mira, tú, las reformas y las ampliaciones de la casa las pagué con la parte que me correspondió. Y mira que fue fácil, la furgoneta no llevaba ni escolta ni nada, hasta un pastorcillo de seis años les hubiese podido robar.

Aquellos hombres de montaña hicieron de todo: desde trasladar explosivos para los terroristas de ETA hasta ayudar a pasar sindicalistas y obreros perseguidos por el franquismo. Pero no todo era tan idealista, y a cambio de dinero ayudaron a pasar la frontera a Eric *el Belga*, el famoso ladrón de arte, después del robo de Roda d'Isávena.

—Mira, al final todo era cuestión de dinero y él podía pagar, y mucho. A

los pobres desgraciados que se habían enfrentado al franquismo muchas veces los pasamos gratis y nos encargábamos de volver bien cargados de tabaco, alcohol y medicamentos a la vuelta para compensar el viaje.

Las aventuras del tío duraron todavía una hora larga. Habíamos subido con unas copas de ratafia hecha en casa, con un punto áspero al final de la garganta, pero que reconfortaba en aquella tarde en la que el sol todavía tímido luchaba por no ser tapado por la negritud que anunciaba la llegada definitiva del invierno.

—Y, hombre, encontronazos tuvimos muchos, principalmente con la Guardia Civil. Por eso cuando Miquel me dijo que se quería hacer primero policía y después *mosso*, se me cayó del pedestal. Estuve más de medio año sin hablarle. Pero claro, se había muerto el gran hijo de puta y entonces él me argumentó que hacía falta una policía democrática y que la mejor manera de conseguirlo era desde dentro, y luego estuve un poco más contento. No sé si lo habrá conseguido, pero él es buena persona, y cuando me dijo que se pasaba a los Mossos entonces sí que estuve contento, aunque para que parezca que hacen algo estén todo el santo día carretera arriba y abajo, y venga a hacer controles de alcoholemia y venga a pedir los permisos de armas para controlar a los furtivos. Y bien que hacen, ¿eh?, que tienen que hacer su trabajo, pero a los de aquí ya nos tendrían que conocer. ¿Sabes cuál es el problema, Jaume? Que no sé qué les hacéis, pero en la comisaría del Pont nadie está más de dos o tres años y cuando nos empiezan a conocer, van y los cambian de lugar o ellos piden un traslado, que la vida aquí arriba es muy jodida.

Miquel volvió. Teníamos que irnos. Irene, su sobrina, nos esperaba en Taüll. Pronto cerrarían Sant Climent y tendríamos la última media hora, antes de que ella cerrase, solo para nosotros. Privilegios de tener los contactos adecuados. Aquellas pequeñas cosas son las que hicieron que aceptase subir a finales de noviembre a la Valí de Boí para impartir un curso de diez días para los *mossos*. «Lo mejor serán los dos fines de semana, y además tendrás tranquilidad para leer y para escribir», me había prometido Miquel cuando me llamó por teléfono para hacer aún más tentadora la oferta. Y, efectivamente, cuando acababa las clases cogía el Land Rover que me había dejado y volvía a Barruera o a algún pueblecito cercano. A menudo entraba en un café con un libro y con mis cuadernos y estaba un buen rato. El viernes por la tarde cogí

unos bocadillos y un par de cervezas y subí hasta la presa de Cavallers. Me comí las provisiones contemplando la quietud del pantano y las montañas que lo rodeaban. Sí, definitivamente, aquello parecían unas vacaciones pagadas.

Irene tenía veinticinco años y hacía tres que había conseguido trabajo en el Patronato del Románico de la Valí de Boí. De vez en cuando hacía visitas guiadas a las iglesias y muchos días lo que hacía simplemente era vigilarlas. Le gustaba estar en Sant Climent de Taüll porque era la más visitada de todas y siempre prefería algo más de actividad. A pesar de todo, la crisis económica había reducido los horarios y los días de visita.

—Yo siempre digo que soy una privilegiada. No solo tengo un trabajo que me gusta, sino que además, mientras trabajo, puedo hacer otras cosas.

Irene estaba estudiando el doctorado en arte, precisamente quería escribir una tesis sobre las pinturas de una de las iglesias románicas del valle, la de Sant Joan de Boí. Estudiaba las formas de representación de la violencia. Era la hija de la hermana pequeña de Miquel y había estudiado la carrera en Barcelona.

—Pero siempre he tenido claro que lo que quiero es vivir aquí. Parafraseando el poema, Barcelona es una ciudad de más de tres millones de muertos. Yo solo me siento bien aquí, entre mis piedras, mis montañas, los ríos, los sarrios, el silencio humano.

Irene me explicaba todo esto mientras volvíamos a Barruera. Miquel aprovechó que Irene bajaba al pueblo, donde había quedado con unas amigas, para quedarse en Taüll con sus amigos. Me invitó a añadirme, pero el plan era ver el partido del Barça que empezaba una hora después y pensé que aquel hombre que se deshacía en atenciones hacia mí también se merecía sus horas de recreo. Y a mí me esperaba la lectura de *El libro del desasosiego* de Fernando Pessoa, la sopa de carne de casa Farré d'Avall para cenar y un rato de escritura en mi habitación, sintiendo cómo se deslizaba la pluma Waterman sobre el papel de mi libreta Miquelrius. Sí, soy un fetichista del papel, no lo puedo evitar, de manera que acepté gustoso el cambio de acompañante.

Cuando llegamos a Barruera todavía llevaba en la retina la puesta de sol desde el campanario de Sant Climent, la manera como el valle se iba oscureciendo poco a poco. Invité a Irene a un café. Por mi culpa había bajado antes de tiempo al pueblo y era lo mínimo que podía hacer.

—Así pues, tu doctorado trata sobre la representación de la violencia en las pinturas murales de Sant Joan de Boí.

—Sí.

—¿Y cómo se te ocurrió?

—No lo sé, fue un día, poco después de empezar a trabajar en el Patronato. Entré en la iglesia y lo tuve muy claro: está desde la lapidación de San Esteban hasta uno de los monstruos del Apocalipsis... incluso la escena de juglaría que se puede ver es muy interesante porque aparecen muchas espadas; luego tenemos los animales singulares mitológicos, los peces, el dromedario, el olifante, y también la figura del lisiado. Todo esto me hizo pensar en cómo debía de ser recibida la violencia implícita en las pinturas en los siglos XI y XII, cómo lo debían de ver los hombres y mujeres que pudieron contemplar originariamente los trabajos del maestro de Boí. Y aquí empezó mi doctorado. Y bueno, comparo las representaciones de la violencia de esta iglesia también con todas las otras de la Valí.

—¿Quieres decir que en el resto de iglesias también hay representaciones de violencia?

—Claro, la Biblia y la vida de los santos son una fuente de inspiración para los torturadores más bestias. Todo está inventado. Basta que mires los martirios de los santos. Y seguramente aquellas torturas debían de ser de lo más normal, y por tanto tendríamos que pensar hasta qué punto todos aquellos martirios de santos no son nada más que descripciones realistas de lo que era habitual en la época. Sea como sea, en la Edad Media el contacto diario con la muerte violenta era mucho más fácil y frecuente que hoy en día.

—¿Y ya has llegado a alguna conclusión?

—Nunca se llega a conclusiones fiables sobre algo que pasó hace casi mil años.

Dejé a Irene una hora más tarde con la promesa de que un día de estos me haría una visita guiada a la iglesia de Sant Joan. Hacía mucho frío, la noche ya era cerrada a pesar de ser tan solo las ocho. En mi habitación se estaba muy bien. Aproveché para escribir un poco. Ya leería después de cenar. Eran casi las diez cuando bajé al salón. Había un plato de sopa preparado y pan con queso. No se podía pedir nada mejor. El tío Daniel pasó a desearme una buena noche. Y yo me hundí en el sofá de lectura con Pessoa.

«He llegado a Lisboa, pero no a una conclusión». Como Irene, pensé, y como todos. Cuando me metí en la cama ya hacía más de tres horas que nevaba con fuerza.

III

Fue don Ramón quien vino a sacarme de la cama. Debían de ser las cuatro de la mañana y yo estaba cansado después de un domingo movidito, de manera que aquella irrupción en el sueño tendría que estar muy bien justificada, por mucho que fuese don Ramón quien alterase mi reposo.

—Señor Fuster, despierte, preguntan por usted.

—¿Quién es?

—Soy el señor Ramón, despierte, hay unos compañeros suyos aquí abajo que le reclaman.

—Ya voy.

Unos compañeros míos solo podían ser los Mossos. Y una patrulla de *mossos* a las cuatro de la mañana en un hotel de Barruera solo podía querer decir una cosa: problemas.

El señor Ramón fue testigo de mi salida de la habitación. Me había vestido en poco más de un minuto. Lo tenía todo, llaves, cartera, el móvil, la pistola. Incluso tenía sueño, y eso aumentaba la mala leche habitual.

—¿No duerme nunca, usted?

—Sí, pero siempre me levanto a las tres de la mañana. Hago vida espartana. Hace unos cuantos años que he conseguido dormir solo cuatro horas. Me voy a dormir a las diez y media y hasta las tres. Y después, venga, arriba.

—¿Y qué hace a estas horas?

—Hombre, leer, estudiar, pasar a limpio mis notas. No se crea, es muy dura la vida del filólogo vivo.

—Seguro que sí. Páselo bien.

Dejé al señor Ramón con la palabra en la boca y bajé las escaleras hasta la puerta. Suerte del viejo, que había oído el timbre. Si no hubiésemos abierto, la pareja que venía a buscarme habría tirado la puerta abajo. Llevaban el miedo en la cara.

El señor Ramón se volvió a encerrar en su habitación con los libracos. Tenía ochenta años largos, pero estaba más sano que un diente de ajo. Una comisión del Institut d'Estudis Catalans lo había designado para que fuese a la Valí de Boí a seguir los pasos de la expedición que hicieron Puig i Cadafalch y compañía en 1907 y que fue la base para la recuperación y revalorización del románico, y por eso don Ramón hacía diez días que estaba en el valle buscando vestigios y lugares todavía en pie de aquella época para escribir su trabajo e informe. Pero, asimismo, también tenía la intención de probar una buena cantidad de platos locales, simplemente atraído por la sonoridad de las palabras que los designaban. Era un sabio de tendencia dispersa, un excelente compañero de mesa para las cenas porque siempre tenía algo que explicar, alguna cosa antigua o bien algún chismorreó sobre los hombres actuales que se dedicaban sobre todo a fijar la lengua del país desde Barcelona, practicando una especie de imperialismo lingüístico que ya arrancaba en tiempos de Pompeu Fabra, aquel hombre que creía que el catalán era eso que hablaban unos cuantos tenderos de Barcelona y poca cosa más. Claro que era mucho más importante el catalán que salvó Fabra que no el que se ve en TV3 hoy en día, como decía Miquel Camil, el asesor lingüístico que desde hacía unos años habían fichado los Mossos. Pero bien, los sabios a sus cosas y nosotros a las nuestras. Y si me habían despertado a las cuatro de la mañana debía de ser por una buena razón.

—Buenos días, comisario.

—Buenos días, chicos. Espero que valga mucho la pena.

—Ha sido el inspector Serra quien nos ha ordenado que le vengamos a buscar.

—Muy bien, ¿qué ha pasado y a dónde vamos?

—Vamos a Durro, comisario. A alguien le han cortado la cabeza y la han colgado en lo alto de la ermita de Sant Quirc.

—La madre del cordero. ¿Sabemos quién es la víctima?

—No, señor, todavía no la hemos podido desclavar. El inspector nos ha pedido que le avisásemos a usted.

—Muy bien.

Subimos los tres al Nissan Pathfinder y enfilamos hacia arriba. Había mucha nieve, pero el cabo Martínez conducía con la pericia propia de quien es hijo de aquellas tierras y en menos de un cuarto de hora ya habíamos llegado a la ermita de Sant Quirc. Miquel ya nos esperaba.

—Buenos días, Jaume.

—Buenos días. ¿Qué ha pasado? ¿Qué tenemos aquí?

—Pues mira, alguien con ganas de tocar los huevos bien tocados. Cristo, que hace diez años que estoy aquí arriba y no me había tocado nunca un caso de asesinato.

—Ya.

—Coño, Jaume, que esto no es Barcelona, que aquí nos conocemos todos, que lo máximo que tenemos es algún homicidio, un asunto de cuernos o de tierras, que se resuelve en dos días y punto, y solo muy de vez en cuando. Pero, hostia, ¿quién coño es capaz de poner la cabeza de alguien en lo alto de una iglesia? Hay que estar tarado.

—Mira, Miquel, de momento más vale no ponerse nervioso y empezar a sacar las cosas de quicio. ¿Sabéis quién es?

—No, no se la reconoce demasiado desde aquí. Tendremos que esperar a que se haga de día o que lleguen para poder hacer el levantamiento del cadáver.

—¿A quién habéis avisado?

—A los de la central de la Seu d'Urgell para que manden al forense y a los de la científica. El juez tiene que subir desde Tremp.

—Hombre, con esta nevada, ¿cuánto tardarán?

—Como mínimo dos horas más.

—Está bien, tendremos que esperar. ¿Alguna cosa en el perímetro?

—No se ve nada, pero también es cierto que si no nieva más todavía tendremos alguna huella que nos pueda ayudar.

—Muy bien. ¿Quién lo ha encontrado?

—Los dos Quims, los pastores que están por aquí arriba.

—¿Ya les habéis interrogado?

—Sí. Dicen que han oído los aullidos de un lobo y que las ovejas estaban inquietas. Que al llegar aquí han visto que había, efectivamente, una loba, embarazada, que bebía sangre de un charco. Han levantado la cabeza y la han visto. Después nos han avisado inmediatamente. Suerte de las técnicas modernas, gracias a ellas todo el mundo tiene móvil.

—Claro. ¿No han visto nada más?

—No.

—Yo creía que los lobos se habían extinguido, en los Pirineos.

—Yo también, pero se ve que ahora hay una política de reintroducción de la fiera que han empezado a hacer los gabachos. Seguro que la loba es una de estas francesas, como las osas. En los Pirineos ya hay cinco o seis, pero casi todos son machos. Y las osas, de Eslovenia.

—Pues lo que es evidente es que ahora están aquí.

—Como si no hubiese suficientes problemas.

IV

Amaneció dos horas más tarde y aquello empezaba a parecer una convención de la ONU. El juez había subido desde Tremp, el forense de la Seu d'Urgell y los de la científica, de Vielha, especialistas, supuestamente, en encontrar rastros sobre la nieve. Como los dos pastores decían que habían visto un lobo también tuvimos que llamar a los jefes de los forestales, que nos enviaron a una bióloga desde la Pobla de Segur. Alguien tuvo una buena idea y fue a buscar café y pastas, pero solo encontró donuts. Aquello empezaba a parecer un capítulo de *Twin Peaks*. El cabo y la agente que me habían venido a buscar también habían conseguido las llaves de la iglesia.

El juez, Joan Riera, nos dio permiso para desclavar la cabeza de la cruz.

—Comisario Fuster, ¿se quedará por aquí para la investigación?

—En realidad estoy aquí para impartir un curso a los Mossos del Pont de Suert y tenía previsto quedarme hasta el lunes que viene.

—Pues si no le importa echar un cable a sus compañeros...

—Así lo haré, juez.

Me gustaba aquel hombre, iba a lo que iba y hablaba sin tapujos. El partido judicial de Tremp era muy grande y debía de tener muchos problemas, pero se veía que era un hombre que disfrutaba de su trabajo. Antes de desclavar la cabeza, los de la policía científica y el forense subieron al tejado.

El cabo Martínez y la agente Obach entraron en la iglesia. Sus sueños de una destinación tranquila se acababan de evaporar. En realidad, ni siquiera sé si estaban allí por eso. Que el cabo pidiese un destino cercano al valle era muy lógico, a todo el mundo le gusta vivir cerca de casa, pero qué hacía la

agente Obach, treinta y dos años, de Barcelona, guapa y licenciada en Humanidades con el número uno de su promoción diez años atrás en un lugar como el Pont de Suert, continuaba siendo un misterio. El motivo por el que estaba en el cuerpo era sencillo: siempre había soñado con ser policía.

Abrieron las puertas. Al principio, todo en orden. Hasta que vieron la sangre en el suelo y corrieron hacia el altar. Allí los donuts se les empezaron a remover en el estómago. Todo lo que habíamos estado buscando fuera de la iglesia estaba allí dentro: un cuerpo decapitado, que parecía que habían serrado, apuñalado y rellenado de clavos. Menos los hombres que estaban en el tejado, todos nos precipitamos hacia el interior de la iglesia, todavía oscura. No había luz eléctrica, y en un momento media docena de linternas enfocaban el cadáver. Ya habíamos encontrado el resto del rompecabezas.

—Muy bien, chicos, buen trabajo.

El forense había acabado fuera y vino hacia nosotros. El juez se había ido, después de pedirnos los informes para cuanto antes. Le prometí que volaríamos. Los de la científica desclavaron la cabeza. Decidimos dejar los trozos de dentro para el final.

—Bien, ¿alguno de vosotros la conoce?

Se hacía difícil, con la cabeza en aquel estado, proceder a una identificación. Le pedí permiso al forense para limpiarla un poco, porque de lo que no dudábamos es de que era una mujer. Como no teníamos ningún cubo cogí la cabeza por el pelo y me la llevé hasta un riachuelo cercano. La sumergí. Mientras la naturaleza hacía su trabajo pensé en cuánta sangre llegaría al mar, cómo aquel cuerpo encontrado a más de mil quinientos metros de altura impregnaría de sangre, aunque fuese mínimamente, el mar, a cientos de kilómetros. Aquella sangre se trasladaría por el agua, disuelta, como todas las aguas, hasta el mar que mucha gente de aquel valle no había visto nunca. El agua estaba muy fría. Volví con la cabeza a la iglesia.

—Repito, ¿alguno de vosotros la conoce?

—Ostras, si es la gabacha.

El cabo Martínez avisó a Miquel, que había despedido al juez y ahora estaba con los de la científica.

—Inspector, me parece que la muerta es la gabacha de Boí.

—¿Quién, Josep?

—Sí, aquella francesa que vino hace unos diez años a Boí, la que tiene la papelería.

Miquel llegó y en un instante confirmó la identidad de la víctima. Llamó al juez. Por supuesto que nos autorizaba a entrar en la tienda y en el domicilio.

—Josep, Marina, id a Boí y entrad en la casa y en la tienda. Nadie os dirá nada. Al llegar a Tremp el juez nos enviará la orden de registro, pero así ya podemos ir avanzando. Y con cuidado. Cuando acabemos aquí el comisario y yo iremos a Boí.

—De acuerdo.

Alguien metió la cabeza de la gabacha en una bolsa negra. Todavía no sabíamos nada, pero le habían serrado la cabeza, y por la expresión de la cara seguramente le habían hecho cosas mucho peores. Entramos en la iglesia. Cada vez entraba algo más de luz, aunque las linternas eran imprescindibles. El cuerpo estaba serrado por la mitad, desde los genitales hasta el esternón. En los pechos había numerosos clavos y en las manos había señales que indicaban que había estado atada con una cuerda muy fina que se le había clavado en la carne, seguramente mientras era torturada. También había heridas de arma blanca en las piernas y los brazos, hechas con un cuchillo muy afilado pero con la intención de no matarla.

—¿Cómo lo ve, doctor?

—Mal y jodido. Necesitaríamos unos buenos focos aquí arriba. ¿Cree que me los podría conseguir?

—Sí, necesitaremos un rato, pero lo tendremos. A no ser que...

Miquel tuvo una buena idea. Acercamos los coches hasta la puerta de la iglesia. Abrimos las puertas de par en par y con las luces largas conseguimos iluminar la iglesia con suficiente potencia. Fue entonces cuando el forense lo vio.

—Comisario, tenemos a un loco, alguien que está bien chalado.

—Sí, eso ya lo sabíamos.

—No, comisario, va mucho más allá.

—¿Qué quieres decir?

—Agáchese.

Me agaché y fue entonces cuando pensé que teníamos un problema serio. El frontal del altar de Sant Quirc tenía unas pinturas que seguramente debían

de ser reproducciones del original. Había tres escenas de martirio: en una le clavaban clavos, en la otra dagas y en la tercera lo serraban por la mitad. Como a nuestro cadáver.

V

La última en llegar fue Marta Canal, la bióloga que había subido desde la Pobra de Segur. Le habíamos estropeado un poco su rastro para hacer nuestras investigaciones, pero por ahora era más importante atrapar al asesino que no averiguar la posible presencia de un lobo en Durro. Por mucho que fuese loba y estuviese embarazada. Marta había subido sola con el Mitsubishi Pajero del servicio forestal y un montón de aparatos diferentes para intentar saber algo sobre el lobo. Al final iba a resultar que estos biólogos de la Generalitat tenían más medios que la policía del país.

—Buenos días.

—Buenos días. Nos sabe mal, le hemos estropeado un poco el rastro, sobre todo alrededor de la iglesia, pero teníamos que encontrar el cadáver.

—No se preocupe, aquí cada cual tiene que hacer su trabajo y lo primero son las personas.

—Me alegra que lo entienda así.

Marta tenía unos treinta y cinco años, y tanto por el equipo como por su manera de caminar se intuía que había pasado muchas horas en el bosque. Era pelirroja, seguramente de ascendencia gallega, e iba a por lo que iba.

—¿Cree que puedo hablar con las personas que descubrieron al lobo?

—Ya lo creo. Ahora están en Durro, pero los aviso y en diez minutos los tendrá aquí. Y ahora, si me disculpa...

Marta Canal esperó la llegada de los dos Quims admirando el paisaje que se extendía ante sí. La nieve había cubierto por completo las montañas del valle, incluso había llegado a cotas bajas. Barruera estaba completamente

enharinada y se veía al fondo del barranco, al lado del río. Acababa de salir el sol y Marta se sentía una privilegiada por tener aquel trabajo. Había abandonado su Tarragona industrial nativa hacía muchos años, convencida de que en aquellas montañas estaba su vida. Y así había conseguido trabajo como bióloga, con menos dinero y más incomodidades, pero con mucha más libertad. Y si era verdad que había una loba embarazada aquel sería un regalo maravilloso: serían los primeros lobos que nacerían en el Pirineo en muchas décadas. Hasta ahora habían detectado lobos en el Cadí-Moixeró, pero pocas veces más allá, y todos eran machos. Y si aquella loba estaba embarazada, ¿qué estaba pasando? El período de celo no empezaba hasta enero. Todo era muy extraño.

—Buenos días, señores.

—Buenos días.

—Me ha dicho el comisario que ustedes han llegado aquí atraídos por los aullidos de una loba, ¿es así?

—Sí. Las ovejas estaban muy inquietas y entonces hemos oído los aullidos y nos hemos ido guiando por el ruido hasta llegar aquí. Bueno, en realidad me he ido guiando yo, que aquí mi nieto todavía es demasiado de ciudad, y habríamos ido barranco arriba en lugar de barranco abajo, no sé si me entiende.

—Perfectamente.

—Entonces hemos llegado y la hemos visto. Tenía el hocico empapado de sangre y no nos ha plantado cara, simplemente se ha ido por el camino y dos minutos después ya no la hemos visto más... y, en cambio, hemos visto lo que hemos visto.

—Ya. ¿Y cómo sabe que era una loba?

—Mire, señorita, yo lobos, hasta hoy, no había visto nunca, pero eso no era ningún perro asilvestrado, eso era un lobo, y si mira las huellas lo verá bien claro, son de lobo. Y le digo que está embarazada, y que si no me equivoco, pronto tendrá la lobada. Debe de haber llegado atraída por la sangre. Mi nieto le quería pegar un tiro con la escopeta, pero por suerte se lo he impedido. ¿Usted qué piensa de que vuelva a haber lobos otra vez?

—Bueno, en principio es positivo, cuanta más biodiversidad haya, mejor para todos. Eso quiere decir que los Pirineos se están recuperando y tienen

buena salud.

—Esto es lo que yo le quería hacer entender a este. Y mire que yo soy pastor y tengo rebaños aquí arriba, pero que vuelva el lobo ya me parece bien.

—Ahora sí que me deja desconcertada.

—Joder, ellos estaban antes, ¿no?

—Sí.

—Además, si vienen los lobos nuestro trabajo tendrá más valor y más prestigio. Y necesitarán otra vez pastores para llevar las ovejas a la montaña y hacer noche en las cabañas o al raso, y después de nosotros volverán los payeses y luego todo será perfecto. Mírelo bien, señorita, ya está pasando.

—¿Qué?

—Ahora son ustedes, los de ciudad, los que vuelven aquí arriba. Ahora veremos si serán suficientemente duros para trabajar aquí. Páselo bien.

Marta se quedó pensando en las palabras de Quimet y volvió al trabajo. Era un hombre singular, aquel pastor. Transmitía bondad con su mirada clara y las manos grandes. ¿Qué hacía ella allí arriba, persiguiendo huellas de lobo, mientras había una mujer muerta en una ermita románica? ¿Era lícito que le importasen más los animales que las personas? Para la segunda pregunta tenía una respuesta preparada, y era que sí, que sin ningún tipo de duda, que los animales no te decepcionan nunca, mientras que las personas lo hacen cada día. Marta fue avanzando en la dirección que indicaba Quim. La nieve, fresca, permitía ir siguiendo el rastro de la loba a la perfección. Cuando vio las huellas no dudó ni un segundo. Debía de tener unos cinco o seis años, y por las marcas era posible que estuviese embarazada o que aquellos dos se hubiesen equivocado y fuese un macho. Siguió el rastro hacia el bosque, cuando abandonaba el camino. Las huellas se hacían más débiles, pero en cambio pudo encontrar excrementos que podrían ser del animal. Los recogió en su bolsa especial. Entonces llegó a un claro. Las huellas de la loba se encaramaban por la montaña de Saraís. Allí sería casi imposible seguir el rastro. De repente, se giró y lo vio. Encima de la nieve, virgen, escrita con sangre, la palabra «Racista». Y aquello no era sangre de animal.

Marta corrió los dos centenares de metros que la separaban de la ermita, batiendo todos sus récords de desplazamientos sobre la nieve sin esquís ni raquetas, para venir a avisarnos.

—Comisario, tiene que ver esto.

Llegamos al claro. Era evidente que a la gabacha la habían torturado y ejecutado allí, a salvo de ojos escrutadores. Había un árbol donde posiblemente estuvo atada, es probable que con un sedal de pescar especial para grandes peces. Nailon casi irrompible. Un hilo que había dejado marcas en la corteza y en las muñecas de la víctima. Los de la científica llegaron enseguida para intentar encontrar alguna cosa.

—Marta.

—Diga, comisario.

—Usted es buena siguiendo rastros. Mire por aquí a ver si ve algo que le pueda llamar la atención.

—Sí, comisario.

Efectivamente, Marta era buena buscando rastros de bichos, pero no de personas. Aun así vio algo extraño sobre la nieve, un par de cientos de metros más adelante.

—Eli, venid, mirad esto.

—¿Qué es?

Miquel lo vio enseguida. Era el rastro de alguien que caminaba con raquetas de nieve y que detrás arrastraba algo para confundir el rastro. Efectivamente, un par de metros más allá ya no había nada que se pudiese seguir. Volvimos al claro. Los de la científica lo estaban limpiando todo.

—Comisario.

—Sí.

—Mire esto.

—¿Qué es?

—Una toma de corriente eléctrica.

—Miquel, ¿qué coño pinta una toma de corriente aquí en medio?

—Bueno, debe de ser el claro que usan los leñadores. Es normal que haya un enchufe, necesitan un espacio para poder preparar la madera antes de bajarla. No fue difícil alargar la corriente desde la iglesia.

—¿Se te ocurre para qué querría un enchufe el asesino?

—Tal vez a Miquel no se le ocurra, pero a mí sí.

—Adelante, doctor.

—Porque solo con una pistola de clavos se explica la precisión de las

heridas del pecho de la víctima.

VI

La teoría del doctor solo se aguantaba por los pelos. Las pistolas de clavos tienen una batería autónoma de casi una hora.

—Sí, comisario, pero si la tortura dura muchas horas hay que recargar.

—Quieres decir que...

—No lo sé todavía, pero apunto la posibilidad de que la tortura se prolongase en el tiempo. Las heridas de las muñecas no se hacen en diez minutos de resistencia. Debió de intentar escapar durante horas.

—De acuerdo, Miquel, necesitamos más hombres aquí. ¿A quién tienes en la comisaría?

—Están la administrativa y dos agentes más. También tengo a Mei, aunque es su día libre.

—Pues otro día será. Llámala y que venga hacia aquí con uno de los dos agentes. El otro que se quede en la comisaría por si acaso después necesitamos alguna cosa más. Diles que suban palas y un par de cubos. Y que se paren en la casa de algún payés y suban algo para trillar tierra.

Miquel me miró con cara de extrañado, pero como me conocía desde hacía tiempo hizo exactamente lo que le pedía. Estaba contento de que Mei se sumase al equipo. De todos los efectivos de la comisaría de Miquel era la mejor con diferencia. Y nos haría falta el buen hacer de todo el mundo si queríamos tirar adelante con aquello.

En Boí, el cabo Martínez y la agente Obach pudieron entrar en la casa de la gabacha sin problemas. La ganzúa de Josep abrió la puerta del apartamento en un periquete. Todo estaba ordenado y olía a guisado. Seguramente no había

dormido allí aquella noche. La cama estaba hecha, el sofá perfectamente arreglado, con algunos libros sobre la mesa.

—Mira, Marina, ya tenemos lo que buscábamos. —El agente tenía en sus manos una factura. La gabacha ya tenía nombre: Francine Perec Monnier.

—Muy bien, ¿y ahora qué hacemos?

—Pues mira, tú coge el coche y baja al Pont. Comprueba todo lo que tengamos de ella en los ordenadores. Pero antes habla con Miquel o con Jaume, por si prefieren que hagas otra cosa.

—¿Y tú qué harás?

—Alguien tiene que interrogar a la gente del pueblo. Ya sabes, para que nos digan que era una bellísima persona y una vecina ideal que no se metía nunca en problemas, pero tenemos que hacerlo.

—De acuerdo.

—Eh, y esto no es machismo ni nada parecido.

—Yo no lo he dicho.

—Pero lo has pensado. Simplemente es que a mí me dirán más cosas que a ti.

—¿Por qué?

—Porque tú no eres de aquí.

Los planes de Josep y Marina me parecieron correctos. Nosotros teníamos suficiente follón con el cadáver y la inscripción sobre la nieve. Hacía sol y mucho frío, y la previsión era que por la noche volviese a nevar —y seguiría durante toda la semana—. Si continuaba así los de las pistas de esquí podrían empezar la temporada en el puente de la Purísima.

Mei llegó con cara de cansada.

—Siento haber estropeado tus planes de fiesta, he sido yo quien le ha dicho a Miquel que te llamase.

—No pasa nada. Perderme una de las pocas emociones que hay por aquí incluso me habría cabreado.

Mei había llegado hacía tres años al Pont de Suert. Y había llegado por pura protección, después de que la mafia rusa pusiese precio a su cabeza. La sargento y su equipo habían desmantelado trece burdeles, detenido a ocho

capos mafiosos y liberado a sesenta mujeres que practicaban la prostitución en régimen de esclavitud; ocho eran menores de edad que no dudaron en declarar las palizas y violaciones continuadas a las que eran sometidas. Mei luchó para conseguir que a los capos los deportasen a Rusia. En una prisión de máxima seguridad de Siberia, un clan rival los liquidó en tan solo cuarenta y ocho horas. Y, por supuesto, más valía tenerla en el Pont de Suert que en un ataúd. De tanto en tanto, la llamaba cuando necesitaba ayuda. Y ahora necesitaba mucha y no tenía que llamarla.

—Cojones, comisario, quien ha hecho esto se lo ha pensado un buen rato.

—Ya lo creo.

Llamé a Marta, que continuaba buscando rastros de la loba.

—Diga, comisario.

—Espero que tenga todo lo que necesita.

—Sí, claro, ¿por qué?

—Porque pienso mover toda esta puta nieve y no querría estropearle el rastro. Agente Romeu.

—Diga.

—Vaya hasta Durro, necesito saber quién tenía la llave de la iglesia. La puerta no está forzada.

—De acuerdo, comisario.

Dos horas después, teníamos los donuts en las plantas de los pies, estábamos sudados y reventados de trabajar, pero las cosas estaban un poco más claras. Habíamos limpiado de nieve todo el claro y habíamos descubierto un pequeño trozo de hilo de nailon y las huellas de unas botas. Los chicos de la científica se iban con un buen montón de material hacia la Valí d'Aran, menos Joan Coma, el sargento, que se iba con el forense hacia la Seu d'Urgell. El cuerpo y la cabeza se los llevaban en el coche del doctor, bien envueltos en plástico y rellenos de nieve para evitar que se pudriesen. Así todos ganábamos un poco de tiempo. Eran las once y era necesario coordinar todos los esfuerzos posibles, de manera que quedamos media hora más tarde en la comisaría. Volví hacia el Pont con Miquel.

—¿Cómo lo ves, Jaume?

—Jodido. La próxima vez que me invites a impartir un cursillo te diré que no.

—Chico, me sabe mal, aquí arriba normalmente nunca pasa nada.

—Pues esta ya compensa todas las otras.

—No hace falta que lo jures.

VII

Marta paró a desayunar en Barruera. Todo lo que había visto era asqueroso. Había un loco que se había dedicado a torturar de manera horrible a una persona para acabar decapitándola. Se sorprendió a sí misma hablando de locos. «¿No estamos todos un poco locos?», se preguntó. ¿Y si resultaba que no era ningún loco, sino alguien que había decidido planificar perfectamente aquella actuación? ¿Y si era simplemente alguien que tenía un razonamiento y unas ideas contrarias a las de la gran mayoría de personas? Se sorprendió pensando en ella misma como asesina.

«Claro que lo harías, Marta. Si pudieses, si tuvieses las armas y la manera de hacerlo, si no implicase ninguna responsabilidad más allá del dilema moral, más de una vez habrías matado a los cazadores furtivos que te encuentras en el bosque y que a veces incluso te saludan con un punto de sarcasmo, sabedores de que nunca pagarán las multas que les pone la Generalitat porque para ellos la ley se acaba en la punta de su rifle y no a doscientos cincuenta kilómetros, en un despacho funcional de Barcelona donde no saben ni dónde cojones para la mayoría de los pueblos a los que envían las notificaciones de las multas. Sí, Marta, más de una vez has lamentado que los biólogos en servicio no podáis llevar un arma como los Mossos, porque hay cosas que solo se solucionan pegándole un tiro en la cabeza al cazador, así, sin que se lo espere, buenos días, desenfundar el arma y pam, tres balas en la cabeza y una en el corazón para acabar de rematarlo, como ellos hacen con los sarrios, como hicieron con la osa en la Valí d'Aran hace dos años. No te molestaría para nada hacer de justiciera, Marta, en el

fondo por eso dejaste Tarragona, porque allí te habría resultado demasiado fácil entrar en las casas de los niños que torturaban gatos por la calle para cortarles los dedos con el cuchillo de cocina, para castrarlos con un cúter como hacían ellos con los animales. Te fuiste de tu Tarragona porque tienes impulsos homicidas, porque a ti te sobra el noventa por ciento de la gente. Y si el asesino se ha cargado a esta mujer por racista, tal vez haya hecho bien».

Entró en el Noray y pidió un bocadillo de beicon con queso. Tenía mucha hambre. Habían pasado muchas horas y muchas cosas desde que había salido de la Pobla de Segur. Tenían a una loba y podía ser que estuviese embarazada. Tenía ganas de volver al laboratorio y analizar las defecaciones de la bestia y el molde de las huellas. Y sobre todo tenía ganas de consultar con alguien si era posible que una loba estuviese embarazada fuera de temporada, si eso había pasado alguna vez. Y estaba preocupada por el lobo. Normalmente, el padre de los lobeznos se queda con la madre, como mínimo la pareja reproductora pasa un tiempo en compañía hasta que los cachorros se pueden valer por sí mismos. Sin un macho que la ayude, aquella loba lo tendría difícil para sacar adelante la lobada. Por suerte, había pocos depredadores que les pudiesen atacar.

Marta mordió el bocadillo con un hambre canina y por un momento supo que también había subido allí arriba por aquellos pequeños momentos de placer, por la posibilidad de reencontrarse con unos gustos que hacía tiempo que habían desaparecido de su paladar. En el monte el pan sabía a pan. En realidad, debía de ser algo común a todos los pueblos donde todavía hubiese panaderos que amasen la profesión, con hornos de leña, con grandes madrugones, cansados para poder ofrecer el mejor producto a los ciudadanos. Aquel bocadillo era uno de los mejores que jamás había comido. Escuchó atentamente. En la mesa de delante, cuatro hombres con carajillos ya hablaban del asesinato. Aquello se expandiría de mala manera.

—Y por si fuera poco, Quimet dice que ha visto a una loba, que por eso han encontrado el cadáver.

—Esto es lo que faltaba para el canto del duro. La culpa de todo la tienen los gabachos, que se creen que pueden poner fronteras. Primero empezaron con los osos, que fueron a buscar a Eslovenia, que no tengo ni idea de dónde cojones está, que han cambiado todas las putas fronteras de Europa, pero que

mira que ya son ganas de ir a buscar osos a sitios lejanos. Y después los lobos, que fueron subiendo desde Italia porque los italianos son así de descuidados y, en lugar de controlarlos y matarlos, lo que han hecho ha sido darles facilidades y ahora el problema lo tenemos nosotros. La naturaleza no entiende de fronteras, y si los gabachos querían osos que los hubiesen soltado en Normandía o en París. Y si querían lobos, que los hubiesen puesto en el centro de Lyon, y no ir tocando los cojones de esta manera. Y suerte que yo vendí las ovejas y ya no soy pastor, porque si lo fuera y me los encontrase, les pegaría un tiro y sanseacabó.

—Va, hombre, no vale la pena, que después vendrían los forestales o los Mossos y te meterían en la cárcel por un pedazo de carne. Créeme, hiciste bien dejando los rebaños.

—¿Tú crees? Hay muchos días que añoro estar allí arriba, contemplando el cielo, la inmensidad, rodeado por las ovejas... Es verdad que esto del almacén también es entretenido y es más descansado, pero aquellos cielos...

—Ya, pero a tu edad convenía que sentases la cabeza.

—Ya lo creo, yo no soy como Quimet, que tiene los años que tiene y está más sano que un diente de ajo. A mí la espalda ya me torturaba, y las rodillas... Es muy jodido esto de estar todo el santo día en danza. En esto he ganado mucho.

—Eso por supuesto y, además, es más dinero.

—Esta es otra. Y poder estar aquí abajo, con vosotros y con la familia. Además, ahora que mi niña ha tenido a Marc es una gozada poder hacer de abuelo de tanto en tanto. Y mira, me faltan tres años para jubilarme y siempre va bien acabar de trabajar más descansado.

Los hombres continuaron hablando del asesinato, pero ahora ya sin tanto entusiasmo. Les preocupaba más el partido del Barça del día siguiente que no saber quién estaba tras el crimen. Lo habían resumido muy bien. «Si es la gabacha seguro que algo malo había hecho. Esto a los de aquí no nos pasa».

Marta pagó y salió. Cogió el coche y salió pitando hacia la Pobla. Pensó que al llegar, si era capaz de confirmar las hipótesis de Quimet y había una loba en el valle, tendría que llamar a Martí y a sus amigos. Si alguien podía protegerla era aquella panda de ecologistas nihilistas que campaban vaya usted a saber en qué rincón del valle. Sí, valía la pena que los llamase. Si no,

existía el riesgo de que todo se quedase en una etimología, como Barruera, que en algún momento había significado «el valle de los osos» y ahora no quedaba ni uno. Y si de casualidad llegaba, tendría más escopetas dispuestas para matarlo que para defenderlo.

VIII

En la comisaría se respiraba la tensión de los grandes momentos. Nada de las risas, la complicidad y aquella placidez del ver las cosas pasar que había vivido los tres días anteriores mientras impartía los cursos a aquellos agentes que habían ido a parar al Pont de Suert como podrían haber estado en cualquier otro lugar del país, hombres y mujeres dispuestos a trabajar para servir al ciudadano y que a menudo habían pagado un precio elevado para conseguir aquel trabajo, desde la estigmatización social hasta las renunciaciones personales. Entramos en la sala de reuniones de la comisaría y nos pusimos a trabajar. Estábamos todos, pero antes de empezar Jorgina nos había dicho que habían llamado unos cuantos periodistas para confirmar la noticia. Les tendríamos que decir algo. Llamé a Barcelona.

—Muy bien, comisario, déjeme que le haga una consulta y ahora mismo le responderé. ¿Le puedo localizar en este número?

—Sí, ningún problema.

—No se preocupe, le dejaré el encargo y ya me coordinaré con Jorgina.

Bueno, como mínimo teníamos una cosa resuelta. Si todo iba como tenía que ir, a las dos convocaríamos una rueda de prensa urgente en la comisaría para explicarles lo que sabíamos, o como mínimo una parte de lo que sabíamos.

Marina Obach fue la encargada de abrir fuego.

—Bien, la señora Francine Perec Monnier nació en Marsella en 1967 pero se mudó a Perpignan en 1987 para terminar sus estudios en la universidad. Se licenció en Derecho y muy rápidamente empezó su actividad política ligada al

Frente Nacional, el partido de Le Pen. Consiguió ser concejala en la ciudad cuando tenía veinticuatro años y después inició su ascenso en el partido hasta llegar a ser eurodiputada en las elecciones de 1994, pero no pudo revalidar el cargo en 1999, cuando el Frente Nacional pasó de tener once eurodiputados a solo cinco. Hace unos diez años se retiró de la política y se le perdió la pista. Bueno, esto es lo que dice la Wikipedia sobre nuestra víctima.

—¿Y qué tenemos de los últimos diez años?

—La cosa es mucho más complicada, pero no hay antecedentes, solo quedan dos multas por pagar, las dos por exceso de velocidad en diferentes tramos de la Nacional, y poca cosa más. No hay deudas, el apartamento es de alquiler, en el banco tiene unos ocho mil euros y por lo que sabemos es la propietaria única de BoíBoí, una empresa que se dedica al turismo de aventura y que tiene la sede social en el mismo piso que la vivienda. En realidad lo que hacía era de intermediaria entre los clientes, esencialmente franceses, y los proveedores de servicios de la zona, desde hoteles hasta guías de montaña o empresas de descenso en kayak. No tiene ningún tipo de antecedentes en España, pero no sé nada al respecto de su época francesa.

—Muy bien. Así pues, tenemos a una exeurodiputada de extrema derecha torturada y asesinada, y la palabra «racista» escrita con su sangre sobre la nieve. Un bonito panorama.

Miquel había verbalizado lo que todos pensábamos. Jorgina entró interrumpiendo la reunión.

—Comisario.

—¿Sí?

—Los de Barcelona quieren hablar con usted.

—Muy bien.

Al final solo querían confirmar que habría una rueda de prensa un par de horas más tarde. Las órdenes eran concisas: «Gestiona tú mismo lo que creas que les tienes que decir. El caso es vuestro. Y si necesitas ayuda para algo, ya sabes dónde nos tienes». Solo les había faltado decir que era una auténtica suerte que yo estuviese en el Pont para impartir el cursillo y que así ya se habían ahorrado tener que mandar un equipo de apoyo desde Barcelona. Tal vez no se acordaban de que Miquel era uno de los mejores inspectores que teníamos en el cuerpo y de que Mei era una gran policía. Tal vez ni siquiera se

acordaban de que estaba en aquella comisaría, lo que sin duda sería mejor para ella y para nosotros.

—Muy bien, Marina. ¿Quién continúa? ¿Josep, por ejemplo?

—Puedo continuar yo mismo. Como os podéis imaginar, en Boí todo el mundo ha loado las excelsas virtudes de la señora, una vecina ejemplar que no se metía nunca con nadie, al contrario, no había hecho nada más que ayudar a traer la prosperidad al pueblo y a traer buenos turistas, de los que dejan pelas. Pagadora puntual del alquiler, siempre que hacía buen tiempo salía a la plaza a leer y siempre iba a desayunar a alguno de los bares del pueblo. No se le conocen amantes, ni fijos ni regulares. Un modelo de virtud.

—Caramba.

—Con una excepción.

—¿Cuál?

—El año pasado se puso muy nerviosa cuando vio que en la Casa del Pare, el Centro de Interpretación del Parque Nacional que hay en Boí, contrataban a Carmeta Serrallonga.

—¿Por qué? ¿Quién es esta Carmeta?

—Carmeta es negra. Es una chica de Taüll, y es negra porque su abuelo se fue a hacer las Américas y volvió igual de pobre o más que antes de salir, pero casado con una dominicana que ha tintado de mulato a todos los Serrallonga o a una buena parte de ellos, pero claro, Carmeta es más catalana que el *pa amb tomàquet*. A pesar de todo, fue a la Casa del Pare y les montó un pollo porque contrataban negros.

—¿Y qué pasó?

—Que el jefe de la Casa del Pare es Cisco, de casa Espanyolet, y la mandó a tomar por culo con el fantástico argumento de que el padre de Carmeta había contratado a su padre treinta años atrás y que él ahora le devolvía el favor contratando a la hija. Y que si no le gustaba ya podía volverse por donde había venido, que lo que sobraba en Boí eran gabachos. Hasta ahora es el único incidente remarcable de la mujer.

—¿Y habéis interrogado a Cisco?

—No, está arriba, en el parque, en una travesía de dos días con unos turistas, y nadie sabe exactamente dónde para. Pensaba coger el *jeep* y subir: seguramente, con la nevada que ha caído, deben de estar en el refugio de

Amitges, que es el más seguro.

—Me parece bien. Enseguida que acabemos la reunión vas para allá, pero subid por Espot y te llevas a Marina. Ahora mismo es una de las pocas pistas que tenemos.

—Ya, pero, Miquel, explícale al comisario que Cisco es incapaz de matar ni a una mosca.

—Mira, Josep, ahora mismo es lo único que tenemos, o sea que vas, lo encuentras, compruebas las coartadas y listo. Y si hay cualquier mínima sospecha, lo detienes, lo bajas y ya lo interrogaremos nosotros.

—De acuerdo, de acuerdo.

El agente Romeu llevaba solo quince días en la comisaría del Pont. Acababa de salir de la escuela de policía de Mollet del Valles. No había pedido aquel destino, no le gustaba la montaña, no le gustaba la vida rural y empezaban a no gustarle los Mossos.

—Bien, la llave de la ermita de Sant Quirc solo la tienen dos personas. Una es Margarida, la señora de la limpieza, que trabaja los sábados y martes. La otra es la que tiene el rector, que va a hacer misas de tanto en tanto. Seguramente el rector tiene la suya, porque Margarida ha perdido la que tenía ella o bien nuestro asesino se la ha robado. Margarida limpió la iglesia el sábado y dejó la llave donde siempre, pero hoy, cuando he ido, no estaba, y ella está segura de que la había dejado. Margarida es una señora mayor, vive sola y piensa que cualquiera podría haber robado la llave, entre otras cosas porque ella misma jamás cierra la puerta si está por el pueblo, y solo baja una vez por semana a Barruera para ir al mercado y un día a la semana a Boí, para estirar las piernas y hablar un poco con su amiga Roseta. Yendo a lo que nos interesa, la llave siempre está en la entrada y todo el mundo lo sabe, ella no tiene secretos y la iglesia es de todos, y si a alguien le viene en gana ir a rezar a Sant Quirc ya sabe lo que tiene que hacer, coger la llave y, después, devolverla, y todo el mundo sabe que martes y sábados la necesita Margarida y no la tocan. De hecho, no hay ningún gran misterio, la llave solo se la cogen algunas de las beatas más beatas del pueblo y solo cuando no hay demasiada nieve... Total, que por este lado será complicado estirar.

El agente Romeu tenía razón, excepto en un detalle. Alguien tenía que saber que Margarida dejaba allí aquella llave, tan desprotegida. Y eso quería

decir que era alguien del pueblo o que como mínimo tenía contactos, y aquello en un pueblo donde solo había ciento cinco empadronados empezaba a aclarar un poco las cosas. Si los de la policía científica y el forense nos decían alguna cosa más podríamos ir cerrando un poco el círculo. Supongo que esto es lo que debieron de pensar Mei y Miquel inmediatamente. Les vi un punto de esperanza en la cara. Ahora nos tocaba esperar e intentar saber por qué habían matado a aquella mujer.

Miquel se puso con el protocolo oficial: localizar si tenía familia, avisarla de lo que había pasado, quedar de acuerdo con ella y avisar a las autoridades francesas. Francine Péric no se había nacionalizado y a todos los efectos continuaba siendo ciudadana francesa. También era preciso reclamar a la policía francesa sus antecedentes, su historial. En paralelo, empezamos la investigación extraoficial. Y aquí es donde valían los contactos y las relaciones personales. Mei se fue a hacer unas llamadas. Conservaba una muy buena amistad con Marc Sergiot, un hombre que la Interpol tenía destinado en Perpignan desde hacía dos años, precisamente cuando los enfrentamientos entre la comunidad magrebí y la gitana habían vuelto a llenar de cadáveres la capital del Rosselló. Perpignan, con su aspecto amable de ciudad provinciana y con la inmensa cantidad de funerarias destinadas a dar servicio a todos los franceses que en los últimos años de su vida querían vivir cerca del mar, era también una ciudad muy dura, de una violencia latente en algunos barrios, como el cercano a la estación, que se habían convertido en lugares poco recomendables. Siempre me sorprendía llegar a la ciudad y encontrar el recibimiento de los gendarmes franceses con la ametralladora en ristre en la estación, especialmente en los momentos de alerta antiterrorista, que en los últimos momentos eran muchos, tal vez demasiados, fruto directo de la política imperialista y colonial francesa en África y del hecho de que todavía conservasen muchos intereses que conformaban un nuevo imperialismo, en este caso de tipo económico.

Mientras tanto yo moví mis contactos a este lado de la raya artificial y llamé a Jaume Planagumá, el sargento de los Mossos de Figueres y un buen amigo mío.

—Buenos días.

—Buenos días, ¿ha pasado algo?

—Pues sí. ¿Qué haces ahora?

—Dejo pasar el tiempo hasta que llegue la hora de comer. ¿Y tú?

—Estoy en el Pont de Suert.

—Tápate, que hace un frío de la hostia ahí arriba. Ya debe de haber nevado y todo, ¿no?

—Escucha, ¿tienes algún buen contacto en Perpignan?

—Algún que otro amigo me queda, sí.

—Pues tendríamos que activarlo.

—Tú dirás.

—Alguien se ha cargado a una mujer que se llamaba Francine Perec Monnier, había sido concejala en Perpignan y después eurodiputada por el Frente Nacional. Hace unos diez años que había venido a vivir a la Valí de Boí.

—¡Coño! Pero si esta era una facha de la hostia. ¿Y quieres decir que estaba aquí?

—Ya lo creo. Alguien le ha clavado no sé cuántos clavos en los pechos con una pistola mecánica de carpintero, la ha apuñalado por todo el cuerpo y la ha medio partido desde los genitales hacia arriba. Al acabar la ha decapitado y ha ensartado la cabeza en lo alto de la cruz del campanario de la ermita de Sant Quirc. Todo un panorama.

—Cojones... Veré qué puedo hacer y qué te consigo.

—Gracias, serás recompensado ampliamente con un Valbuena del 2005 que tengo en casa.

—Ostras, ya sabes que siempre estoy dispuesto a hacer lo que sea por los amigos, pero las motivaciones extra siempre ayudan. Hala, un abrazo.

—Otro para ti.

Faltaba una hora para la rueda de prensa. Los franceses estaban avisados. La mujer no tenía a nadie que pudiese hacerse cargo del cadáver. Ningún familiar cercano. Un marido de quien se había divorciado seis meses después de la boda y que ahora vivía en los Estados Unidos. El consulado se ocuparía de los trámites necesarios. Tendrían que averiguar si había alguna disposición de últimas voluntades. Mei también tenía buenas noticias. Sergiot, de mala gana, había accedido a hacer algunas preguntas y a darnos las respuestas a lo largo de la noche o al día siguiente. Ahora no podíamos hacer nada más que

esperar. Josep y Marina se habían ido a ver si encontraban a Cisco, de casa Espanyolet, en el refugio de Amitges. Eso si conseguían pasar por aquellos montones de nieve que se habían acumulado en el camino. Mientras no se quedasen incomunicados... Bueno, Josep conocía todos aquellos sitios a la perfección, no era necesario preocuparse demasiado. Yo tampoco confiaba mucho en que aquel Cisco fuese el asesino de la eurodiputada. Por mucho que se hubiesen enfrentado. Siempre he creído que cualquier persona es capaz de cometer un homicidio. Todos. En caliente. Pero aquello de Sant Quirc necesitaba de un grado de *hijoputismo* congénito.

IX

El camino hasta la Seu d’Urgell fue complicado a causa de las nevadas. Tanto el doctor Roger Palau como el sargento Joan Coma tenían ganas de llegar al laboratorio para poder empezar cuanto antes mejor. Y no le veían la maldita gracia a tener que conducir con aquellos pedazos de cuerpo en el maletero. Por mucha nieve que hubiese cubriéndolos. Conducía el doctor, a quien no le importaba hacer kilómetros. Siempre había adorado conducir y le gustaba mucho hacerlo por carreteras de montaña y nevadas. Al doctor Roger Palau le habría gustado ser canadiense. De hecho, cuando iba solo en el coche, incluso era capaz de ir escuchando canciones de Brian Adams, que en los años noventa era lo que escuchaban los adolescentes y postadolescentes canadienses cuando aprovechaban sus momentos de ocio para subir a las pistas de esquí. Ahora, como iba con el sargento, prefirió concentrarse en la conducción y dejar la música para otras ocasiones.

—Doc, si no te sabe mal echaré una cabezada.

—No te preocupes, por mí perfecto.

—Es que hace un mes que hemos tenido a la criatura y las horas de sueño están muy solicitadas.

—Ya lo creo.

El *mosso* se quedó dormido como un tronco hasta llegar a Sort. El doctor estaba absorto en sus pensamientos y casi no se fijó en la cola que, a pesar de la nevada, había enfrente de La Bruixa d’Or. Para él, aquel desvivirse por ir a comprar la lotería de Navidad no era nuevo. Los humanos nos movemos siempre por esperanzas y deseos, y los billetes de lotería para el sorteo de

Navidad comprados en un lugar que ha sido favorecido numerosas veces es una de estas esperanzas que se mantienen a pesar de todo. Aun así, la cola, con la nieve, le pareció exagerada y recordó una de las imágenes más impactantes de su juventud: la de los rusos haciendo hasta cuatro horas de cola bajo la nieve para poder entrar en el primer McDonald's en 1990. Aquella era, definitivamente, la constatación de un mundo que se había hundido de forma irremisible. El doctor recordó cómo ante aquellas imágenes su abuela había llorado.

—¿Por qué lloras?

—Porque hoy han muerto todos nuestros ideales.

—No digas eso. ¿No luchabais por un mundo mejor? —Sí.

—Pues este es un mundo mejor.

—¿Cómo puedes decir esto?

—Porque como mínimo es un mundo más libre.

Claro que esta afirmación el doctor pudo hacerla porque él no arrastraba encima todas las muertes que ayudan a construir o destruir mundos, y si las arrastraba lo hacía de manera tangencial, de refilón, no con el peso entero de ver morir padres, madres, hermanos, maridos o amantes. Para Roger Palau la guerra era algo lejano y casi olvidado, algo que le tocaba muy de pasada, porque a los niños nacidos en los sesenta lo que les habían enseñado era a olvidar.

Joan Coma se despertó y enseguida se ofreció para coger el coche si el doctor estaba cansado. Pero no fue necesario. Media hora más tarde llegaron a la Seu y llevaron el cuerpo al laboratorio. El forense se sentía bien en aquella sala con luz estroboscópica, frío y cámaras de acero inoxidable. Al sargento de la científica aquel espacio tampoco lo incomodaba. Dejaron el cuerpo allí y antes de ponerse manos a la obra decidieron que era necesario desayunar, y que si lo hacían de verdad ya no sería necesario comer.

En la Seu la temperatura había bajado bastante. Estaban a cinco grados bajo cero. Había bastante nieve en la calle y se esperaba más. Los dos hombres entraron en el bar Can Manel, se sentaron en una mesa y pidieron butifarra con judías, una hogaza de pan y vino tinto. A la hora de los cafés el sargento aprovechó para llamar a su mujer. Quería saber qué hacía el heredero y advertirla de que seguramente tardaría en llegar. Estaba en la Seu y tenía

trabajo para horas.

—Doc, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto.

—¿Cómo es que te hiciste forense?

—La verdad es que no lo sé muy bien, pero es una profesión que siempre me había llamado la atención. Ahora sé que lo he hecho por el silencio.

—¿Por el silencio?

—Sí, normalmente los muertos no hacen preguntas, solo plantean interrogantes.

X

Marta entró en su despacho-laboratorio en la Pobla de Segur deseosa de que todo lo que habían encontrado estuviese relacionado con un lobo. Encendió el ordenador y lo primero que hizo fue introducir la pregunta: «¿Sería posible que una loba estuviese embarazada fuera de temporada? ¿Habéis conocido algún caso?», tanto en Facebook como en Twitter, así como también en los diversos grupos profesionales, especialmente en la asociación para el estudio y la conservación del lobo de Idaho y de Montana. La misma duda le planteó a diferentes biólogos por correo electrónico. Ahora era preciso que la red trabajase para ella. Pronto llegarían las respuestas.

Miró afuera. Los termómetros habían caído hasta ocho bajo cero. Era el tercer invierno que pasaba en la Pobla y había visto temperaturas mucho más bajas, pero nunca tan pronto. A pesar de que la propietaria del piso, la señora María, le había dicho que aquello no era nada, que en la Pobla ya no hacía frío como antaño, que ella recordaba perfectamente cuando era pequeña y que aquello sí que era frío de verdad. Tal vez sí, o tal vez es que no tenemos memoria climatológica y la única cosa que en realidad ha cambiado son las condiciones de vida, la calefacción en las casas, el doble vidrio, la comodidad de la vida moderna. Tal vez las temperaturas son las mismas y lo que ha cambiado es nuestra manera de enfrentarnos a ellas.

Marta se dejó de elucubraciones. Eran las once y con un poco de suerte podría acabar parte del trabajo antes de ir a comer. Sonrió. Se concentró en los moldes que había hecho y sobre todo en analizar las deposiciones de la bestia. Al final, estudias una carrera durante cuatro años y un máster para

acabar revolviendo mierda de montaña. Dos horas más tarde la ciencia había hablado y, efectivamente, había una loba alrededor de Durro y era uno de los ejemplares que habían llegado desde Italia. Tenía cuatro o cinco años, no muchos más, y antes de ir a lamer la sangre que se escurría de la cabeza de la exeurodiputada se había regalado otro festín de los buenos: las deposiciones indicaban que, con toda seguridad, se había zampado una cabra aquel mismo día.

Y si la ciencia hablaba, la red también empezó a moverse. Fue descartando todas las respuestas insulsas. Al final encontró la que había estado esperando, la de John Bacall, uno de los investigadores más prestigiosos del Centro de Investigación de Lobos de Montana:

Marta, ¿cómo estás? En Montana ya hemos visto dos hembras embarazadas en épocas del año no naturales. Por tanto, es posible. Una de mis colegas está investigando los posibles motivos y ha llegado a la conclusión de que puede deberse a un caso de estrés por desplazamiento. En los dos casos se trataba de lobas árticas que habían hecho un gran viaje para llegar a Montana y que tal vez tenían el ciclo alterado por esto. Tal vez pueda ser una explicación para tu ejemplar. ¿Nos mantendrás informados?

Besos,

John

Le encantaba John. Lo había conocido dos años atrás en un congreso internacional sobre lobos que se había celebrado en Inari, en la Laponia finlandesa, al lado del lago más septentrional del mundo, un lugar paradisíaco. John había presentado una de las ponencias más interesantes, sobre cómo atraer a la causa del lobo elementos para su supervivencia, y destacaba que era muy importante conseguir que escritores, cineastas e intelectuales aportasen sus creaciones para salvar a un animal que siempre había sido estigmatizado. Evidentemente, pasó lo que tenía que pasar y los dos acabaron compartiendo una de las casitas laponas que la organización del congreso había puesto a su disposición. Fueron cuatro días muy bonitos, pero ambos eran perfectamente conscientes de lo que había en cada casa y lo dejaron en una buena amistad.

Así pues, la posibilidad de que la loba existiese y que estuviese

embarazada cobraba fuerza. Y si era así, era imprescindible preguntarse dónde estaba el macho. Decidió que ya era hora de llamar a Martí. Si había alguien suficientemente loco como para defender a la loba solo podía ser él. Porque cuando trascendiese que había una loba en la Valí, todo el mundo pediría que la matasen. Bueno, tal vez también había otra persona que la salvaría, Quimet, el pastor. Él, que tendría que ser el mayor interesado en su captura, ya le había salvado la vida una vez. Eso Marta jamás lo hubiera creído.

Martí y los otros socios del Movimiento de Liberación de la Valí de Boí (MLVB) estaban sentados alrededor de una mesa en un pequeño bar de Taüll. Celebraban allí la comida mensual de la entidad, que tenía una doble vertiente: el ecologismo y la patria. Martí era el presidente y portavoz, pero también participaban Lluïsa Sampol, Montserrat Tuchmann, Jordi Frontera, Damiá Puig y Joan Martínez. En el bar, Natalia les servía las albóndigas de la casa, unas dosis generosas, de camionero, que dirían en Barcelona. De hecho, siempre se reunían allí por las albóndigas de Natalia, que después de servirles volvió detrás de la barra a continuar leyendo. Por fin había dejado *El desierto de los tártaros* de Dino Buzzatti; siempre leía el mismo libro porque no sabía qué estaba esperando, e incluso se lo sabía de memoria, pero ahora era omnívora, devoraba todo lo que le caía en las manos y era, posiblemente, la mejor cliente del bibliobús Pere Quart, que cada quince días ponía su parada en Barruera. Iba y saludaba a Leo, que estaba bien embarazada —«¡A ver si vas a tener el crío por el camino!»—, y le cambiaba los libros que después iba leyendo detrás de la barra o en el piso de arriba del bar cuando ya había cerrado y la oscuridad reinaba en la calle. Encendía la chimenea y arrimaba el sillón bueno para ir leyendo todas aquellas aventuras, o para escribir en el portátil una novela que ya contaba con más de ochocientas páginas y a la que no veía el momento de poner el punto y final.

Martí y los otros estaban dispuestos a liarla parda. Montserrat había conseguido un contacto en Francia, cerca de Pau, que estaba dispuesto a darles los explosivos a un precio muy económico. Habían quedado que Damiá y Lluïsa se harían pasar por estudiantes de ingeniería para contactar con la empresa.

—Es muy fácil. Les tenéis que decir que queréis hacer vuestro trabajo de fin de máster sobre la presa y que os gustaría hablar con los constructores o

con alguien que os lo explique. Así sabremos exactamente cuántos kilos de material necesitamos para volar Cavallers.

—Tendremos que avisar muy bien a la población civil para que desalojen.

—Ya lo creo. La riada puede ser muy considerable.

—Tengo una pregunta.

—Hazla, Jordi.

—¿Por qué tenemos que volar la presa de Cavallers y no cualquier otra?

—Porque la presa de Cavallers está en la cabecera de la cuenca del Noguera de Tor y así liberamos el río desde sus orígenes. El objetivo es que dentro de unos años vuelva a existir el estanque de Cavallers y la cascada. Es verdad que desde 1960 a esta parte han cambiado muchas cosas, pero el estanque existía desde mucho antes y tenemos que creer que recuperará la forma original. Por esto lo haremos aquí.

—Ya. ¿Y cuánta agua bajará con la riada?

—Si el pantano estuviese lleno hasta arriba serían cerca de dieciséis mil millones de litros.

—Caramba. ¿Y lo hemos pensado bien? Hay mucha gente que necesita esta agua...

—Mira, Jordi, conviene que te vayas haciendo a la idea. El hombre es la única especie animal que ha venido a esta tierra para eliminar a las otras. Tenemos que buscar mecanismos de control para regular la población. A veces conseguir la armonía de la naturaleza implica...

—La muerte de algunas personas.

—Bueno, en realidad la muerte de muchas personas, pero como nosotros estamos haciendo una actuación local solo nos tenemos que preocupar de nuestros ciudadanos. ¿Crees que a los barceloneses les importará demasiado o les afectará mucho que nos carguemos la presa?

—Supongo que no.

—Supones bien. En cambio, para recuperar este ecosistema es vital su destrucción, así como la de todas las otras presas que hay en el parque nacional de Aigüestortes y que serán nuestro segundo objetivo, y así sucesivamente. ¿Y cuál es el objetivo final?

—No lo sé, ¿volar Barcelona?

—El objetivo final, queridos amigos, es conseguir reducir la población del

planeta hasta una cifra sostenible.

—¿Qué es...?

—Unos dos mil millones de personas. Esto quiere decir que sobran unos cinco mil millones. Si fuésemos solo dos mil millones, los recursos serían suficientes para todos, podríamos recuperar muchas especies animales y vegetales porque no habría competencia con los humanos o se habría reducido de forma notable, estableceríamos métodos para mejorar la especie mediante férreos controles selectivos de población y de razas y seríamos mucho más felices.

—¿Y tú serás el Dios que lo hará?

—No, yo solo soy el profeta.

—¿Sabes que una buena parte de lo que propones ya lo pensaban los nazis?

—Bueno, siempre ha habido visionarios en el mundo. Pero hay una gran diferencia, ellos pensaban en esclavizar a una buena parte de la humanidad. Yo pienso en liberarla.

—Pues mira, conmigo no cuentas. Sabía que estabas chalado, pero no hasta este punto.

—Bueno, Jordi, conviene que te lo pienses mejor. Es normal que al principio haya dudas, que se tenga miedo. Todos los inicios son duros.

—Ya, Martí, pero tú no eres un ecologista, tú simplemente estás mal de la cabeza. Gracias, pero yo me voy.

—No, Jordi, tú no te irás a ninguna parte. O estás con nosotros o estás contra nosotros.

—¿Y esto qué quiere decir?

—Que ahora es el momento de ir a dormir un rato.

Y así, de forma totalmente inesperada, Martí saltó sobre la mesa y le clavó en el cuello una inyección que había ido preparando mientras la charla se hacía dura y tensa. Una inyección que habría hecho dormir a un oso durante tres o cuatro horas. Jordi no tuvo tiempo ni de decir «hijo de puta»; en un abrir y cerrar de ojos ya estaba en la parte de atrás de un Land Rover en dirección a una de las casas abandonadas de Saraís donde el grupo tenía sus escondrijos. Lo habían decidido entre todos. Jordi, de vez en cuando, daba muestras de vaguedad ideológica, no tenía ningún tipo de vocación. Por eso mismo habían

hecho aquella reunión en la que todo estaba preparado. Si Jordi se rajaba lo secuestrarían hasta haber volado la presa. Y así lo habían hecho mientras Natalia no se enteraba de nada, absorta como estaba en la lectura. Alguna de las chicas había llegado hasta la barra, había pagado y habían salido todos del bar, precipitadamente. Fue entonces cuando llamó Marta y les confirmó que en la montaña había una loba y que estaba embarazada. Y que si había loba lo más normal es que hubiese también lobo y que alguien los quisiera liquidar.

—No te preocupes, tenemos a los furtivos controlados y reforzaremos la vigilancia. Esta loba parirá, no lo dudes ni por un momento.

—Gracias, Martí, ya te iré informando.

—De nada, Marta.

Al llegar a Saraís les esperaba otra sorpresa. Registraron la ropa y el coche de Jordi y encontraron el arma reglamentaria en la guantera, las esposas y el carné profesional. Jordi Frontera era un jodido *mosso d'esquadra*. En el Movimiento de Liberación de la Valí de Boí habían fallado todos los mecanismos de seguridad.

—Ahora entiendo por qué eras tan hijo de puta, Jordi Frontera. Solo te habríamos secuestrado hasta que hubiésemos volado la presa. Pero ahora tendremos que liquidarte. Nos espera una larga conversación cuando despiertes... una larga y dolorosa charla.

XI

Me sorprendió la gran cantidad de medios que había en la comisaría. Había cuatro radios, tres televisiones, seis medios de prensa escrita y una agencia de noticias. Sorprendente.

Pensé en la posibilidad de acabar rápido porque se acercaba la hora de comer y empezaba a tener hambre. Nos quedaba una larga tarde de trabajo si queríamos avanzar en la resolución del caso, que veía complicado y difícil. Miquel abrió fuego.

—Señoras y señores, gracias por haber respondido rápidamente a nuestra convocatoria de rueda de prensa y por su presencia aquí en estas horas un poco intempestivas. Ya saben que habitualmente no ofrecemos esta información a los medios de comunicación, pero hemos decidido que es mucho mejor que la tengan de manera oficial, justa y equitativa para todos, y por esto les hemos convocado. Esta madrugada dos pastores del barranco de Durro nos han comunicado el hallazgo del cuerpo decapitado de la señora Francine Perec Monnier, ciudadana francesa, nacida en Marsella pero residente en la Vall de Boí, y más concretamente en el pueblo de Boí, desde hace más de diez años. Su cabeza estaba colgando de la iglesia de Sant Quirc de Durro, mientras que el resto del cuerpo estaba en el interior de la citada iglesia. Desde entonces todos nuestros agentes están trabajando en la investigación del crimen.

Seguramente, a alguno de ustedes les debe de haber llegado el rumor de que hay alguien de fuera de la comisaría que también lo está investigando. Es cierto. Tenemos la suerte de contar con la ayuda del comisario Jaume Fuster,

que estos días estaba entre nosotros para impartir un curso de formación y que, como oficial de mayor graduación en la zona, ha aceptado dirigir la investigación. Bien, esto es todo. Si quieren hacer alguna pregunta les responderemos con mucho gusto, hasta el límite de lo que nos sea permitido. Tienen que pensar que el caso está bajo secreto de sumario y que serán los juzgados de Tremp los que determinarán las disposiciones pertinentes.

Miquel lo había hecho muy bien. Era un hombre con experiencia y a pesar de que no hablase habitualmente con los medios había hecho una declaración oficial muy arreglada. El fuego empezó enseguida y el interrogatorio duró cerca de quince minutos. No respondimos a casi ninguna pregunta, excusándonos en el juez.

—Bueno, miren, ahora mismo estamos siguiendo todas las líneas de investigación habituales: interrogatorios a sospechosos, investigación del lugar de los hechos y otros, y estamos pendientes de los informes periciales de los agentes de la científica que han venido de la comisaría de Vielha y de los informes forenses. Esperamos que tanto los unos como los otros nos puedan aportar alguna información que permita la rápida resolución del caso. Si no hay más preguntas...

—Sí, una más, por favor. —Era la chica de la Agència Catalana de Noticies.

—Ya lo creo, diga.

—¿Nos puede confirmar que la presencia de una bióloga de la Generalitat correspondía a la comprobación de la posibilidad de que hubiera una loba en el lugar del crimen?

—Le puedo confirmar que los testimonios oculares que han avisado del hallazgo del cadáver aseguran haber visto una loba en el lugar de los hechos, pero que de ninguna manera está vinculada con la muerte de la señora Perea. Parece ser que el animal había llegado atraído por el olor de sangre, ha aullado unas cuantas veces y esto es lo que ha puesto en alerta a los dos pastores, que se encontraban en la zona y que se han acercado para ver qué animal era. Allí han visto al lobo, lo han espantado y después han descubierto el cadáver, bueno, en realidad la cabeza. El resto lo hemos descubierto después.

—Pero ¿puede confirmarnos la presencia de una bióloga en la zona?

—Sí. Evidentemente, se ha activado el plan previsto para este tipo de observaciones y ha llegado una bióloga de la Población de Segur que ha recogido las huellas del animal, así como sus deposiciones sólidas, para determinar sus principales aspectos. No le puedo dar más información sobre qué especie de lobo estamos hablando concretamente, pero sí que está confirmado que las huellas y deposiciones encontradas son de loba. Ahora creo que los biólogos quieren determinar de dónde ha venido y cómo ha llegado hasta aquí. Esto es todo, que tengan muy buen día y no duden de que les mantendremos informados.

XII

Jaume Planagumá cogió el coche —que reclamaba la jubilación desde hacía años— y enfiló hacia la autopista. A pesar de que le habría gustado cruzar calmadamente el Empordá e ir remontando con calma la costa Roja, parar en Banyuls para tomar un vinito, hacer otra parada en Colliure para ver el mar y comprobar que nadie se había olvidado de la tumba de Machado a pesar de los tiempos de desmemoria histórica y de la incertidumbre en la que vivíamos, y continuar calmadamente hasta entrar en Perpignan, las prisas del comisario Fuster imponían la autopista y la salida por La Jonquera, el recuerdo lejano de Darnius y de Agullana con su *mas* Perxés, que se había hecho famoso entre los que sí que conservaban la memoria de un pueblo al que siempre le había tocado padecer, los kilómetros limpios y aburridos de cinta asfáltica, ninguna parada hasta Perpignan y el recuerdo de aquellos cines siempre cerca donde iba la gente más mayor a ver pechos y muslos, con los hermanos mayores de los amigos, en coches igual de hecho polvo que el suyo, la memoria de aquel niño que en cierta medida todavía era, aquella lengua que imponían en la escuela y en el instituto, tan diferente de la de casa, de la que se hablaba en aquella tierra que ahora veía agrietada por el frío que partía las rocas y que costaba de labrar a los payeses que constantemente se enfrentaban a los guardias civiles de Roses que siempre iban a tocar los cojones y que no verían un cargamento de armas y de drogas ni que se los metiesen en el cuartel.

Llegó a Perpignan y lo primero que hizo fue intentar dejar el coche cerca del Castellet. Era su particular manera de tocar los huevos. Sabía que a las

señoras emperifolladas que tomaban el té allí cerca les molestaba especialmente ver coches estropeados y por eso aparcó el suyo justo enfrente. Quién sabe si entre las señoras que engullían pastas y chocolate caliente no habría alguna de las ricas propietarias de alguna funeraria que basaban su fortuna en el duro momento del paso hacia la muerte. Quién sabe si alguna de aquellas viejas que tomaban chocolate a la taza no había sido amante de algún oficial nazi que deportaba judíos a los campos de concentración y obligaban a los republicanos fugitivos a picar piedra como trabajadores forzados. Quién sabe si alguna de ellas o sus familias no se dedicaron a escupir a la cara de los catalanes en la playa de Argelers.

Planagumá deambuló haciendo tiempo en la ciudad, su contacto no se había podido escapar a la hora prevista, de manera que cuando fue el momento fue caminando de nuevo hacia la catedral y allí mismo ya lo esperaba Sonia, que lo había visto llegar desde lejos con las manos en los bolsillos, porque allí no solo hacía el mismo frío que en casa, sino que la humedad era más acentuada, se metía todavía más en el interior de los huesos.

Sonia Roig era una de las pocas catalanas que trabajaban en los servicios secretos franceses. Tenía cuarenta y cinco años y estaba considerada como una de las mejores analistas de los movimientos de extrema derecha franceses, que estudiaba desde hacía más de veinte años. Nieta de republicanos catalanes emigrados a Francia, había acabado haciendo el camino a la inversa, y si bien sus padres habían vuelto a Catalunya, ella había ido a parar nuevamente a Francia, primero a París, donde había acabado como número uno de su promoción en la Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, y después a Perpignan, donde coordinaba el Grupo de Prevención contra la Extrema Derecha y los Totalitarismos de los servicios secretos. No era el grupo más importante de los servicios secretos, —los mejor considerados eran los hombres y mujeres que luchaban contra el terrorismo islámico en particular y contra el terrorismo en general—, pero sí que tenía una importancia geoestratégica importante. Y como uno de los feudos de la extrema derecha era el sur del país, Sonia había acabado viviendo en Perpignan.

—Tienes buena cara.

—Me gusta el frío.

—Pues mira, chica, a mí también me gusta más que el calor, pero tal vez

hace un poco demasiado.

—Bueno, los esquiadores estarán contentos. En el Canigó hay una buena nevada. Dicen que más de dos metros de grosor.

—Así, con la tramontana estaremos bien refrescados este año.

—Esto es bueno. A ver si así se mueren los malos bichos. De todas maneras, supongo que no has subido desde Figueres con tu coche antediluviano para venir a hablar del tiempo.

—Supones bien. Francine Perec Monnier.

—¿Qué le pasa?

—Ha aparecido decapitada y torturada en una pequeña iglesia de la Valí de Boí.

—Coño.

—¿Qué sabes de ella?

—Que efectivamente hacía diez años que había abandonado la ciudad y el partido. Había sido concédala y después eurodiputada. Y había conseguido una heroicidad política.

—¿Cuál?

—Poner de acuerdo a los gitanos y a los árabes.

—¿Cómo?

—Tanto los unos como los otros la querían ver muerta.

Jaume le explicó todo lo que yo le había contado y Sonia prometió hacer el máximo de averiguaciones posibles. Ciertamente, aquello era demasiado rebuscado para ser obra ni de unos ni de otros. Demasiado refinado. A las siete Jaume volvía a estar en el coche. Llegaría a tiempo para cenar en casa. En el paso de La Jonquera los primeros camioneros ya habían aparcado en los clubs de carretera, donde chicas venidas de toda Europa intentarían ganar algo para poder pasar los próximos días. Con algo de suerte, sus clientes del día no olerían demasiado a sudor y todavía no irían demasiado borrachos.

Marc Sergiot empezó su investigación cuando Jaume ya hacía dos horas que había abandonado la ciudad. Llegó hasta la plaza Cassanyes y se acercó al bar de Jaumet. A pesar de que hacía un frío que pelaba, había un par de gitanos jóvenes fumando en la calle. Ni siquiera los miró. Entró en el bar y buscó con la mirada al tío Mílio, se acercó a su mesa y pidió permiso para sentarse. Los otros gitanos se marcharon. El camarero se acercó con la botella de pastis y la

dejó sobre la mesa. Sergiot se sirvió un vaso y le puso otro al tío Mílio, que lo miraba desde sus venerables setenta años. Iba en cuerpo de camisa, de seda, roja, preciosa. Parecía que nunca tuviese frío, el tío Mílio.

—Tío Mílio, he venido a darte una buena noticia.

—¿Cuál?

—Francine Perec.

—¿Qué le pasa a esta mala puta?

—Que alguien le ha cortado la cabeza y la ha colgado en el campanario de una iglesia románica en la Valí de Bol.

—Sí que es una buena noticia, sí, tenemos que celebrarlo. —Sorbió un poquito de pastis.

—Tío, ¿quién lo ha hecho?

—Nosotros no, te lo puedo asegurar. Y no por falta de ganas. Me habría encantado ser yo mismo quien la matase haciéndola sufrir, pero no sabíamos dónde estaba, de repente desapareció de la tierra.

—Créeme si te digo que sufrió, y mucho.

—Tendremos que celebrarlo todavía más. Marc, debes de ser el único policía que traes buenas noticias a este barrio.

—Tío, si no habéis sido vosotros, ¿quién coño ha sido?

—Hombre, los moritos también le tenían muchas ganas, pero tampoco es demasiado su estilo esto de ir dejando mensajes y de tomarse tantas molestias. Esto puede ser alguien cabreado de verdad que sabe a qué se dedicaba esta mujer.

—Y con esto quieres decir...

—Quiero decir que en Perpignan cualquiera con dinero puede comprar lo que sea menos un tanque, que no se puede disimular. Quieres un pasaporte, paga y tendrás un pasaporte, y si quieres un Kalashnikov tendrás un Kalashnikov. Partiendo de este principio, cualquiera puede haber comprado un sicario para matar a la mala puta. Y estoy seguro de que no le faltaban enemigos.

—¿Y vosotros por qué la queríais muerta?

—Para empezar porque la muy puta nos quería sacar de nuestras casas. Decía que tenía un gran plan para rehabilitar Sant Jaume y poner fin a la suciedad y a la inseguridad en el centro de Perpignan. Después dijo que haría

todo lo posible para que desaparecieran las rentas mínimas de inserción y las ayudas por hijo en edad escolar. El día que vino el primer arquitecto municipal a hacer su plan le dejamos claro que no nos iríamos de aquí sin luchar.

—¿Y qué hicisteis?

—Incendiamos los coches de sesenta funcionarios municipales y la sede de los fascistas.

—¿Y no hubo represalias?

—Tendría que haber habido, pero el día siguiente los árabes secuestraron a los hijos de dos funcionarios y dijeron que los liquidarían si les quitaban las rentas de inserción. Y también buscaron a todos los militantes del partido y les dijeron uno por uno que si perdían las rentas de inserción los asesinarían como a pollos. Pero no solo nos cabreó a nosotros y a los árabes.

—¿Ah, no?

—No. Cuando era eurodiputada impidió la construcción de una urbanización en la costa porque los empresarios que la querían desarrollar contrataban a árabes y a negros. Perdieron sesenta millones de euros y también juraron que la matarían. Como ves, hay mucha gente que esperaba esta magnífica noticia.

—¿Y si sabes algo, puedo confiar en que me lo contarás?

—Siempre y cuando no perjudique a ningún gitano.

Sergiot salió del bar y se fue hacia casa. Tenía la cabeza un poco espesa por el pastis y estaba un poco cabreado. ¿Qué hacía un policía de la Interpol teniendo tratos con un tío gitano que tendría que estar en la prisión y que era el amo de todo un barrio en una ciudad? Había días en los que era mejor no hacerse según qué tipo de preguntas. Pensó que no eran horas de llamar a Mei, que era preferible esperar al día siguiente.

XIII

El cabo Josep Martínez y la agente Marina Obach cambiaron de vehículo y se llevaron el *jeep* de ruedas altas. El vehículo permitía incorporar una pequeña pala para abrirse camino entre la nieve si hacía falta y era la última adquisición de la comisaría del Pont de Suert. Les haría falta. Tenían kilómetros para un buen rato y una preocupación: si Cisco de casa Espanyolet tenía algo que ver con los asesinatos no sería fácil atraparlo.

—Josep.

—Dime.

—¿Has estado alguna vez en el parque con tanta nieve?

—¿Quieres decir en un caso?

—Sí.

—No. Siempre he ido a pie. No será fácil llegar hasta el refugio de Amitges.

—Ya.

—¿Has estado alguna vez?

—Sí, subí el año pasado. Primera gran excursión, de Aigüestortes a Amitges por el Portarró. Ya sé que para vosotros esto es fácil, un paseo de niños y todas estas cosas, pero para mí fue todo un reto.

—¿Y te gustó?

—Me encantó.

—Me alegro. Oye, ¿cómo es que has venido a parar a esta comisaría?

—El resto estaba muy solicitado. Pero me alegro mucho, ¿sabes? Creo que venir aquí ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida. Ya sé que suena raro,

pero aquí me he reencontrado conmigo misma. Y aquí es donde le encuentro un sentido al trabajo que hacemos.

—¿Qué sentido?

—Es donde tenemos más oportunidades de ayudar a las personas. De acuerdo, ahora estamos investigando un caso de asesinato, que tal vez es la cosa más bestia que me ha pasado en los últimos dos años, pero en realidad aquí nuestro trabajo tiene una utilidad. Y no me refiero a cuando ponemos multas de tráfico, sino a cuando hacemos cosas de verdad.

—¿Por ejemplo?

—¿Recuerdas a Joan Aubert, aquel señor de la calle del Pont?

—Ya lo creo. Es un hombre muy mayor.

—Pues se rompió la cadera un día que yo estaba de guardia nocturna. El hombre me llamó porque se acordaba de mí, ya que le compraba las verduras en el mercado de la plaza. Aquel día le pudimos salvar la vida. Este es nuestro trabajo y no ir a poner multas a los jóvenes que salen de fiesta. Que también lo es, de acuerdo, pero que tiene mucho menos sentido.

—Estoy totalmente de acuerdo.

—¿Y sabes qué?

—¿Qué?

—Que aquí soy feliz. La gente me llama por mi nombre, vas dos veces a un bar y ya te ponen el café con leche como tú lo quieres y el bocadillo a tu gusto, puedes hablar con la gente en los puestos del mercado, hay un personal muy atento en la biblioteca e incluso hay algún que otro chico guapo.

—Caramba, veo que tienes proyectos a medio plazo, Marina.

—Mira, me gustaría quedarme aquí. Tal vez es cierto que nunca seré una mujer de la Alta Ribagorga y tal vez es cierto que el valle continuará siendo un misterio para mí, pero créeme si te digo que hay cosas que no me ha dado nunca nadie, como ver las nutrias del Centro de Recuperación, o contemplar la puesta de sol desde el refugio de Amitges, o tomar un café en la plaza de Erill la Valí y ver cómo cae la nieve.

—¿Ya sabes que aquí arriba decimos que somos el país de los crepúsculos?

—No, pero es muy bonito.

Hasta Esport el camino no presentó ningún tipo de dificultad. Las máquinas

quitanieves habían hecho su trabajo y, a pesar de que a lado y lado de la carretera había unas buenas pilas, el camino estaba limpio, impecable. Incluso había salido un poco el sol.

—Hoy caerá otra bien buena.

—¿Por qué? Mira qué sol más bonito acaba de salir.

—Mi madre, a este sol, lo llamaba el sol de los traidores.

—¿Por qué?

—Porque deslumbra y no deja ver los nubarrones que hay detrás. Espero que podamos llegar hasta Amitges y espero que podamos bajar a casa hoy mismo.

—Sí. Escucha, ¿tú crees que Cisco...?

—No hace falta ni pensarlo. Venimos hasta aquí para que nos explique sus diferencias con la francesa y para llevarlo al comisario si es pertinente, pero Cisco solo sería capaz de matar por una cosa.

—¿Por cuál?

—Por el parque.

—¿Qué quieres decir?

—Que no dudo de que si viese a un furtivo o a un pirómano le daría una paliza hasta dejarlo seco, pero es incapaz de haber premeditado esto. Es imposible.

—Pero ¿y si no fuese imposible?

—Entonces tendríamos un problema.

—¿Cuál?

—Que de la montaña solo lo podríamos bajar a tiros. Y aun así, con suerte.

Los dos agentes aparcaron en Espot. La temperatura había caído hasta los doce bajo cero. Entraron en el restaurante Juquim. Eran casi las tres, pero confiaban en que todavía les darían alguna cosa para comer. Dos de los guardias del parque estaban tomando café.

—Hombre, Josep, ¿qué haces aquí? ¿Te has equivocado de valle?

—Hola, Ramón, ¿cómo estás?

—Bien, chaval, hoy bien jodidos por el frío, la primera nevada fuerte del año siempre nos coge desprevenidos. Y mira que de un año para otro siempre me digo: «No, el año que viene no me joderá», y venga, cada año lo mismo.

—Bueno, esto nos pasa a todos.

—¿Ha pasado algo?

—No. Mira, ya que te he encontrado tendrías que hacerme un favor cilio.

—Tú dirás.

—¿Cómo está la cosa para pasar hasta Amitges?

—Hombre, está bastante mal. Hasta Sant Maurici todavía llegaréis, porque nosotros hemos pasado hace un buen rato y todavía ha habido algún servicio de taxi y la nieve está pisada, pero desde allí en adelante es arriesgado.

—¿Cuánto grosor hay?

—Entre medio metro y un metro. ¿Llevas pala en el *jeep*?

—Sí.

—Pues mira, daos prisa en comer y tal vez todavía cogeréis la última hora de luz y avanzaréis bastante. Después puede ser peligroso. ¿Quieres que te eche una mano? Podemos ir con los dos coches, uno u otro pasará, y si es imposible u ocurre algo siempre podremos volver atrás con uno de los dos.

—Hombre, eso sería fantástico.

—Bueno, si dos *mossos* quieren subir a Amitges con el camino como está, debe de ser algo grave aunque no me lo podáis decir. Os ayudaremos. Comed rápido y mientras yo cargaré algo de material para el refugio, que no está de más que lo lleve y así aprovecharemos el viaje.

—Perfecto, y mil gracias, me sabe mal alterarte los planes.

—No te preocupes, no hace falta que des las gracias, cojones, que nos conocemos de toda la vida y esta cara que traes no me hace ninguna gracia.

—Gracias, hombre, prometo que enseguida que pueda te lo explico.

—Muy bien.

—Ah, y tomaos unas ratafias a nuestra salud.

—Gracias.

Los dos *mossos* comieron la sopa de la casa y entrecot de potro, pero no lo pudieron disfrutar tanto como querían. Había que salir cuanto antes mejor si querían llegar a Amitges. Hasta la entrada del parque todo fue como la seda. Ramón iba delante con su *jeep*. No fue necesario utilizar las palas, la nieve estaba pisada de unas horas antes. Al llegar al lago de Sant Maurici se desviaron para ir por la ruta hacia el estanque de Ratera. Marina era la primera vez que visitaba esta vertiente del parque y le pareció sublime, pero

la cosa no estaba para hacer apreciaciones paisajísticas. La temperatura acababa de caer hasta dieciséis bajo cero y empezaba a oscurecer. La puesta había sido extremadamente rápida, en el país de los crepúsculos, tal vez porque las montañas enormes y llenas de nieve no querían que los dos coches lo tuviesen fácil para pasar. Desde Ratera, los *mossos* abrían camino. La marcha era lenta, difícil. Abrieron el foco de la parte superior del coche y avanzaron. Una hora después, llegaron al refugio de Amitges cansados pero satisfechos.

—Ahora esperemos que Cisco esté aquí.

—Y tanto, porque si hemos hecho el viaje en balde...

—Sería una gran tocada de cojones.

—Ramón, ¿hay guardia en el refugio?

—No, esta semana no estaba abierto. Pero siempre queda sitio para una docena de personas con colchones, mantas y estufas cuando no hay guardia.

—Muy bien.

—Vamos, no sea que tengamos que quedarnos toda la noche.

—De acuerdo.

Entraron en la parte del refugio que siempre estaba abierta. Se encontraba totalmente a oscuras.

—Tranquilos, aquí está el interruptor. Pero bueno, me temo que aquí no hay nadie de los que buscáis.

Pero sí que estaba. Clavado en la pared como un Cristo estaba el cadáver de Cisco de casa Espanyolet. Encima de uno de los colchones alguien había escrito con su sangre: «Contrabandista».

XIV

Después de comer le dije a Miquel que me llevase a dar una vuelta.

—¿Dónde quieres ir?

—A algún sitio donde pueda relajar la vista y pensar. Y si no hay nadie, mejor.

No tuvo que pensar demasiado. Cogió el coche y respetó mi silencio. Condujo montaña arriba hasta llegar al balneario de Caldes de Boí. A partir de allí la carretera que iba hasta la presa de Cavallers estaba cerrada al tráfico, pero a pesar de todo nos dejaron pasar. Ventajas del oficio. Llevábamos la pala en el coche y con un piloto como Miquel no había ningún peligro. Había mucha nieve en la subida hasta la presa de Cavallers, pero valió la pena. Los últimos metros los tuvimos que hacer a pie. La temperatura marcaba doce grados bajo cero y no era aconsejable estar más de diez minutos fuera del coche, pero yo necesitaba estirar las piernas y abrir mi campo de visión. Necesitaba hacer lo mismo que en Valencia o en Barcelona, un paseo por la playa, ver el mar, liberar de tensión al cerebro por unos minutos. La presa de Cavallers era el espacio ideal. Las montañas nevadas y el estanque empezando a helarse ofrecían al paisaje un punto de irrealidad que me trasladaba a otras latitudes sin salir de casa. El sol, a punto para la puesta, aún calentaba. Y nubes negras que presagiaban nuevas nevadas.

—¿Mejor?

—Mucho mejor. La verdad es que es precioso.

—¿Sabías que un poeta definió el valle como «el país de los crepúsculos»?

—No, pero me parece sublime.

Solo estuvimos cinco minutos más. Cuando llegamos al coche tenía los pies helados y no me sentía los dedos de las manos.

—Es que hace un frío criminal.

—Ya lo creo.

—Y, entonces, Jaume, ¿has tenido alguna gran idea aquí arriba?

—No, solo una confirmación.

—¿Qué es?

—Que esto lo ha hecho alguien de esta zona o alguien que la conoce muy bien. Es imposible moverse por estos parajes si no conoces los caminos, los pasos y, menos, hacerlo de madrugada, sin luz. Tienes que saber dónde encontrarás los enchufes de la luz, tienes que saber cómo hacer las cosas y cómo moverte sin arriesgarte a dar un paso en falso. Miquel, estamos buscando a alguien de aquí, suficientemente fuerte, ágil y joven, y conocedor de estos pueblos y estas montañas.

—Hombre, hay más de uno que puede encajar perfectamente en la descripción.

—Me lo imagino. Por eso ahora tenemos que esperar a lo que nos digan los compañeros de la científica y el forense. Nos pasamos la puta vida esperando.

—La rutina policial es esto, espero que Josep y Marina ya hayan encontrado a Cisco y nos lo traigan hacia el Pont.

—Sí, pero no creo que haya sido él.

—¿Por qué?

—Porque lo ha dicho Josep.

—¿Desde cuándo haces caso a lo que dicen tus hombres?

—Desde que mis hombres esconden los delitos menores de sus amigos.

—¿Qué quieres decir?

—Que alguna trae de cabeza Cisco y que Josep tiene suficiente confianza con él como para saber que no dejaría perder nunca un buen negocio por una animalada como esta.

—Pues como no sea cosa de contrabando...

—Por aquí van las cosas. Mira, contrabando, aquí arriba, siempre ha habido. Lo dijo tu tío. Y una cosa es arreglar las cosas de una banda a hostias

y si hace falta pegarle un tiro a alguien y otra muy diferente es la exhibición de sadismo avanzado que hemos visto esta mañana. Y si hay un *mosso d'esquadra* que está en connivencia con los contrabandistas, pues mira, también es algo que ha pasado toda la vida. Los carabineros ganaban más dinero con los sobornos que con su sueldo, y ahora es normal que se haga la vista gorda y se deje pasar lo que haga falta. Mira, estoy seguro de que Josep es un buen hombre. Y si puede ayudar a la gente del valle y a sus amigos, lo hará. Y si esto implica saltarse algunas normas y protegerlos de nosotros, estoy seguro de que también lo hará. Dime, ¿cuáles son los mejores servicios que ha hecho hasta ahora?

—Hombre, ya sabes que aquí arriba somos gente tranquila. Ha resuelto algún caso de violencia doméstica y la única muerte violenta que hemos tenido en los últimos tiempos en el valle también la resolvimos gracias a él; eran dos payeses que se peleaban por la propiedad de un prado y uno se llevó por delante al otro. También ha sido especialmente eficiente en la persecución de cazadores furtivos. A los furtivos los huele a kilómetros de distancia y los persigue a muerte.

—Pero estoy seguro de que son furtivos siempre de fuera.

—Es posible, lo tendría que comprobar.

—Hazme caso, Josep sabe cuáles son los límites. Es de estas personas que ayudará siempre que pueda a sus vecinos. Si vienen furtivos de fuera los destrozará y los perseguirá, pero dejará que continúen los del valle. Que vienen los de fuera y hay que coserlos a multas, encantado, pero no pondrá ninguna a los vecinos. Eso sí, cuando se pasan del límite, cuando hacen algo realmente grave, entonces se les cae el pelo, como en el caso de violencia doméstica o en el homicidio que comentabas. Créeme, Miquel, he conocido muchos hombres como Josep y son agentes excelentes porque tienen un sexto sentido para la justicia. Y si él dice que Cisco de casa Espanyolet no es el asesino, es que no es el asesino. Pero está bien que lo hayan ido a comprobar.

XV

Josep, Marina y Ramón no se podían creer lo que veían. Instintivamente los *mossos* sacaron las pistolas. La sangre era fresca, la muerte se debía de haber producido, como mucho, en las tres horas anteriores. Comprobaron el refugio palmo a palmo. No había nadie. Se acercaron a la radio pero no había comunicación posible, alguien había cortado todos los cables y el aparato estaba inservible. Tampoco había cobertura para los móviles ni para las radios de los vehículos. Había oscurecido completamente y el cielo amenazaba tormenta. Probaron con la radio del coche del guardia. No había manera.

—Coño, tendremos que bajar hasta donde haya cobertura y perderemos un tiempo precioso.

—Espera, podemos forzar la puerta de la otra parte del refugio. Allí, teóricamente, tiene que haber otra radio.

—Esperemos que funcione.

Los tres se acercaron a la puerta del refugio. Josep no estaba para muchos ceremoniales, así que le metió dos tiros y, tras un empujón, los tres entraron dentro. Hacía mucho frío. Encendieron la luz y apareció el comedor grande de Amitges. En las instalaciones del guardia había una radio que funcionaba perfectamente. Fue Marina quien consiguió contactar con la comisaría y explicar el descubrimiento del cuerpo de Cisco.

Mei me llamó enseguida y la tranquilidad de espíritu que había provocado la visión del estanque de Cavallers absolutamente nevado se acabó.

—Comisario, ¿qué quieres que hagamos?

—Para empezar avisa a los chicos de Sort, que son los que están más cerca y nos podrán preparar el terreno. Y después espéranos y vendremos a recogerte para ir hacia allí. Prepara todo el equipo y acércate a algún lugar donde te puedan preparar bocadillos y algo para comer para diez o quince personas, que me parece que será una noche larga. Que Romeu se quede de guardia en la centralita. En teoría esta noche tenía que llegar el informe del forense y los de la científica. Y convendría que avisases al juez y al forense para que vayan hacia allí.

—De acuerdo.

Ya volvíamos a tener movida. Y aquella vez había acertado. Nuestro asesino no podía ser Cisco de casa Espanyolet. Pero me habría gustado que la apuesta hubiese sido de otra manera.

Llegamos al Pont de Suert veinte minutos después. A aquella velocidad tal vez batiríamos algún récord de conducción local. Mei nos esperaba con todo el equipo listo, acababa de volver de Casa Manolo y traía comida para un regimiento. Ya que teníamos que trabajar, como mínimo lo haríamos con comodidad. El viaje hasta Espot no fue especialmente animado. Cada uno tenía sus cosas en las que pensar. Al llegar a Espot enfilamos directamente la pista del parque. Por suerte teníamos la luz de los focos superiores, que nos ofrecía un poco de iluminación extra. Y se notaba que los compañeros de Sort se nos habían avanzado. Había numerosas huellas de coches. Mejor, así nos encontraríamos la pista más practicable.

Marina Obach se había hecho cargo de la situación y había organizado la llegada de todo el mundo. Por lo pronto no se tenía que tocar nada. Josep se había sentado dentro del refugio y tenía la cabeza entre las manos, estaba muy afectado por la muerte de Cisco. Ramón intentaba consolarlo y evitar que hiciese tonterías, y, sobre todo, que contaminase la escena del crimen. Marina entró nuevamente en la parte del refugio donde estaba el cadáver y volvió a mirarlo todo minuciosamente. No había nada que le pudiese hacer sospechar. Se fijó en que el cuerpo de Cisco de casa Espanyolet tenía la lengua fuera, pero no le otorgó ningún tipo de importancia.

Ramón estaba maldiciendo la idea que había tenido de acompañar a los *mossos* hasta el refugio de Amitges. Habría estado mucho mejor en casa, leyendo un buen libro o chateando por Internet con aquella profesora de Pau a

quien le gustaría conocer. Pero ya que estaba allí arriba lo mejor que podía hacer era intentar ayudar. Lo cierto es que el muerto le recordaba algo, pero no lograba saber qué.

Los Mossos de Sort llegaron tres cuartos de hora antes que nosotros. Había venido el sargento Mateu, un hombre que estaba más cerca de la jubilación que del servicio activo y a quien había conocido cuando él era guardia civil en Tortosa y yo estaba en Valencia. Habíamos hecho una operación conjunta contra la mafia rusa que había ido bastante bien. Habíamos detenido a los responsables de tres asesinatos y habíamos liberado a una decena de chicas que habían sido secuestradas en varias ciudades de Siberia y obligadas a prostituirse. Era un buen policía y sabía que se había pasado al cuerpo de los Mossos, pero no lo imaginaba tan alejado de Tortosa. Venía acompañado de una agente, especialista en asuntos científicos, pero tuvieron el detalle, a pesar de que el muerto les correspondía por jurisdicción, de esperar a que llegásemos nosotros.

—Mateu, ¿qué hace usted aquí? ¿No estaba en Tortosa?

—Eso era cuando aún estaba en la Guardia Civil. Ahora estoy aquí arriba.

—¿Y eso?

—Me separé de mi mujer y pedí la destinación más alejada posible de Tortosa y tuve suerte y me enviaron a Sort.

—Bueno, ahora llega el chiste fácil: ¿todavía no le ha tocado el gordo?

—No, comisario. No me ha tocado la lotería, pero, mire, he rehecho mi vida y aquí estoy, contento y feliz.

—Me alegro. ¿Cómo ha visto esto?

—Me temo que tienen ustedes un problema. Y de los gordos.

—Bueno, en realidad, si lo quieren, el muerto es suyo.

—No sufra por las formalidades, nosotros les ayudaremos en todo lo que haga falta, pero la agente Obach dice que está directamente relacionado con el caso que ustedes investigan desde esta mañana.

—Es muy probable.

—Pues entonces es mejor que centralice usted las investigaciones. Y además, es el oficial de mayor graduación. Usted diga qué necesita y nosotros intentaremos ayudarle.

—Muy bien.

Marina me explicó punto por punto cómo había sido el hallazgo. La temperatura acababa de llegar a los dieciocho bajo cero. No era el récord absoluto de los Pirineos, pero hacía tanto frío que era imposible caminar más de diez minutos en el exterior sin que el cuerpo se resintiera. Por suerte, Ramón había intentado ser de la máxima utilidad posible y había conseguido encender la vieja chimenea del refugio. Había una carga de leña que podría durar seis o siete horas. Aquello calentaría lo suficiente las instalaciones hasta que se notase el trabajo de la caldera, que también había encendido. Josep ya estaba algo mejor. Los dejé allí arriba. Miquel, Mei, Mateu y yo fuimos hacia la escena del crimen. La agente Villalonga había actuado con presteza.

—Buenas tardes, comisario.

—Buenas tardes. ¿Qué ha visto?

—Bueno, no le puedo asegurar del todo si lo mataron aquí o no, pero seguro que venía herido de más lejos. Hay un rastro de sangre bastante constante que viene de la puerta y que se alarga un mínimo de unos cuarenta metros sobre la nieve. No me he atrevido a ir más allá pero tendríamos que seguirlo, aunque a oscuras, con todo nevado y sin conocer el terreno es arriesgado. Por lo que podemos ver del cadáver, y estoy haciendo solo una hipótesis, creo que en primer lugar debieron de dispararle en la pierna, como evidencia la rodilla derecha. Y después lo trajeron hacia aquí. Lo que no sé es en qué estado ni cómo, y sobre todo desde dónde. Los rastros continúan y parece que son de dos personas, alguien que camina con raquetas y alguien que camina cojo y me parece que descalzo, pero esto no lo podremos comprobar hasta mañana por la mañana.

—A no ser que nieve hoy por la noche y nos joda todos los rastros.

—Es una posibilidad, pero no creo que se produzca.

—¿Por qué?

—Porque según Ramón la previsión para la zona de Amitges es que la nieve empiece mañana a las ocho de la mañana.

—Pues tendremos que fiarnos.

—Sí. Supongo que cuando lo desclaven podremos hacer alguna cosa más.

—De acuerdo.

Mei no había parado de fotografiar a Cisco de casa Espanyolet desde todos los ángulos posibles, mientras esperaba que llegasen el forense y el juez.

En esta ocasión llegó primero el juez.

—Comisario, está usted consiguiendo un récord...

—Como comprenderá, no era mi intención.

—Bueno, se le acumula el trabajo, ahora serán dos los informes que espero. ¿Qué tenemos aquí?

—Uno de nuestros sospechosos clavado en la pared como si fuese un Cristo.

—Por Dios, vaya panorama.

El forense llegó media hora más tarde. El juez había firmado todos los permisos pertinentes para que bajasen el cadáver y se hiciesen las diligencias oportunas. Le faltó poco para irse hacia Tremp cagando leches. Sería el único que dormiría caliente aquella noche.

XVI

Desclavar a Cisco de casa Espanyolet nos costó más de media hora de trabajo. En la mano le habían metido cinco clavos, y tres en cada pie. Y eran enormes, de más de veinte centímetros de profundidad. El asesino había agujereado previamente la pared de madera que daba al exterior del refugio y había pasado una cuerda a la altura de la cintura del cadáver. Seguramente con la cuerda lo había mantenido atado mientras lo iba clavando. Cuando lo tuvimos en el suelo fue cuando descubrimos la espalda: alguien le había azotado con un látigo hasta dejarlo en carne viva.

Dejamos un rato al doctor y a la agente Villalonga tranquilos. Fuimos hacia el otro lado del refugio, donde ya empezaba a notarse el trabajo de Ramón con la chimenea y los avances todavía hipertímidos de la calefacción central. El termómetro exterior había caído hasta los diecinueve bajo cero, el del interior del refugio había subido hasta los siete positivos y continuaba con ganas de convertir la sala en un lugar habitable.

Una hora más tarde subieron los dos, habían acabado el trabajo que se podía hacer por el momento. Habían recogido la cuerda y los clavos y lo tenían todo a punto. Nos hicieron el primer informe.

—Bueno, yo diría que la causa de la muerte es un fallo múltiple del organismo derivado de la tortura. No tiene ninguna herida mortal, pero tanto la pérdida de sangre como el intenso dolor pueden haber provocado un paro cardíaco o cualquier otro fallo del cuerpo, a pesar de que también podría haber muerto por una hipotermia severa. Esto no lo sabré hasta que lo haya examinado en el laboratorio.

—¿Hay algo más que nos pueda decir ahora, doctor?

—Sí. La primera herida que le hicieron es el tiro en la pierna. Quien le ha disparado lo ha hecho con una bala de gran calibre. Está alojada dentro y ahora no la puedo sacar. La trayectoria le ha segado el tendón del cuádriceps, ha entrado en la rótula lateralmente, la ha astillado y se ha quedado dentro. En el proceso también ha roto numerosas venas y arterias, pero no la femoral. Eso quiere decir que quien le ha disparado sabía exactamente qué quería hacer; por lo menos así lo creo. El tiro era para inutilizar cualquier movimiento de aquella pierna, pero no para matarlo.

—Coño.

—Espera, no he terminado todavía. Después es muy posible que lo haya sumergido en agua helada antes de quitarle la ropa. Le pegaron un mínimo de treinta latigazos y cada uno de ellos arrancó un pedazo importante de carne, ya que previamente había sido sumergido en esta agua helada. Esto hacía que el látigo se encarnizase más. Seguramente, en algún momento de la tortura debió de perder el conocimiento. Sea como sea, vino caminando o arrastrándose como pudo hasta el refugio. Desnudo y a pie. De hecho, tenía los pies congelados, no se los podrían haber salvado. Aquí, en el refugio, fue cuando lo ataron y empezaron a clavar. Seguro que también perdió el conocimiento. La herida de la lengua es la que proporcionó la sangre fresca para escribir en el colchón.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que esta postura en la que habéis encontrado la lengua no es para nada natural, nadie muere dejando la lengua de esta manera.

—¿Y por tanto?

—No lo sé explicar. Solo sé que el asesino se la arrancó, escribió lo que escribió con sangre de la herida, lo que explica los chorros que hemos encontrado en la habitación, y después se la colocó así como la tenía con un clavo. Pero no me pidáis explicaciones porque no tengo.

—¿Y cuándo ha muerto?

—Es difícil decirlo en estas condiciones climáticas, pero yo diría que hacia las cinco de la tarde. Y que la tortura debió de empezar unas dos o tres horas antes. Además, si comparamos los dos cadáveres y las ejecuciones, es evidente que buscamos a alguien diestro, que mida más de un metro noventa,

muy fuerte, con elevados conocimientos de anatomía, buen tirador... ya sé que no es mucho, pero va reduciendo la lista de sospechosos.

—Buen trabajo, doctor, muy buen trabajo. ¿Y usted, agente, tiene alguna cosa para nosotros?

—Bueno, si el rastro de sangre continúa hacia el interior, cosa que sabremos mañana por la mañana, apuntaría la posibilidad de que a nuestro hombre lo hubieran cazado muy cerca del lago de Amitges y que se lo haya sumergido allí mismo. El lago está helado buena parte del año y ahora mismo ya debe de estar convertido en una auténtica piedra, pero hasta ayer las temperaturas no habían sido tan bajas y tal vez el hielo era fino. Pero esto son hipótesis. Lo que es seguro es que los agujeros hechos en la madera para pasar la cuerda no son recientes, es decir, o bien ya existían o bien han sido preparados con un mínimo de una semana de antelación. Por la postura de los clavos y por cómo están colocados, estoy casi segura de que lo han hecho con una pistola eléctrica. Estos aparatos permiten usar los clavos que quieras y los resultados son excelentes. Lo más intrigante de todo esto es saber por dónde se habrá marchado el asesino. La pista no indicaba el paso de vehículos y tampoco hemos visto marcas de esquí de bajada. Si realmente se ha ido hacia arriba entonces buscamos a un hombre que, además de todo lo que ha apuntado el doctor, es un alpinista excepcional. Tiene que llevar encima un fusil, la pistola de clavos, el equipo para las torturas... esto debe servir para delimitar todavía un poco más.

—Es evidente que ahora no podemos hacer nada más que esperar. A ver, son las diez de la noche. Lo mejor que podemos hacer es que el sargento Mateu y el doctor se vayan hacia Sort con el cuerpo de este hombre. Dos vehículos lo tendrán más fácil para pasar, y así ya no perderemos el tiempo mañana por la mañana. Los otros tendremos que quedarnos a dormir aquí. Ramón, a usted también le necesitaremos mañana. Si pudiese quedarse nos haría un favor.

—Descuide, comisario.

—Si os parece bien, todos los demás nos quedamos a dormir aquí. A usted, agente Villalonga, la podemos dejar mañana por la mañana en Sort cuando volvamos hacia el Pont de Suert.

—Perfecto.

—Ahora solo nos falta resolver el problema de la intendencia. La verdad es que aquí no hay demasiada comida, sobre todo lo que queda son productos para desayunar.

—Pues no se preocupe, Ramón, porque la cena la hemos traído nosotros.

XVII

En Casa Manolo se habían lucido y Mei había hecho una sabia elección. Teníamos diez bocadillos de lomo con queso y pimientos rojos asados, pero además le habían puesto cinco fiambreras con las sobras de las tapas del día. Había albóndigas, media tortilla de patata y alcachofa, champiñones con ajitos tiernos, sepia en salsa y *esqueixada* de bacalao. Por unos momentos fui feliz, supongo que me había quedado grabada la tradición de mis ancestros del variado, una tapa que es una suma de muchas tapas en un solo plato, y cada vez que podía probar un poco de cada cosa era feliz. Los dos microondas del refugio empezaron a trabajar a toda potencia y en un periquete pudimos ponernos en la mesa.

Con aquella comida, que no llegaba al menú que se había metido entre pecho y espalda al mediodía en casa Juquim, pero que sin duda superaba las posibilidades que ofrecía su proverbial nevera casi vacía, Ramón sintió que el asunto empezaba a mejorar. Eso y poder explicarlo al día siguiente en el bar del pueblo. Había historia para semanas. Y él continuaba cavilando. Aquel cuerpo, aquella manera de estar crucificado le recordaba algo.

—Caramba, Mei, sí que tienes buenos platos con los de Casa Manolo. — Marina Obach estaba relamiéndose con las albóndigas. Se reservaba el bocadillo para el final.

—Hombre, me han salvado la vida más de una vez. Cuando llegué al Pont de Suert este bar se convirtió en mi refugio. Vivo muy cerca, y dadas mis pésimas habilidades culinarias, lo mejor que se puede hacer es buscar un bar bueno y barato.

—Pues chica, te felicito, has escogido muy bien.

—En realidad ha sido Dolors. Cuando ha sabido que Miquel venía con nosotros ha dicho que lo mejor era un poco de todo y que en los bocadillos no podía faltar el pimiento.

—Es que vosotras dos todavía tenéis que aprender muchas cosas. Dolors ya me hacía los bocadillos con pimiento cuando yo volvía del instituto y tenía que esperar a que mi madre viniera a buscarme para ir a Barruera. Llegaba muerto de hambre y ella siempre tenía los pimientos asados. Esta receta del bocadillo con pimiento posteriormente se ha popularizado por todo el valle, pero es una innovación que viene del Pont, de Dolors. Bueno, en realidad es que a mí me gustan mucho los pimientos y le dije que me los pusiera. Y ella lo probó y le gustó, y al día siguiente hizo para unos camioneros que venían y tuvo tanto éxito que desde entonces los bocadillos de lomo con queso llevan pimiento.

—O sea, que en realidad ha sido una innovación tuya.

—Técnicamente se puede decir que es así.

—Pues mirad, a partir de mañana yo también pediré los bocadillos así en Sort. —Villalonga nos dijo que a ella sí que le gustaba cocinar, pero solo cuando tenía tiempo, y la verdad es que daba un poco de pereza cocinar para una sola persona.

En eso estuvimos todos de acuerdo. A mí cocinar me gustaba y me relajaba, pero lo hacía sobre todo cuando mi hija estaba en casa. Ahora que la tenía en París, eso de la cocina había cogido el matiz de la pura supervivencia. Que no estaba mal del todo.

Quien sobrevivía como podía e iba comiendo poco a poco y sin demasiado apetito era Josep. El cabo Martínez sabía que tarde o temprano le preguntaría por su relación con el muerto y sobre qué podía significar aquello de «contrabandista» escrito con su propia sangre sobre un colchón, y temía aquel momento y sus implicaciones. Ramón había hecho milagros con la chimenea y la calefacción y habíamos conseguido llegar a dieciséis grados en el interior. Al final incluso dormiríamos bien. Justo antes de cerrar la velada, y con una cantidad notable de comida sobre la mesa —no haría falta preocuparse tampoco por el desayuno—, le pedí a Josep que se explicase.

—Josep, ¿qué relación tenías con Cisco?

—Era mi primo, comisario. Yo sabía que él no podía haber matado a la gabacha porque sabía que estaba aquí arriba.

—¿Y qué hacía?

—Había acompañado a un grupo que hacía excursiones. Los había dejado en Espot hoy por la mañana y debe de haber vuelto a subir él solo.

—Está bien. ¿Qué sabes de su relación con la francesa?

—Nada, sé que habían discutido alguna vez por aquello de la contratación de Carmeta, pero la cosa no había pasado de ahí.

—¿Por qué habían discutido?

—Coño, comisario, porque mi primo follaba con Carmeta, así de simple. Y por eso la había puesto a trabajar en la Casa del Parque, cosa que sabía todo el mundo menos la gabacha, que se fue a tocarle los cojones.

—Muy bien, ¿y de qué hacía contrabando?

—Eso no lo sé, comisario. Mire, yo no me metía en sus cosas. Aquí arriba siempre se ha hecho contrabando: personas, tabaco, medicamentos de Andorra, dinero, lingotes de oro... todo lo que ha sido necesario y cuando ha sido necesario. Esto ha sido siempre una lucha entre los pasadores y los que vigilaban que no pasasen. Y en todas las luchas siempre hay quien ha cobrado por hacer la vista gorda.

—En este caso, tú.

—A mí, mi primo me pagaba los estudios de los chicos. Yo no le pedía de dónde sacaba el dinero, pero cada mes él pagaba el piso de Barcelona y les mandaba quinientos euros.

—¿Y tú qué hacías a cambio?

—Nada, solo lo avisaba de nuestras rutas de control para que no nos encontrase.

—Cabo, me veo obligado a pedirle su arma y su placa.

Josep me dio el arma y la placa y se fue a dormir. Los otros nos quedamos despiertos un rato más. Después todos nos metimos en la cama. Por suerte, había muchas mantas, tantas que más que una cama mi lecho parecía un nido de pájaro. Estaba cansado. Hacía muchos días que no dormía tan a gusto. Hasta que a las seis sonó el despertador. Nos esperaba un día durísimo. Estábamos a veinticuatro grados bajo cero, la previsión era que dos horas más tarde empezaría a nevar y Josep no estaba. Ni su pistola.

XVIII

—Hombre, no creo que tenga nada contra nosotros. Seguramente debe de sospechar quién ha sido el asesino, debe de saber cuáles son las bandas de contrabandistas que operan por la zona y quién se la tenía jurada a su primo, y ahora ha decidido ir a ejercer la justicia por su cuenta.

—Tal vez sí, pero tendríamos que pararlo. Esto no es el oeste y no puedo tener a uno de mis hombres haciendo de John Wayne por las montañas.

—Es evidente, Miquel, pero también tenemos trabajo aquí. Nos podemos dividir. Tú sabes mejor que nadie dónde puede estar. Tú y Mei podéis ir a buscarlo, yo me quedo aquí con Villalonga, Obach y con Ramón, y después nos reunimos.

—Muy bien, así lo haremos.

Desayunamos rápido y congelados. La caldera se había estropeado y empezaba a hacer frío, incluso dentro del refugio. Nos separamos. La agente Villalonga nos llevó hasta el lugar donde había visto el rastro de sangre. Continuaba más allá, hacia el lago de Amitges. Lo seguimos. Llegamos hasta el borde del lago. Allí estaba la ropa de Cisco de casa Espanyolet.

—¿Qué es este ruido?

—No lo sé, pero alguien sube por el camino.

—Cubrios. Si tiene el fusil somos un blanco demasiado fácil.

Pero fue una falsa alarma. Eran Miquel y Mei.

—¿Qué hacéis aquí?

—El muy hijo de puta de Josep se ha llevado el coche de Ramón, el mejor para la nieve, y ha pinchado las ruedas de los nuestros. Será imposible bajar

en coche. ¿Cómo lo tenéis vosotros?

—Hemos seguido el rastro de la sangre hasta aquí. Está la ropa. Podemos ir y llamar por radio a los guardias del parque para que nos vengan a buscar.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Porque ha cortado todos los cables. Nos ha dejado una nota muy simpática.

Miquel me acercó un papel que había encontrado en el cristal de nuestro coche patrulla.

Compañeros, no me guardéis rencor. Necesito unas horas para resolver esto. Las cosas de la familia las resuelve la familia, no los Mossos. Ha sido un placer trabajar con vosotros, incluso con el comisario. Hacedme caso y empezad a caminar cuanto antes mejor. La nevada que viene será fuerte y no estáis acostumbrados a estas bajas temperaturas. Lo siento, pero necesito estas horas de ventaja.

El muy hijo de puta tenía razón. Hacía un frío considerable, dentro de poco estaba previsto que nevase y no teníamos otra opción que hacer el camino de bajada a pie. Nos esperaban seis o siete horas antes de llegar a Espot, tal vez menos si en algún lugar los teléfonos empezaban a tener cobertura.

—Cojonudo. Id al refugio, buscad toda la comida que no pese y que nos podamos llevar. Preparad termos o cantimploras o lo que sea con las bebidas calientes que encontréis. Dentro de una hora bajaremos.

—Ramón, ¿a qué hora tenía que empezar a nevar?

—Hacia las ocho. Todavía tenemos una hora.

—Bien, la aprovecharemos. Cojamos la ropa, esto nos lo tenemos que llevar. Y las botas.

Seguimos un poco más. Había un rastro que iba hacia el lago y que venía de nuestra pendiente. Subimos. Unos veinte metros más allá, sobre un montón de nieve, estaba la funda del proyectil. Con aquello sí que nos había tocado el gordo. Volvimos a acercarnos al lago. Encontramos el rastro de alguien que había pasado por encima, seguramente esquiando.

—Ramón, si te hubieses ido de aquí, pongamos que a las cinco de la tarde, y no quisieras ser descubierto pero necesitases un lugar donde pasar la noche, ¿hacia dónde habrías ido?

—Hacia el refugio de Saboredo. Pero desde aquí, con toda la nieve y a oscuras, se tiene que estar loco para intentarlo.

—¿Es imposible?

—No, pero es arriesgado. Tienes que conocer muy bien esta zona.

—¿Cuánto tiempo se tardaría?

—Entre cuatro y cinco horas.

—¿Y después?

—Bueno, el refugio tiene mantas, radio, estufa. Y desde allí hasta Salardú son cuatro o cinco horas. Es bajada y si es buen esquiador lo puede hacer en menos.

—Es decir, nuestro hombre puede ser que a estas horas ya esté en Salardú.

—Si se ha levantado pronto es probable, o debe de estar a punto de llegar. Si dejó el coche allí nos lleva mucha ventaja.

No teníamos demasiadas cosas, pero nos podíamos hacer una composición de lugar. Cisco de casa Espanyolet acababa de despedir a sus turistas, los había dejado en los taxis que tenían que llevarlos a Espot y había vuelto atrás. Se había acercado al lago y allí es donde le habían disparado en la pierna. Posiblemente estaba al lado del lago y con la caída se había roto el hielo o el tirador sabía que eso pasaría. Se le acercó, lo sacó del agua, lo desnudó y le azotó. Después lo obligó a andar o arrastrarse hasta el refugio de Amitges y allí lo ató a la pared y lo clavó como a un Cristo. Le había cortado la lengua y, con el hombre ya muerto, se la había vuelto a clavar. Después, con toda probabilidad, se había ido hacia el refugio de Saboredo y desde allí hacia Salardú. Y con un poco de suerte ya se había duchado, era un hombre feliz y contento que se había metido en la cama dispuesto a dormir para recuperarse de todos estos esfuerzos montañeses.

Volvimos al refugio y nos lanzamos sobre el caldo de sobre que habían preparado Miquel y Mei. Hacía mucho frío y teníamos que rehacernos un poco antes de empezar a bajar. Caían los primeros copos. Pusimos la ropa y las botas de Cisco en una mochila y la comida, las cantimploras y los termos en dos más. Las iríamos turnando. Antes de irnos, Ramón le pidió a Mei si podía volver a ver las fotos de Cisco crucificado.

—Es que me recuerdan algo.

—Claro.

Las miró con atención durante un rato.

—Ya está, ya lo tengo.

—¿Qué, Ramón?

—Que la posición es exactamente la misma que la de uno de los dos ladrones del *Davallament d'Erill la Valí*.

—¿Qué?

—Sí, comisario. En Erill la Valí hay un *Davallament* muy famoso, una talla medieval, bueno, la reproducción de la talla. Y este hombre está crucificado igual que el ladrón malvado.

—Buen trabajo, Ramón, muy buen trabajo.

Cuando salimos del refugio la nevada ya empezaba a ser espesa. Caminamos en silencio. Por suerte, la temperatura había subido y estábamos a doce bajo cero. Hacía frío, pero era soportable. Cada media hora parábamos para beber un sorbo de caldo caliente de sobre o de Cola Cao y continuábamos andando. La marcha se iba haciendo más dificultosa a medida que avanzábamos, porque la nieve era más espesa, a pesar de estar más bajos. Hacía mucho tiempo que Josep había pasado. En el estanque de Ratera recuperamos la cobertura y pudimos avisar a los taxis. Continuamos caminando.

Dieron las doce del mediodía y acabábamos de llegar al llano del lago de Sant Maurici cuando llegaron dos taxis del parque. Habían hecho mal negocio con nosotros. Dejamos a Ramón en Espot con el encargo de buscar un mecánico y subir a reparar los vehículos y a la agente Villalonga la dejamos en Sort. A las tres llegamos a la comisaría. El agente Mateu ya hacía tres horas que hacía guardia en casa de Josep, pero el cabo no había aparecido por allí. Nos fuimos a comer. Habían llegado los informes, pero podían esperar. Teníamos que recuperarnos y teníamos que esperar refuerzos. A las cinco llegarían dos agentes de la comisaría de la Valí d'Aran y desde Sort nos cedían a la Villalonga todo el tiempo que fuese necesario. Así seríamos ocho. Ya nos podríamos repartir un poco el trabajo.

XIX

Jordi Frontera se despertó completamente congelado y con el cuerpo entumecido. No sabía dónde estaba, pero la casa de piedra y el frío le hicieron intuir que no estaba lejos de Taüll. La había cagado bien cagada. Sabía que Martí era un loco peligroso, que estaba dispuesto a volar la presa de Cavallers cuando se le presentase la primera oportunidad porque lo tenía todo perfectamente pensado, pero jamás habría imaginado que una oposición más o menos frontal tuviese como consecuencia su secuestro y reclusión. Estaba bien atado, en este aspecto no había nada que hacer. Martí había utilizado hilo de nailon de pescador, que era especialmente efectivo. Y, además, era tan fino que cualquier movimiento o cualquier intento de liberarse hacía que el hilo se clavase en las muñecas y las abriese. Se notaba muy débil y decidió que tenía que pensar y encontrar la manera de poder salir de aquella situación.

Jordi tenía un segundo problema: nadie lo echaría en falta hasta dentro de unos días. El *mosso d'esquadra* solo estaba en contacto con sus jefes de Barcelona, a los que les pasaba un informe cada tres días. Es decir, durante las próximas cuarenta y ocho horas no se preocuparían por él. Tenía treinta años, era soltero, su última relación había sido con Montserrat Tuchmann, una de las chicas de la banda de Martí, y lo había hecho solo para dar más solidez a su presencia en el grupo, y también porque la chica no estaba nada mal, y por este lado también estaba más solo que la una. Dependía, pues, exclusivamente de sí mismo.

El *mosso* había sido destinado a aquella misión, la del control de Martí, porque formaba parte de la Unidad de Control y Prevención del Terrorismo.

Tres años atrás, Martí había sido uno de los miembros más activos de la guerrilla urbana barcelonesa. Había aprovechado todos los alborotos posibles para practicar su teoría y táctica anarco-subversiva. Se había introducido en el movimiento anarquista y okupa, se había hecho con el control de algún grupo de estudiantes, había establecido la guerrilla abierta. Estaba en todas las movidas y a todas horas. Martí era, todo él, en sí mismo, una estafa, un engaño. Era un hijo de padres ricos que se aburría y que solo sentía la vida de verdad jugando con la adrenalina. Era la fruta podrida que desvirtuaba movimientos tan dignos como el de la okupación, el anarquismo libertario o el movimiento estudiantil, porque él lo único que quería era probar sus músculos de acero y su agilidad en los enfrentamientos con los hombres de la brigada móvil. Cuando estuvieron a punto de detenerlo desapareció, hasta que dos años más tarde lo localizaron en la Valí de Boí dedicado a armar un grupo ecologista con la finalidad de volar las presas de las centrales hidroeléctricas. Ahora se había pasado al ecoterrorismo. Y lo peor es que su grupo lo seguía como si fuese un líder mesiánico. Jordi Frontera había llegado al valle ocho meses atrás con una misión: infiltrarse en el grupo y evitar una desgracia. Y viendo los resultados, la desgracia estaba a punto de producirse.

Jordi intentó saber dónde estaba. Escuchó atentamente y no oyó ningún campanario. O estaba en una casa aislada o estaba en un pueblo muy pequeño. Y había oído cantar a dos gallos. Debía de ser muy pronto. La habitación tenía una ventana, pero estaba suficientemente lejos. Estaba tan absorto en sus pensamientos que no notó la primera hostia. Alguien había abierto la puerta de la habitación, se le había acercado por detrás y le había dado el primer puñetazo en la cabeza. Se giró. Era Montserrat.

—Pedazo de hijo de puta. Y pensar que yo me he metido en la cama contigo. Desgraciado.

—Va, Montse, no te pongas así.

—Ni me hables. Cuando venga Martí empezará a torturarte y yo estaré para verlo y no haré nada para que pare. Estoy aquí para ponerte sal en las heridas y para recordarte que de aquí solo saldrás muerto, y eso después de saber lo que es el dolor. Y pensar que me decías que me querías. Hijo de puta.

Montserrat Tuchmann acercó su casi metro ochenta de altura hasta el policía, que estaba de pie, y le descargó con toda la furia posible un rodillazo

en los testículos. Quedó doblado. La chica se fue, salió de la habitación donde tenían a Jordi Frontera con un punto de vómito en la boca. Estaba embarazada de dos meses del *mosso d'esquadra* que la había traicionado. Tuchmann había dejado su Cardiff natal dos años atrás para ir a descubrir la tierra de su madre. Se había arreglado la casa de los abuelos en Saraís y vivía feliz y contenta. Tenía veinticinco años, todo el aire puro del Pirineo y toda la vida por delante. Y luego había llegado Jordi. Hacía medio año que de vez en cuando se acostaban juntos y ahora se había quedado embarazada. No tendría que haber pasado, pero había pasado. Y como las desgracias nunca llegan solas, ahora el padre era un *mosso* que quería desmontar todos sus planes de liberación del valle.

Jordi volvió a estirarse en la cama. No había duda de que aquella chica sabía pegar. Los informes que les había pasado la policía inglesa de su época anterior a la llegada al valle la situaban como una de las líderes de los movimientos estudiantiles en Gales. Y no olvidaban añadir que era una auténtica experta en lucha callejera, disimulada bajo su apariencia de chica guapa estudiante de Bellas Artes. El *mosso* empezó a pensar que lo tenía crudo. Y continuaba sin saber dónde estaba. Se durmió. Lo despertó de golpe un cubo de agua helada. Y entonces lo vio. Martí estaba ante él. Y no había venido solo. Aquello tenía toda la pinta de ser una reunión para un juicio sumarísimo.

—Bueno, parece que la bella durmiente acaba de despertar por segunda vez de su sueño.

—Hijo de puta.

—Ahórrate los insultos para más tarde, porque ahora lo que queremos es información. Y nos la puedes dar por las buenas o por las malas. Personalmente, prefiero que sea por las malas, pero estoy dispuesto a escuchar si es por las buenas. Dinos, Jordi, ¿quién coño eres?

El *mosso* calló.

—¿Lo veis, chicos, como es tímido? Tanto que hablaba en nuestros encuentros y reuniones y ahora miradlo, no dice nada... Creo que tendremos que empezar a preguntar de otra manera.

Martí, Damiá y Joan lo cogieron y le metieron la cabeza en un cubo. Estaba lleno de mierda de vaca acabada de recoger del campo. Lo tuvieron así

casi un minuto. Después le tiraron otro cubo de agua. Jordi Frontera había decidido no decir nada hasta que no empezase el dolor físico. Si empezaban por las humillaciones, seguramente es que no estaban dispuestos a mucho más.

—Dinos, Jordi, ¿quién coño eres?

—Hijo de puta.

—Respuesta equivocada. Pero ya empezaba a ser la hora de los insultos. Me parece que no has entendido nada, ni quiénes somos, ni qué estamos dispuestos a hacer contigo, ni nada de nada. Mira, si quieres tener la mínima posibilidad de sobrevivir será mejor que lo cantes todo, desde la primera letra. Desnudadlo.

Martí sacó su gran cuchillo de caza, terminó de afilarlo, le cogió la mano izquierda y de un golpe seco le cortó el pulgar a ras. El *mosso* gritó de dolor y de sorpresa. Vio cómo le empezaba a sangrar un chorro espeso, fuerte, de la mano. La adrenalina le subió a la cabeza, igual que el dolor. Vio cómo alguien removía aceite en un fogón de *camping* gas. Después, con un cuentagotas, le pusieron aceite hirviendo para cicatrizar la herida. Cada gota era un suplicio, pero hacían bien su trabajo. No querían quemarle el resto de la mano, solo cerrar aquella herida. Jordi sudaba como un cerdo a pesar del frío. Se había meado encima y sentía un dolor intensísimo.

—Bueno, espero que a partir de ahora te muestres algo más colaborador. Tengo una cierta prisa. Dentro de dos horas tengo que ir a recoger los explosivos para hacer saltar por los aires Cavallers. Será una lástima que no puedas verlo. Por lo tanto, vamos al grano. ¿Quieres decirme de una puta vez quién demonios eres?

Jordi estuvo dudando, durante unos segundos, sobre qué hacer. Por un lado se moría de ganas de poner fin a aquello, a aquel suplicio. Sabía que si lo llevaban a un médico tal vez le podrían implantar el dedo, pero que eso tenía que ser rápido. Por el otro, pensaba que tenía que resistir, que no tenía que explicarles nada, ni cuál era su misión ni nada de todo lo que ya sabían sobre ellos en Barcelona. Se quedó callado.

—Vaya, Jordi, o vas de héroe o no has oído bien la pregunta. ¿Sabes cuál es mi película preferida?

—No.

—*Reservoir Dogs*. ¿Y sabes por qué?

—No.

—Porque allí a la gente que tiene problemas auditivos se los solucionan rápidamente.

Jordi casi no tuvo tiempo para ver el cuchillo y cómo este le segaba una oreja. Entonces volvió a sentir un dolor extremo.

—¿Sabéis qué, chicos? No me gustan las personas que no contestan a la primera. Aceleraremos un poco el proceso.

Los ojos de Jordi Frontera se encontraron durante un instante con los ojos de Martí. En unos estaba el miedo, total, sin reservas. En el otro había el odio. La víctima volvía a sangrar a chorros. Lluïsa Sampol se reía, posiblemente por el efecto del porro que se acababa de fumar. Damiá Puig y Joan Martínez se acercaron al *mosso*, que ya estaba visiblemente nervioso. Lo aguantaron por los brazos. Montserrat se acercó.

—Martí, ¿me lo dejas hacer a mí?

—Claro.

Montserrat se lanzó sobre Jordi con el cuchillo. Fue rápida y de un solo tajo le cortó los testículos. Jordi no se desmayó en el mismo instante, sino treinta segundos más tarde. Cuando lo reanimaron con cubos de agua, unos minutos después, estaba en la pocilga de los cerdos. Lo primero que oyó fueron las risotadas de Lluïsa Sampol. Lo inclinaron sobre la barandilla donde había cinco o seis cerdos. Les tiraron sus testículos, su dedo, su oreja. En un segundo habían desaparecido. Jordi se puso a llorar sin parar. Diez minutos más tarde, Martí le atravesó el corazón con el cuchillo, lo sacó y se lo dio a los cerdos. Miró cómo se lo comían. Después tiraron el cadáver de Jordi en la pocilga. No liaría falta darles de comer durante unos cuantos días.

Abandonaron la casa de Saraís y se separaron. Quien más quien menos tenía trabajo. Quedaron en que se encontrarían a medianoche en la carretera de Caldes para ir a volar la presa. Por fin conseguirían su sueño.

XX

—Mei, ¿qué sabemos de Sergiot?

—Pues que la eurodiputada había hecho todo lo posible para poner su cabeza en la picota. Había conseguido lo imposible: unir a gitanos y árabes de Perpignan con un objetivo común, liquidarla. Pero según lo que explica Sergiot, ni unos ni otros, ayer por la tarde, sabían nada de la noticia y aseguran que no han sido ellos. Aun así, enemigos no le faltaban, especialmente un grupo de empresarios que perdió más de sesenta millones de euros por su culpa.

—¡Coño! Por una cifra como esta cualquiera mata.

—Pues sí. Y tu contacto, ¿qué explica?

—Más o menos lo mismo, pero me costará más caro que a ti, porque el vino tendré que pagarlo.

—Siempre es un riesgo que hay que correr.

—Y que vale la pena correr. Según Jaume, esto es demasiado refinado tanto para los árabes como para los gitanos.

—Tendremos que optar por los empresarios.

—O por algún loco. Piensa que ahora ya tenemos dos cadáveres.

Estábamos todos muy cansados y las noticias que nos llegaban de Perpignan no eran buenas ni clarificadoras. No nos aportaban nada nuevo, ninguna pista, ninguna información, ningún hilo por donde poder tirar.

Quedaban los informes del forense y de los compañeros de la científica. Tal vez nos podrían decir algo más. El de la autopsia de la gabacha llegaba a algunas conclusiones obvias sobre la estatura y la fuerza del hombre que

buscábamos. En lo que se refiere a la muerte, se veía que antes de nada el asesino asestó las cuchilladas a la víctima, ninguna mortal, de tal forma que le impedía la movilidad, ya que en las de las piernas seccionaba o el tendón rotuliano (en el caso de la derecha) o el tendón del cuádriceps (en el caso de la izquierda). En el caso de las cuchilladas en los brazos, se aseguraba de dejar a la víctima muy pocas opciones de defensa. Después estaba la tortura de los pechos. Según el forense, le había fijado veinte clavos, diez en cada pecho. Ninguna de las heridas era mortal, pero todas eran muy dolorosas. Cada uno de los clavos tenía diez centímetros de profundidad. En referencia a los cortes de la sierra, se habían ejecutado con la víctima viva, y, seguramente, la muerte no se había producido hasta que la herida no había llegado por encima del ombligo, por desangramiento. Si para las cuchilladas de piernas y brazos había utilizado con toda seguridad un cuchillo de caza, aquella tortura solo había sido posible con un serrucho muy afilado, posiblemente una sierra de punta o cualquier herramienta similar. El doctor explicaba que «en la Edad Media lo que se hacía era colocar a la víctima de la tortura boca abajo para garantizar que no se desangrase y que llegase suficiente sangre al cerebro para impedir la pérdida del conocimiento. Normalmente la persona era serrada entre dos verdugos, como si fuese un árbol, y se procuraba ir lo suficientemente lento. Era la tortura que se solía aplicar a los homosexuales, pero también a algunas prostitutas. La muerte era lenta y la pérdida de conocimiento no solía llegar hasta que la sierra llegaba a medio abdomen o a veces hasta que no llegaba al pecho. Es decir, la tortura habitual era inversa a la que hemos visto en el frontal del altar de Sant Quirc de Durro, a pesar de que la sierra que se utilizaba sí que era muy similar a la de la pintura». En cambio, la decapitación sí que se había llevado a cabo, principalmente, con el cuchillo de montaña, y después, al final, con el serrucho.

De todo aquello se podía sacar una conclusión que ya sabíamos y que en cierta medida era obvia: nuestro hombre había planificado a la perfección su trabajo. El informe de la policía científica no era tan clarificador. Hacían un inventario de las muestras y no daban mucha más información. Faltaba tiempo para dictaminar si había otros rastros. De momento, la sangre correspondía únicamente a la de la víctima y no habían encontrado nada significativo. Del segundo cadáver el médico todavía no tenía un informe completo, no nos

llegaría hasta el día siguiente. Así pues, cuando llegaron los refuerzos decidimos que necesitábamos una visita urgente a Erill. Era la única pista que teníamos. O sea, casi nada.

Yendo hacia Santa Eulália de Erill la Valí comenzó a nevar de nuevo. Íbamos en dos coches. Miquel y yo en uno, Mei y Villalonga en otro. Marina se había quedado en la oficina para coordinar la llegada de los refuerzos y para ir tramitando todo el papeleo. Por la noche, alguno de los nuevos iría a hacer guardia ante la casa del cabo Martínez para ver si se le ocurría aparecer por ahí.

—¿En qué piensas?

—Ahora mismo no pensaba en nada, Miquel. Simplemente me dedicaba a contemplar el paisaje.

—Bonito, ¿verdad?

—Muy bonito. Nunca creí que ver nevar me provocase esta calma en el espíritu.

—No, si ya digo yo que acabaremos haciéndote montañés.

—Y tú, ¿en qué pensabas?

—En realidad en nada. Sé que debería estar pensando en el caso, pero cuando conduzco intento relajarme. A veces va bien no pensar.

—No sufras, creo que todos necesitamos un descanso. —Sí.

Habríamos podido hablar del caso durante todo el trayecto, pero después de la reflexión volvimos al silencio. Al pasar por Barruera pensé que aquella noche dormiría como los ángeles. De hecho, añoraba la cama, la ducha, las cenas de sopa. Tal vez esa noche lo consiguiese.

Erill apareció al cabo de poco. En aquel pueblo se respiraba paz y tranquilidad. Una capa de nieve cubría el cementerio que había detrás de la iglesia y también los prados. No había casi nadie. La chimenea del hostel La Plaga expulsaba la transformación de la materia orgánica en calor, según decían aquellas viejas lecciones de física de séptimo de EGB, ahora que me acordaba de los *hermanos* y de aquella no-educación franquista en la que aprendimos tantas cosas inútiles y muy pocas realmente importantes. Por un momento me imaginé cómo debía de haber sido la vida allá arriba, la vida de niño, de escuela rural, de libertad natural, una libertad que nosotros seguro que vivimos de manera mucho más restringida que la gente de montaña. Pero

no teníamos tiempo para ir haciendo disquisiciones sobre la educación del país en la época tardo-franquista.

La iglesia de Erill ya estaba cerrada, pero en el Centro de Interpretación del Románico nos esperaban y nos la abrieron. Ya había anochecido en el valle. La iglesia de Erill sorprende por la falta de pinturas murales si se la compara con otras iglesias del valle como las dos de Taüll o la de Boí. En cambio, está la reproducción del magnífico *Davallament* medieval, una de las joyas talladas en madera de la época, y eso es lo que habíamos ido a ver. Pero ante la obra de arte, las puertas no solo no se abrían sino que se cerraban un poco más.

—Lo que es seguro es que nuestro asesino conoce a la perfección las obras de arte del valle y que, por la postura de la lengua y de aquella especie de crucifixión, está imitando la del mal ladrón. Pero ¿qué demonios ha querido decirnos con esto? Si es que ha querido decirnos algo. —Mei pensaba en voz alta mientras daba vueltas—. A ver, Miquel, ¿no tienes una sobrina que está estudiando las pinturas, tallas y otras cosas así?

—Sí, Mei, Irene.

—Pues podríamos llamarla, tal vez ella encuentre alguna lógica a todo esto o nos pueda iluminar un poco.

—Buena idea.

—¿Dónde vive?

—En Boí. Si está en casa en diez minutos se plantará aquí.

—Perfecto.

Irene llegó un cuarto de hora más tarde. Miquel le explicó las circunstancias en las que habíamos encontrado los dos cadáveres.

—Bueno, ya le expliqué a Jaume que en la Edad Media la violencia era algo mucho más arraigado al ser humano, mucho más cercano. Las guerras se sucedían y caballeros armados recorrían todos los territorios. Quien más quien menos conocía algún caso en el que la violencia había llegado. Pero, sobre todo, la gente tenía muy presentes los martirios que habían padecido muchos cristianos y las persecuciones a las que habían sido sometidos, y la Iglesia se encargaba de recordarlo. Tenéis que imaginar estas iglesias hace nueve siglos: con un frío terrible, sin luz, con guerras, hambruna, mortandad... Para los habitantes del valle durante la Edad Media la violencia era algo que estaba al

orden del día y no era nada difícil que creyesen en el demonio. Sea como sea, tanto las pinturas como las tallas servían para recordar muchos motivos bíblicos a los feligreses, que en la mayor parte de los casos no sabían leer y que a duras penas entendían la liturgia en latín, simplemente la repetían y punto. Por eso los sermones siempre se hacían en lengua vulgar y no en latín, porque la gente ya no lo comprendía. Y por eso se empezaron a pintar las paredes de las iglesias, era una manera extraordinaria para que los feligreses recordasen los hechos de los santos sin tener que saber leer, era una ayuda para la memoria. Ahora, para nosotros es mucho más complicado interpretar cada pintura y saber qué es cada cosa que no leer un texto. En la Edad Media era a la inversa. Aquí, en Erill, lo que había era una talla románica que representa el Descenso de la Cruz. Cristo es desclavado por Nicodemo y sostenido por José de Arimatea, y posteriormente se entregará su cuerpo a la Madre de Dios, que seguramente muchos de vosotros conocéis de otras muchas obras de arte, las llamadas Piedades. La virgen María es acompañada por San Juan, y en el Descenso también están los otros enclavados, el buen ladrón y el mal ladrón, San Dimas y Gestas.

—¿Qué puedes explicarnos del mal ladrón?

—Era una de las figuras que más se odiaban en la época, porque nunca se arrepintió de sus pecados y, por tanto, renunció de forma explícita a la salvación y a un lugar en el paraíso, como sí tuvo Dimas, según la tradición cristiana. De todas maneras, no sabemos demasiadas cosas del mal ladrón. Según el Evangelio de San Lucas, Gestas le dijo aquello de: «¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti y a nosotros», y en uno de los evangelios apócrifos es José de Arimatea quien explica que «Gestas solía matar con la espada a algunos caminantes, mientras que a otros les dejaba desnudos y colgaba a las mujeres de los tobillos hacia abajo para cortarles los pechos». Tenía predilección por beber la sangre de los miembros infantiles; nunca conoció a Dios, no obedecía las leyes y ejecutaba estas acciones, violento como era, desde el principio de su vida. Al mal ladrón se le representa a la izquierda de Jesús, como en esta talla, y con la cabeza girada y haciendo muecas. La singularidad es que este saca claramente la lengua, tal y como habéis dicho vosotros que hacía el segundo cadáver que habéis encontrado. Los dos suelen estar atados a la cruz en lugar de estar clavados, y no tienen los brazos

extendidos, sino flexionados, como podéis comprobar. A veces se representa con un ángel que cuida del alma del buen ladrón arrepentido, mientras que un demonio arrastra el cuerpo del mal ladrón y hace pensar que su alma será condenada. Y eso es lo que se sabe del mal ladrón, aunque seguro que hay estudios más concretos sobre su figura y su iconografía, pero todavía no los he consultado.

—Pues muy bien, me parece que hay alguien que está ejerciendo la justicia divina y que ha decidido limpiar el valle de algunos indeseables. Primero se carga a una exeuroparlamentaria racista y después a un contrabandista a quien equipara con el mal ladrón. Lo veo muy complicado.

Mei volvía a hablar en voz alta. Todos teníamos la sensación de que había alguna pista más, pero no éramos capaces de ver nada.

—Irene, ¿se te ocurre algo que nos pueda ser útil?

—Bueno, sí, pero es una burrada muy grande.

—Dila.

—¿Habéis dicho que ha habido dos muertos, no? —Sí.

—Y que el primero ha sido en Sant Quirc y que el segundo, a pesar de haber sido en el parque, está directamente vinculado con esta iglesia.

—Sí.

—Pues entonces es muy probable que aquí encontremos alguna pista que justifique el asesinato. Y que estos sean solo los dos primeros.

—¿Qué quieres decir con «los dos primeros»?

—Que en total va a haber nueve crímenes, uno por cada iglesia Patrimonio de la Humanidad.

—¿Y qué te hace pensar eso?

—Hay una vieja profecía que lo explica. Es una historia bastante larga, espero que tengáis suficiente tiempo como para escucharme.

—Ya lo creo.

XXI

Nos sentamos todos en los bancos de la iglesia. Hacía un frío notable. Fuera continuaba nevando con fuerza y la temperatura había vuelto a caer. Irene empezó su discurso. Se notaba que disfrutaba explicando todo lo que sabía sobre su pequeño país y eso hacía que su credibilidad aumentase a medida que iba avanzando la historia.

—Creo que nuestros problemas empiezan hace ochocientos años. El caballero Hug Roger, un hombre joven al servicio de los barones de Erill, volvió a casa después de la batalla de Las Navas de Tolosa. Era el verano de 1212 y el joven caballero había conseguido una cierta fortuna en la batalla con los veinte mil almogávares aragoneses y con los nobles del reino alineados con Pedro el Católico. Volvieron victoriosos y cada uno se fue hacia casa, el joven Hug Roger también. Hug llegó al valle hacia finales de agosto o principios de septiembre y tenía la intención de dedicarse a hacer crecer la casa paterna. Los Erill le habían dado un nuevo pedazo de tierra en Erill la Valí y con la fortuna que había conseguido en la guerra pensaba comprar otro en los prados cercanos a Caldes, buen terreno para cultivar, cerca de los ríos. Entonces ya tenía unos buenos rebaños, con más de cien carneros y más de mil ovejas que pacían por la montaña. Hug Roger retornó al valle, pues, dispuesto a hacer más fortuna, a ampliar la casa de sus padres y sus bienes. Al llegar a Erill le prepararon un gran recibimiento, con una cena en su honor para celebrar la victoria en la batalla contra los infieles. En aquella fiesta, que se celebró en la plaza del pueblo, el joven Hug Roger conoció a Ermesenda de Erill, una joven que entonces tenía catorce años. Parece ser que los dos

jóvenes estuvieron hablando un buen rato e incluso se gustaban. Pero la fiesta no solo era para celebrar el retorno de Hug Roger, sino que también servía de despedida de la joven Ermesenda, que al día siguiente tenía que entrar en un convento de monjas en la Pobra de Segur. Era la sobrina de Berenguer de Erill, el obispo de Lleida entre 1205 y 1236.

—Este Berenguer de Erill fue uno de los principales consejeros del rey Jaime I, si no estoy equivocada, ¿no? —La agente Villalonga nos sorprendió a todos desde su banco.

—Efectivamente, es el mismo. Cuando el rey Pedro el Católico murió en la batalla de Muret llegaron tiempos inciertos y Berenguer de Erill fue uno de los hombres que estuvieron de acuerdo en que los caballeros templarios educasen al futuro rey en el castillo de Monzón. Después siempre se mantuvo fiel a Jaime I, y fue uno de sus consejeros más notables. Pero volvamos a la historia que nos afecta, el obispo volverá a aparecer más tarde.

Irene continuaba sus explicaciones, pero yo todavía no estaba demasiado seguro de a dónde nos llevarían las digresiones por nuestra historia.

—Esa misma noche, cuando todos dormían, Hug Roger llegó hasta los dormitorios de Ermesenda y la violó. La chica calló y no dijo nada, y al día siguiente se fue hacia la Pobra de Segur. Todo discurrió con tranquilidad en el valle. Llegó el otoño, Hug pudo comprar las tierras que quería, se había casado y ya esperaba su primer hijo, y con las primeras nieves llegó la desgracia. Ermesenda se había quedado embarazada de Hug Roger y se tomó unas hierbas para abortar. Había leído en un libro de medicina del convento que era muy seguro, pero, sobre todo, que era efectivo durante el primer mes, al notar la falta menstrual. Ella ya estaba de tres meses y las hierbas tuvieron un efecto terrible. La chica abortó, pero también se desangró. En medio de la agonía confesó que el caballero Hug Roger la había violado. En el mismo momento en el que el obispo supo qué había pasado, cogió a veinte de sus mejores hombres y cabalgó, reventando caballos, hasta el valle. Allí cogió a Hug, lo castró con sus propias manos y, después, lo empaló en la entrada de Erill y lo maldijo por los siglos de los siglos.

—¿Y esto qué tiene que ver con nosotros, aparte de que si a cada violador le hiciesen esto el mundo nos iría un poco mejor? —preguntó Mei.

—Pues tiene mucho que ver con nosotros porque el obispo lo condenó a él

y a todos sus familiares y descendientes a ir al infierno hasta que alguien reparase la falta, y puso precio a la penitencia: un solo hombre o una sola mujer tendría que matar a nueve malas personas en cada una de las iglesias de los principales pueblos del valle, y antes tendría que atormentarlos. Solo limpiando el valle de gente mala, las almas futuras quedarían liberadas de la maldición. Y me parece que ahora hay alguien que lo está intentando.

—Coño, no solo nos enfrentamos a un loco, sino que además tiene una motivación para estarlo. Vamos listos. Dinos, Irene, ¿qué más sabes de esta historia?

—Pues nada, que los padres de Hug Roger se fueron del valle y murieron al cabo de poco, pero su mujer se quedó porque ella consideraba que no tenía culpa alguna de lo que había hecho su marido. Y tuvo ese hijo, que también se quedó en el valle. Lo que sí hizo fue cambiarle el nombre y los apellidos, para que fuese más difícil vincularlo con Hug Roger. Pero la historia debió de perdurar, porque en 1612 un chico de unos quince años mató a dos mujeres que decía que eran brujas y metió sus cabezas en las pilas bautismales de Sant Feliu de Barruera y de Santa Maria de Coll, y lo atraparon cuando estaba a punto de matar a una prostituta en la iglesia de Cardet. Lo condenaron a muerte y dijo que él lo había intentado, pero que esto de matar a nueve sería complicado. Era una referencia a la vieja profecía. También, según parece, cuando los del Institutí d'Estudis Catalans vinieron por aquí en 1907, todavía les explicaron la vieja leyenda.

—Bueno, esto del Institutí lo comprobaré hoy mismo por la noche, hay por aquí un señor que es miembro y que está haciendo no sé qué. Se aloja en el hotel. Después le preguntaré qué sabe al respecto.

—Pues estas son las últimas cosas que se saben de la profecía, aunque hace unos dos años el padre Martorell sacó el tema en una de sus homilias. Era en Durro, yo aquel día estaba de guardia en aquella iglesia e hizo una referencia. Fue cuando me interesé por el tema, porque el contexto de la violencia me iba muy bien para la tesis.

—¿Y qué dijo el capellán?

—Que la situación había cambiado mucho y que, por suerte, las antiguas maldiciones y las soluciones a estas se tenían que reinterpretar desde la luz de nuestros días. Pero es evidente que nadie le hizo caso.

—¿Y cómo sabes que hacía referencia a esta historia?

—Porque después le pedí que me lo explicase. Según él, un hombre se había ido a confesar dos días antes para explicarle los crímenes que cometería para limpiar su nombre. El pobre sacerdote se pasó dos días investigando y encontró los papeles de la maldición de Hug Roger y las referencias siguientes que se hacían; se ve que era algo que pasaba de un capellán a otro y que durante el siglo XIX todavía se comentaba. Fue él quien me lo explicó todo.

—Genial. Vamos a ver al cura, le pedimos que rompa el secreto de confesión y punto. Si de casualidad vio al hombre o sabe quién es ya tendremos el caso resuelto. —Mei, otra vez.

—Me temo que eso no será posible, Mei.

—¿Por qué, Miquel?

—Porque el sacerdote murió el año pasado y dudo que jamás le explicase a nadie esta historia.

Volvíamos a estar en un callejón sin salida. Habían dado las siete de la tarde y la única cosa que podíamos hacer era poner protección en cada una de las iglesias. Descartamos las dos donde ya se habían cometido los asesinatos. Envié al agente que se había quedado de guardia en la casa del cabo a Taüll. Tendría que vigilar las dos iglesias del pueblo y también la de Boí. El otro hombre venido de Vielha se encargaría de la iglesia de Durro. A Villalonga le dejaríamos la de Coll y Obach se encargaría de las de Cardet y Barruera. Empezarían la guardia a las diez, y a las tres de la mañana Miquel, Mei, Romeu y yo les sustituiríamos. Así todos podríamos vigilar las iglesias y, a la vez, descansar un poco, que buena falta nos hacía. Pero seguro que si el asesino nos había dejado la pista de la iglesia todavía teníamos que buscar más allí mismo. Tenía que haber algo.

—Irene, tú eres la que está menos contaminada por el caso, te haré una pregunta, a ver si tienes alguna idea. Si tú fueses el asesino, ¿qué habrías querido señalar con la muerte del mal ladrón?

—La izquierda.

—¿Y hay algo a la izquierda que podamos ver?

—No, no hay nada a la izquierda, solo pared. Pero espera, se me ocurre algo. Déjame cambiar de sitio.

Irene dejó de mirarnos y se puso a mirar de cara el conjunto de la talla.

—Hombre, es verdad que el mal ladrón siempre está a la izquierda de Jesús. Pero también es cierto que desde esta perspectiva nuestra izquierda es la zona de entrada y la de subida al campanario. Y la del pozo.

—¿El pozo?

—Sí, debajo del entarimado del campanario hay un espacio hondo que siempre ha servido para guardar cosas. Es el pozo. A menudo se utilizaba como pajar de la propia iglesia. Ahora está vacío.

—Pues tenemos que ir a este pozo ahora mismo.

En el acceso al pozo, en un rincón que daba acceso al campanario de la iglesia, no había luz, o sea que Mei volvió con todas las linternas que había en los coches. El acceso era sencillo. Se levantaba la madera y hacia dentro una pequeña escalera te conducía al antiguo depósito. Bajé con Mei. Lo que no esperábamos era encontrar un arsenal en una iglesia.

—¿Qué hay, Jaume?

—Material suficiente para iniciar una guerra.

Sacamos las cajas a la superficie. Había treinta kilos de explosivo, dos cajas de fusiles M16, granadas, unas treinta pistolas y munición, incluso una bazuca y quince proyectiles. Alguien quería empezar la guerra por su cuenta y ahora ya sabíamos con qué cojones traficaba Cisco de casa Espanyolet. Había empezado el trabajo de verdad.

XXII

Mientras nosotros estábamos en la iglesia de Erill, Marta estaba en las cabañas de Durro hablando con los dos Quims. Hacía mucho frío, pero los pastores habían hecho un buen fuego en la cabaña y la única cosa que Marta encontraba un poco desagradable era el olor de las ovejas estabuladas. A pesar de ser bióloga, todavía había cosas que sorprendían a aquella chica de Tarragona. De hecho, lo primero que le llamaba la atención, agradablemente, era su propia presencia allí, en las cabañas. No sabía qué hacía allí, hablando con los pastores. Por un momento pensó que cuando llamase a casa, a Tarragona, su hermana se metería con ella y le diría que había ido a correr por la playa y que el fin de semana harían una barbacoa vete a saber dónde. Que hacía frío, pero que al sol se estaba muy bien. Y ella, en cambio, estaba allí, en medio de la montaña, medio muerta de frío, esperando que le volvieran a explicar todo lo que sabían sobre el lobo.

—Mire, señorita, yo sé que el lobo todavía está. Y digo el lobo a pesar de que ya sé que es una loba y que esto usted ya lo ha confirmado. Pero me refiero al lobo, así, en genérico. El lobo ha vuelto, está en el valle y esto es bueno porque la naturaleza se regenera. Esto ya se lo dije yo el otro día.

—Pero allí abajo, en el pueblo, todo el mundo querría matarlo, al lobo.

—Esta gente de pueblo no sabe nada de nada. Ya no aman la tierra, no se acuerdan de nada. ¿Es usted creyente?

—No.

—Bien que hace. No tiene que hacer caso nunca ni a la gente de misa ni al payés sin tierras ni al ganadero que no pasea rebaños. Todos estos de aquí

abajo hablan por hablar. Los hombres tenemos que convivir con la naturaleza, no podemos ser sus señores ni sus amos ni nada de nada. La naturaleza, cuando quiera hará lo que quiera, por mucho que nosotros queramos controlarla. Es verdad que podemos aprender a vivir en ella y con ella, pero no a controlarla. Cuando ella quiere llega un volcán y hace una erupción, o un terremoto, o un maremoto. La gente se cree que los pastores que estamos aquí arriba no sabemos nada. Yo no he ido mucho a la escuela, pero me gusta mucho leer, mucho. Y usted no sabe cuántas horas perdidas tengo, en la montaña. Y después están los sacerdotes, que siempre son gente sabia y con mucho tiempo para perder, y con ellos puedo hablar mucho rato.

—Pero ¿no me ha dicho que no era creyente?

—Yo no, pero yo no soy sacerdote, a mí no me hace ninguna falta ser creyente. Son ellos los que tienen que creer. Yo siempre digo lo mismo, los sacerdotes son gente sabia que parten de la base equivocada. Aun así, sobre algunas cosas saben mucho. Y una de las cosas que más dominan, como mínimo los que suben hasta aquí, es la lengua. Bueno, de hecho, en este país todo el mundo sabe lengua, o se cree que sabe, o como mínimo habla de ello. Pero bueno, estábamos hablando del lobo. —Sí.

—Pues todos estos que lo quieren muerto tienen que pensar que el lobo, aquí, ha estado desde siempre. Y que no es malo que esté, porque esto quiere decir que el bosque está vivo. Y esto no me lo ha enseñado nadie. Esto lo hemos sabido siempre. Lo que pasa es que hay mucho cabezota que lo olvida. Cada vez que un animal vuelve es bueno, y mire, este estuvo a punto de matarlo. Suerte que le bajé la escopeta, que vosotros, los de ciudad, siempre lo arreglarías todo a tiros.

—¿Por qué es bueno que vuelvan los animales?

—Porque nos traen turistas.

—Ahora sí que no le entiendo.

—Mire, aquí payeses y pastores cada vez hay menos, a pesar de que en los últimos tiempos hay alguna gente que está haciendo bien las cosas y se están espabilando y han empezado a ser ganaderos de calidad, que es lo que la gente pide, hartos de comer plástico en forma de carne o de queso o de leche que no sabe a nada. De todas maneras, somos pocos, y en cambio, cada vez que retorna un animal, llega una gran fuente de riqueza para el valle.

—¿Usted cree?

—Ya lo verá, esto se llena de turistas, de estos diferentes, pero de turistas al fin y al cabo. Primero fueron los que venían a ver los rebecos, después los que venían a ver el quebrantahuesos. Y ahora se añadirán los que buscarán la ruta de los lobos. A estos tenemos que añadirles los aficionados a las piedras, que vienen por las iglesias, y los de la historia, que vienen por los maquis y los contrabandistas. Todos estos son turistas de calidad y es lo que necesitamos aquí. Por tanto, bienvenido sea el lobo. Ahora solo hace falta que usted difunda un poco el descubrimiento y ya tendremos aquí un buen montón de turistas de naturaleza que querrán ver dónde vive la fiera. Y todos contentos. Los de allá abajo son burros si quieren matarlo, no entienden que esto será una nueva gallina de los huevos de oro. Lo que le dije acerca de que se prestigiaría de nuevo el trabajo de pastor era solo un deseo, un sueño.

—Veo que usted lo tiene bien claro.

—Mire, yo lo que tengo claro es que con todo nos hemos pasado. Este mundo está podrido. Y si no ya me explicará qué coño hace un arquitecto siendo pastor. Y mi nieto aún tiene suerte, podría ser peor y haber acabado trabajando vete a saber dónde, en Barcelona, en un restaurante de estos que dan mierda americana para llevarse.

—En eso tiene razón.

—Pero bueno, basta de cháchara, que usted debe de haber venido por algo concreto, ¿no?

—Sí. ¿Lo habéis vuelto a oír esta noche?

—Ya lo creo.

—¿Dónde?

—Aquí arriba.

—¿Aquí arriba qué quiere decir?

—Pues aquí arriba, en la montaña. Ha estado ululando por toda la pica de Cerví.

—Joder. No me será fácil encontrarla.

—No sufras, hoy volverá y te acompañaremos. Pero ¿para qué la quieres encontrar?

—Porque tendremos que ver dónde pare. Si está sola la tendremos que ayudar a cazar para que pueda alimentar a la lobada, ¿no?

—Claro.

XXIII

Mei examinó con atención el armamento que habíamos encontrado en la iglesia de Erill.

—¿Qué, reconoces algo?

—Los explosivos son franceses, seguramente de los que se utilizan en las canteras. Tendríamos que comprobar la lista de robos, aunque puede ser que haga tiempo que estén aquí. Son parecidos a los que usan las bandas terroristas de todos los sitios, porque esto siempre se compra en las canteras, que es donde tienen explosivos autorizados y siempre tienen a alguien dispuesto a robarlo y venderlo a las bandas.

—¿Y cómo ves el resto?

—Hombre, los fusiles no nos dirán nada porque el M16 es un arma que se usa en todo el mundo por multitud de gente. Solo los americanos los han usado en Vietnam, Camboya, el Líbano, en la guerra del Golfo, en Afganistán... Hasta ahora se han fabricado unos ocho millones de unidades, así que lo llevamos crudo. Este fusil entró en acción por primera vez en 1969 en Vietnam, por tanto vete a saber, a pesar de que aquellos eran el A1 y ahora todo el mundo usa el A2, como estos, mejorados y muy buenos. La principal innovación fue el hecho de que aseguraba ráfagas cortas, de tres tiros, y así los cargadores no se vaciaban con tanta facilidad en situaciones de fuego real. El arma está más controlada y es más precisa. Luego lo hemos visto en todas partes:

Sudamérica, Somalia, Israel... Más de cincuenta países la usan para sus fuerzas armadas, así que lo tendremos complicado, igual que con las pistolas.

Tal vez con las granadas sabremos algo, pero necesitaré tiempo, un ordenador, hacer algunas llamadas a algunos amigos de Barcelona. Creo que hay que empezar por los explosivos y las granadas. El resto se puede comprar en cualquier lugar del mundo.

—¿Incluso en Perpignan?

La pregunta de Miquel nos sorprendió a todos. Tal vez empezábamos a tener una pista de la que tirar.

—Incluso en Perpignan. O especialmente en Perpignan —respondió Mei.

Dejamos la iglesia. Manteníamos el plan inicial, solo que Mei quedaba relevada de su servicio, o sea que el agente que estaba destinado en Taüll tendría que estar en danza toda la noche. Ya descansaría por la mañana.

Cargamos las cajas de armas en los coches y volvimos a la comisaría. Mei se quedó. Los otros teníamos los turnos bien distribuidos. Y pensar que toda aquella gente había subido a la montaña porque querían un destino tranquilo...

—Sergiot.

—Hombre, la Reina de las Nieves. ¿Cómo estás? ¿No te han servido los informes?

—Sí, me han ido de fábula.

—Pues me debes una y bien grande.

—Ya te mandaré un jamón por Navidad.

—Pues apúrate, reina, que falta menos de un mes y no sé si quedan de los buenos.

—No sufras.

—Dime, porque intuyo que la llamada no es solo para dar las gracias.

—Supones bien. Tengo un montón de armas que sospecho que se compraron o robaron o vendieron en Perpignan.

—Interesante. ¿Qué tipo de armas?

—Cajas de explosivos. Granadas de mano. Una bazuca. Pistolas. M16.

—¿Tienes que invadir un pequeño estado africano o qué?

—No. Todo estaba en un subterráneo de la Valí de Boí, en una iglesia románica.

—Joder, sí que está mal el patio que los curas tienen que dedicarse al

tráfico de armas.

—Déjate de chistes graciosos. ¿Puedes hacer algunas preguntas entre tus fuentes?

—Sí, pero no será rápido.

—Pues lo necesito para ayer.

—Tú siempre dando facilidades. Está bien, centrémonos en las granadas, es lo más inusual.

—De acuerdo. M67, granadas de fragmentación americanas. Estas son del 2002.

—Gracias, miraré qué puedo hacer.

—Gracias a ti.

Sergiot acabó de cenar. Hacía dos semanas que había encontrado a la señora Adela, una mujer de la limpieza de cerca de cincuenta años que iba dos veces por semana (su suelo de policía de la Interpol no le daba para mucho más) y que además de hacerle la casa le cocinaba algo. Aquella tarde había hecho una *ratatolha* extraordinaria y ahora Sergiot la saboreaba. Al llegar a casa, con toda la cocina impregnada de los aromas de cocinar y con todo limpio, Sergiot había abierto una botella de vino de las que había traído en su último viaje a Barcelona, había cortado un poco de queso y se había sentado en su butaca preferida a practicar su deporte preferido: el maridaje de vino, queso y lectura. Había estado más de una hora pensando en la cena succulenta que le esperaba y que aquella noche volvería a ver *El Padrino*, su trilogía preferida, a la que volvía cada dos meses. Hoy le tocaba la segunda parte, tal vez una de las pocas veces en la historia del cine en que la segunda parte había igualado la primera. Este era su plan perfecto hasta que había llamado Mei y lo había mandado todo a la mierda. Pero la cena era sagrada. Los días que Adela pasaba por casa —martes y jueves— Sergiot tenía claro que la cena era sagrada. Y a veces tenía suerte e, incluso, sobraba comida para el día siguiente.

El policía acabó la cena, cogió el abrigo, comprobó que llevaba la pistola cargada y salió a la calle. Por Mei haría lo que hiciese falta, incluso recorrer la noche fría y oscura de Perpignan siguiendo el rastro de unas granadas de

fragmentación que no sabía quién había comprado pero que habían aparecido en una iglesia románica de la Valí de Boí. Cuántas vueltas daba la vida.

Sergiot entró en su despacho. Con un poco de suerte no haría falta hacer ninguna gran ronda nocturna y alguien ya habría investigado aquello y llegado a alguna conclusión. Tal vez habría incluso algún detenido. Dos horas más tarde todavía estaba en el trabajo. La calle estaba oscura y la nieve del Canigó helaba el aire, lo que hacía que en Perpignan, posiblemente la ciudad más mortuoria de Europa, se estuviesen batiendo todos los récords de indigentes muertos en la calle. Claro que aquellos no pagarían ninguna tumba de las funerarias ni ningún nicho en el cementerio municipal. Todos aquellos muertos eran carne de fosa común. Y algunos lo eran desde siempre, pero otros eran pobres hombres y mujeres que lo habían perdido todo por la crisis económica, gente que nunca habría dormido a la intemperie y que ahora se arrastraba por las calles como mendigos espectrales que solo reclamaban la muerte para así dejar de sufrir. Europa había llegado a su tercera guerra mundial, pero ahora no era una guerra de países, era una guerra hecha directamente contra las personas, contra los más débiles, contra los más vulnerables, contra los que reclamaban una muerte rápida y anónima para no tener que continuar arrastrándose por unas calles donde no habían estado nunca y donde no tendrían que haber estado nunca. Muertos sin lápida, sin historia, sin nombre.

Por fin el policía encontró lo que buscaba, el expediente de las granadas de fragmentación. Y no le gustó nada lo que leyó.

XXIV

Llegué al hotel hacia las nueve de la noche. Soñaba con una sopa bien caliente y con una cama blanda donde poder descansar ni que fuese un puñado de horas. Y el primer deseo lo cumplí al cruzar el umbral.

—Hombre, comisario, qué cara traes. Ven a cenar, hombre, que hoy tenemos *escudella barrejada* y *girella amb trumfes*.

—Oh, entonces es cierto.

—¿Qué?

—Que existe el paraíso.

Subí a la habitación, tome una ducha bien caliente y un cuarto de hora después ya estaba en la mesa, a punto para la cena. Vi al señor Ramón que cenaba solo y le pedí si me podía sentar en su mesa.

—Claro, comisario, ayer le eché de menos.

—Ayer fue un día complicado.

—Ya he visto las noticias, ya. Me parece terrible tanta violencia acumulada.

—Sí, parece mentira, pero cada vez confío menos en las personas.

—No lo haga, aunque no lo crea cada vez hay más personas buenas.

—Si usted lo dice le tendré que hacer caso, por algo dicen que es un sabio.

—Ay, amigo Fuster, no sea cínico, por favor. ¿Sabe qué nos ha traído esta crisis económica que estamos viviendo?

—No lo sé. Miseria, hambre, pobreza, desencanto... ¿Me dejo algo?

—Tiene razón, nos ha traído todo esto, pero también nos ha traído resistencia, solidaridad, coraje.

—Vaya, ahora resultará que es usted un moralista.

—No, amigo Fuster, un moralista no, pero ahora se están creando unas nuevas perspectivas y unos nuevos movimientos de solidaridad que yo no había visto desde la época de lucha contra el franquismo. Y toda esta generación de jóvenes, que era la individualidad encarnada, ahora ya empiezan a ver que juntos pueden hacer pequeñas cosas. Es cierto, tal vez no sirven de nada, pero como mínimo hablan, se escuchan, piensan.

—Me parece que es muy bonito pero que no sirve absolutamente para nada.

—No lo sabemos, esto lo juzgará la historia.

—Ay, señor Ramón, ojalá tenga razón. De hecho, ahora que dice esto de la historia, de historia querría hablar con usted, si es posible.

—De acuerdo, pero si le parece bien podríamos hacer como aquel comisario de novela negra.

—¿Cuál?

—Montalbano. ¿Usted no lee novela negra?

—Sí, a veces, no me gusta demasiado llevarme el trabajo a casa, ¿sabe?

—Ya, pues el comisario este, el siciliano, a veces come acompañado, pero siempre en silencio. Y me parece, por la cara que tiene, que usted lo agradecerá. Y después hablaremos de lo que quiera.

El señor Ramón debía de ser mucho más sabio de lo que aparentaba aquel hombrecillo, porque la degustación en silencio de la *escudella barrejada* y sobre todo de la *girella* me convirtieron en otra persona. Al final le había atrapado, él comía mucho más lento que yo, saboreando cada mordisco. Yo simplemente engullía, ávido de recuperar mi cuerpo. Tenía muy claro que a las once quería estar con los ojos cerrados para rehacerme un poco. Y tenía que conseguir engullirlo todo antes de las diez. Y posiblemente sí, posiblemente el comisario Montalbano debía de tener razón y lo que se necesita para apreciar la buena cocina es comer en silencio y en soledad. Después de los postres los dos nos retiramos al pequeño saloncito de lectura. No había muchos clientes más. Pedimos unas copas de ratafia.

—Y bien, comisario, usted quería hablarme de historia. ¿Qué necesita?

—Usted lo sabe todo sobre la expedición de 1907.

—Todo no, pero sé bastantes cosas, eso sí.

—¿Me puede hacer un resumen rápido?

—Ya lo creo. El 30 de agosto de 1907 salió de Barcelona una misión científica del Instituto de Estudis Catalans formada por Josep Puig i Cadafalch, Josep Gudiol, Guillem Brocá, y el fotógrafo Adolf Mas. El objetivo era explorar la parte alta de los afluentes de la Noguera Ribagorgana, visitar los edificios religiosos y documentarlo todo, en una palabra. Fue una expedición muy importante, impregnada del aire científico de la época, que descubrió por primera vez el románico; bueno, por lo menos lo puso por primera vez a la altura que se merecía. El viaje fue bastante penoso para aquellos hombres, piense que se tardaba más de veintiséis horas en llegar desde Barcelona hasta Caldes. Nuestros prohombres habían recibido algunas indicaciones de mosén Antonio Navarro, que había nacido en Vilaller en 1867 y que el año anterior había participado en el Primer Congreso Internacional de la Lengua Catalana con un estudio sobre el ribagorzano, el dialecto que se habla en la zona, que ahora ha cambiado un poco respecto al que se presentó en aquella comunicación, en la que analizaba la influencia del euskera, que se mantuvo hasta muy avanzada la Edad Media entre las clases populares. La expedición de 1907 puso las bases para salvar una buena parte del arte románico de la zona, aunque eso no fue hasta unos cuantos años después, cuando en 1919 se decidió arrancar las pinturas de Sant Climent, Santa Maria de Taüll y Sant Joan de Boí y llevárselas a Barcelona. Para eso tardaron cuatro años y tuvieron que contratar a algunos maestros italianos para hacer el trabajo y poder trasladar todo este patrimonio a lomos de mulas y burros durante una buena parte del trayecto. Una aventura cultural apasionante, en la que participó el profesor Franco Stelanoni, de Bérghamo, si me permite decirlo. Pero ¿hay algo concreto que quiera saber?

—Dicen que a estos sabios les explicaron una vieja profecía relacionada con un caballero maldito, Hug Roger. ¿Sabe algo al respecto?

—Ciertamente, Puig i Cadafalch se refirió a ella en una carta que envió a Antoni Maria Alcover pocos meses después, donde les explicaba que mosén Cinto, el poeta Jacint Verdaguer, habría estado muy contento si hubiese podido conocer aquella leyenda pirenaica.

—Y, por casualidad, ¿en esta carta no hay ninguna referencia ni ningún nombre ni nada por el estilo?

—No lo sé de memoria, tendríamos que repasarlo con los documentos.

—Claro.

—Pero no ponga esa cara de desanimado, comisario Fuster, que esto será un momento. En la habitación tengo, precisamente, una copia de todos los documentos relacionados con la expedición. Y estoy seguro de que la carta está entre ellos.

Subimos las escaleras hasta la habitación del sabio. Tal vez podríamos tener una pista sobre los herederos de Hug Roger.

—A ver, mire, comisario, esta es la carta. Espere, que con la lupa lo veremos mejor.

El señor Ramón había traído todo su equipo de filólogo investigador: sobre el escritorio de la habitación había instalado su propia escribanía y papel y pluma estilográfica, así como unos cuadernos de notas negras. También tenía un ordenador portátil.

—No se crea, a mí me gusta mucho escribir a mano, porque deja tiempo para pensar, pero el ordenador es indispensable para el investigador de hoy en día. Tenemos que modernizarnos.

—Por supuesto.

—Pues mire, lo que le decía, esta es la carta. Puig i Cadafalch le dice que «es una lástima que el buen padre Verdagner no hubiese conocido esta leyenda. La habría podido incluir en su *Canigó* y la historia habría tenido un añadido interesante. Sobre todo porque hay que recordar que todavía hay gente que cree en la leyenda. Así pues, el actual alcalde, el señor Esculies, tendría que ser quien cometiese los nueve crímenes rituales para poder limpiar su nombre y así evitar que su alma quede condenada, pero en estos momentos me parece, estimado amigo, que el señor Esculies tiene muchos otros quehaceres antes que empezar a matar gente en las iglesias». Bueno, aquí lo tiene, comisario. No sé qué relación puede tener esto con su caso, pero espero haberle sido útil.

—Ha sido mucho más que eso, se lo aseguro. Muchas gracias. Y ahora, le ruego que me disculpe.

—Por supuesto, se ha hecho tarde y es hora de ir a dormir.

Al llegar a la habitación llamé inmediatamente a Mei.

—Diga, comisario.

—Mientras vas haciendo la búsqueda mira también si hay alguien que se apellide Esculies en el valle.

—OK.

—Si lo encuentras despiértame, sea la hora que sea. —De acuerdo.

Me metí en la cama. Estaba hecho polvo. Sobre la mesa estaba el libro de Pessoa. Lo abrí al azar. El fragmento 430 decía:

Habiendo visto con qué lucidez y coherencia lógica ciertos locos justifican, a sí mismos y a los demás, sus ideas delirantes, he perdido para siempre la segura certeza de la lucidez de mi lucidez.

Apagué la luz y me abandoné al sueño.

XXV

Mei pasó por casa antes de ir a la comisaría. También quería ducharse y aprovechar para cenar algo. Descongeló una ración de *escudella barrejada* mientras se duchaba y después le añadió una hogaza de pan con queso. Miraba las noticias sentada en la cocina de aquel piso reformado que había encontrado en el centro del Pont de Suert. Le gustaba recordar la época en la que había sido policía en Barcelona. Mei tenía cuarenta años y, aunque desde hacía tres estaba en el Pont de Suert, añoraba la ciudad y el mar y la época en la que había conseguido sus mayores éxitos policiales. Mei era una mujer de acción que se estaba desperdiciando en aquel pueblo, pero sabía que si volvía a poner los pies en Barcelona alguien la mataría en menos de veinticuatro horas. Había hecho tantos amigos como la gabacha. Y, a pesar de todo, poco a poco le estaba cogiendo el gusto a la vida de pueblo. Y si además le llevaban unos cuantos cadáveres y unos cuantos explosivos, mejor que mejor. La vida, a veces, te proporciona estos pequeños alicientes. Acabó de cenar y se fue hacia la comisaría. Miquel ya había guardado todas las armas en uno de los calabozos, a la espera de que al día siguiente llegasen los encargados de traslados y se las llevasen al almacén de Lleida. Pero si había suerte se las llevarían sabiendo qué eran y de dónde venían. Y a eso dedicaría las siguientes horas.

Mei se sentó ante el ordenador y empezó a mirar la lista de denuncias de robos en canteras de Francia a través del sistema interno de la Interpol. No había ninguno reciente. Fue al depósito y entró. Examinó las cajas. Alguien había hecho todo lo posible para borrar las marcas exteriores. Mei decidió

abrir una y allí fue cuando encontró la sorpresa. Aquella dinamita pertenecía, casi con toda seguridad, al alijo de ochocientos kilos que ETA robó en 1999 en Plevin, Francia. Una parte del explosivo se había recuperado, pero a una cantidad importante se le había perdido completamente la pista. Otra parte se había utilizado en atentados. Mei recordó que justo antes de conseguir infiltrarse en el grupo mafioso ruso, estos habían volado una pizzería de la competencia. Y habían utilizado los explosivos que había robado ETA. En aquellos momentos los investigadores habían llegado a una conclusión sencilla: la banda se abastecía y después ponía en el mercado sus excedentes al mejor postor. Y los rusos habían comprado y habían guardado los explosivos que les habían hecho falta. Después se habían cargado a unos cuantos camorristas italianos en una pizzería, habían muerto cuatro personas y todos habían pensado que les habían estallado los explosivos que ellos manipulaban. Hasta que al final, cuando los detuvieron, también confesaron este crimen. Y ella había sido quien había hecho posible que los muy hijos de puta cayesen. Y ahora le aparecían aquellos explosivos en un sótano de una iglesia románica de la Valí de Boí. Era como para no entender nada. Y tuvo una iluminación. Tenía que entrar en la casa de Cisco de los Espanyolet. Tal vez allí estaba la clave que explicaba todo aquello.

Mei salió hacia Boí. Continuaba nevando. Si seguía así, la temporada de esquí sería excepcional. Y el frío también. Condujo lentamente, con prudencia. No le gustaba hacerlo de noche, y menos cuando las circunstancias climatológicas eran tan malas. Pero aquella carretera ya era un poco como su casa y por eso no sufría mientras se desplazaba hasta Boí. Dejó el coche al lado de la iglesia. Se acercó hasta el coche donde estaba Pere, uno de los *mossos* venidos del valle.

—Pere, ¿cómo va todo?

—De momento todo tranquilo, voy bajando y subiendo entre aquí y Taüll y así me voy entreteniendo. Hace un frío de la hostia, ya he puesto las cadenas. Hasta aquí la carretera está bien, pero en la entrada de Taüll la nieve ya está cuajando.

—Sí, tienes razón, hace bastante frío. Escucha, no subas hasta que yo te lo diga. Tengo que ir un momento a la casa del muerto, ¿de acuerdo?

—Vale, Mei, te espero aquí.

—Muy bien.

Mei se fue hacia la plaza. Cisco de casa Espanyolet vivía muy cerca. Oyó el río. Si continuaba haciendo aquel frío pronto se helaría, como el año pasado. Iba absorta en sus pensamientos y por eso no vio la luz encendida en casa de Cisco casi hasta que estuvo debajo. ¿Quién coño debía de estar allí dentro? La prudencia le decía que tenía que volver atrás, avisar a Pere, pedir refuerzos y esperar. El corazón le decía que tenía que entrar. Cogió la pistola, se acercó a la puerta y entró en la casa. La recorrió. No había nadie. Ni nada. Alguien se les había adelantado y había hecho un registro minucioso de la casa del muerto. Mei se hizo cargo de la situación. Era el oficial de más graduación y no quería joderle el descanso a los demás. Bajó a pedirle a Pere que la acompañase.

—¿Crees que ha sido el asesino, u otra persona a quien no le interesaba dejar pistas?

—Mira, Pere, aquí solo hay tres hipótesis posibles, que ya puestos son muchas hipótesis, pero es lo que hay y no nos queda más remedio que jodernos.

—Tú dirás.

—O bien el asesino ha entrado para evitar que encontremos más pistas y se ha llevado lo que le parecía, o bien alguno de los clientes del material que pasaba Cisco ha pensado que aquí había demasiadas cosas comprometidas y lo ha limpiado todo.

—¿Y la tercera opción?

—O ha sido Josep, que continúa haciendo la guerra por su cuenta y quiere cazar él solo al asesino. Y esta es la peor, porque pueden hacerle daño.

Mei optó por volver a la comisaría. Cuando llegase el cambio de turno ya informaría al comisario. Le recomendó a Pere que estuviese alerta. De camino, llamó Sergiot.

—¿Mei?

—Dime.

—¿Puedes hablar?

—¿Te puedo llamar yo? En diez minutos llegaré a la comisaría.

—Perfecto.

A la sargento se le complicaba la faena. Había encontrado un rastro de los

explosivos, todavía tenía que comprobar qué sabían de los Esculies y tenía que llamar a Sergiot. Y ahora se le sumaba el robo en casa de Cisco. Definitivamente, había días de adrenalina.

—Dime, Marc, estaba conduciendo y está todo nevado.

—Pues agárrate que vienen curvas.

—Tú dirás.

—Tus granadas de fragmentación es muy posible que sean de la misma partida que utilizaron cuatro jóvenes neonazis en el 2002 contra una mezquita en Tolón. El modelo y el número de serie que me has dicho corresponden.

—¿Y de dónde venían?

—Esto es lo más fuerte. Son granadas que se habían robado en una fábrica de Alemania el año anterior. Habían desaparecido bastantes. Aparte de las que se usaron para el atentado de Tolón había unas que se interceptaron en un barco francés que zarpaba hacia Irlanda y otras que tenía ETA en un zulo y que encontró la *Ertzaina* en Navarra en el 2004. Desde entonces no se sabía nada más. Coño, no sé de dónde han sacado el resto del material, pero este alijo tuyo puede explicar muchas cosas de los últimos años. ¿Sabes algo de los explosivos?

—Sí.

—¿Y qué?

—No debería contártelo, pero como te debo una muy grande te lo explico.

—Tú dirás.

—Es la dinamita que ETA robó en la cantera de Plevin.

—Pues chica, cuidadito con quién os las tenéis que ver.

—No sufras, está bien muerto.

—Joder.

—Sí, parece que alguien quiere limpiar esto de indeseables.

—Estos son los más peligrosos, los que se toman la justicia por su mano.

Ya eran las dos. Dentro de una hora empezaría el segundo turno de vigilancia. Pensó en el pobre Pere, que tendría que estar toda la noche en danza arriba y abajo. Miró los resultados del ordenador. Y se dio cuenta de que tenían un problema serio. El apellido Esculies en la Valí de Boí solo registraba, en la actualidad, la presencia de dos individuos. Los dos lo llevaban como segundo apellido. Uno era Xavier Cardell Esculies. El otro era

Josep Martínez Esculies. Nuestro cabo Martínez.

XXVI

En La Ferradura, en Boí, se estaba caliente. Carme y Dolga, las dos camareras, habían llegado hacia las siete de la tarde, habían puesto en marcha la calefacción al máximo y habían empezado a prepararlo todo para que los clientes se sintiesen como en casa. No confiaban en tener mucho público, las pistas de esquí aún no habían abierto y entre semana la gente trabajaba, pero siempre había alguien que quería tomarse una cerveza antes de cenar o una copa después. Y las chicas siempre decían que los turistas estaban muy bien, pero que los que salvaban la caja a final del año eran los clientes de siempre, y a estos se les tenía que tener contentos. Los martes, en La Ferradura, era el día del campeonato de Trivial Pirenaico, uno de los éxitos más rotundos de aquel bar que se había convertido en un refugio-casa para mucha gente.

—Hola, Carme, ¿cómo estás?

—Muy bien, Damiá, ¿y tú?

—Bastante bien, también.

—¿Qué te pongo?

—Un *gin-tonic*.

—Muy bien, enseguida.

Damiá Puig había sido el primero del grupo en llegar. Habían quedado todos allí para tomar unas copas y después ir a buscar los explosivos. Tenían la intención de volar la presa al alba. Se sentó en una de las mesas y se puso a leer.

—Toma, Damiá, aquí tienes el *gin-tonic*. ¿Venís a jugar?

—No, me parece que hoy no jugaremos.

—De acuerdo. ¿Qué estás leyendo ahora?

—Oh, mira, me lo estoy relejendo, *Hacia rutas salvajes* de Jon Krakauer. Está realmente bien.

—Ostras, pues ya me lo dejarás.

—Claro. El martes que viene te lo traigo.

—Perfecto.

Poco a poco llegaron los otros.

—Eh, muy buen libro, este.

—Ya lo creo, Montse. La peli no está mal, pero el libro es sensacional. ¿Y los demás?

—Lluïsa está aparcando y Joan ya baja. Solo falta Martí.

—Bueno, tampoco llega tan tarde.

—No, qué va. Y como está nevando tal vez tarde un poco más, siempre es un poco más complicado desplazarse.

Pero pasó el rato y Martí no llegaba, así que al final decidieron apuntarse y pedir uno de los trivials. Hicieron dos equipos y pasaron el rato. Llegó la medianoche, Martí no había aparecido ni daba señales de vida y en La Ferradura empezaban a recoger.

—Bueno, ¿qué os parece si nos acercamos hasta su casa?

—Sí, claro, es lo único que podemos hacer.

—A no ser que le haya pasado algo por la carretera.

Ninguno de ellos no quiso pronunciar la otra sospecha, la que más les preocupaba. Que hubiese pasado algo en la entrega de los explosivos. Martí no había querido que ninguno de ellos lo acompañase en el encuentro con el proveedor. Era una condición que habían exigido los suministradores para proteger aún más su identidad. Y tampoco habían querido pensar en una última posibilidad: que Martí se hubiese ido con el dinero de los explosivos y les hubiese dejado con el culo al aire. Durante meses habían ahorrado al máximo para conseguir los veinte mil euros que les había costado la dinamita y tal vez ahora se habían quedado sin el dinero y sin los explosivos. Todo esto se les pasó por la cabeza mientras iban por la carretera hacia Vilaller, todos en un coche, Lluïsa al volante con los faros hendiendo la noche. Había puesto un disco de Coldplay porque no tenía ganas de hablar con nadie. Quería estar sola con sus pensamientos. Por la mañana habían matado a un hombre y se lo

habían dado de comer a los cerdos. Y ahora estaban dispuestos a volar una presa, eso si encontraban al hijo de puta de Martí y los explosivos.

Lluïsa se preguntaba a menudo cómo habían llegado a aquella situación. Ella tampoco era del valle. De hecho, el único que era de allí era Damiá, que había nacido en Boí. Ella era hija de Barcelona, del barrio de Gracia, de la plaza Rovira i Trias. Y cada mañana se preguntaba qué coño hacía ella allí arriba, si no se había pasado con su amor por la naturaleza y su lucha por una tierra más justa. ¿Cuál era el límite? ¿El asesinato? Y mientras conducía se iba haciendo estas preguntas, pero no porque lamentase haber matado al policía, sino porque se preguntaba hasta qué punto era ético haber dado su cuerpo a los cerdos. ¿Hasta qué punto tenían derecho ellos a envenenar a aquellos animales, por mucho que las circunstancias fuesen las que fuesen y la necesidad de hacer desaparecer el cuerpo lo justificase? Pero había decidido no sacar el tema a debate, aunque estaba molesta con los otros. Ya puestos, ¿por qué no volaban una central térmica y hacían desaparecer Barcelona entera? Pero callaba mientras escuchaba las canciones de Coldplay y caía la nieve y sus luces hendían la carretera y pensaba que sí, que lo que tendrían que haber hecho era volar Barcelona y cargarse a todos los hijos de puta que había, todos los hombres que le habían prometido amores eternos y después la habían dejado abandonada, incapaces de resistir sus exigencias ambientales, incapaces de tener ideas, ser consecuentes y llevarlas a cabo. Sí, lo que hacía falta era hacer saltar por los aires Barcelona y todo aquel grupo de pseudointelectuales con gafas de pasta que llenaban las mesas de las plazas de Gracia hablando de las pelis de Isabel Coixet o con discusiones bizantinas sobre si son mejores los Manel, los Amics de les Arts, los Mishima o los Antonia Font. Sí, era necesario borrar Barcelona del mapa, pero para ir practicando podían empezar por la presa de Cavallers solo por el gusto de ver cómo se vertía el agua sobre el valle, solo por ver todo aquel hormigón franquista agrietado, hecho migas, los sesenta metros de pared vertical saltando, los sesenta metros de pared vertical por donde había bajado haciendo rápel dos semanas antes, los sesenta metros de pared vertical que tendrían que liberar la furia de las aguas, su furia, sus ganas de borrar a los hombres de la faz de la tierra.

Los otros callaban. Cuando Lluïsa ponía música para conducir, lo mejor

que podían hacer era callar. Habían empezado a aprender a respetar sus silencios. Y quien más quien menos también tenía sus propios pensamientos, su propio mundo, sus ideas sobre lo que era necesario hacer.

Montserrat Tuchmann era la única que no pensaba en nada, o, más bien, que daba vueltas a demasiadas cosas. Pensaba que tendría que bajar a Barcelona, o que tendría que ir a casa y abortar, sacar de su cuerpo la semilla de Jordi Frontera, absorber todas las impurezas de su contacto con un policía, e intentaba indagar en su cerebro, intentaba averiguar qué había fallado, por qué no se habían activado los mecanismos de defensa más elementales, cómo era posible no haber detectado la semilla del mal, cómo era posible haber cometido aquel error. Y se tocaba el vientre y si pudiese se metería la mano en la vagina y se arrancaría ella misma aquel feto y lo contemplaría antes de aplastarlo o de dárselo también a los cerdos, que habían engullido con fruición los testículos del policía, sí, aquella habría sido la mejor opción, sacar la mano ensangrentada por la vagina con el feto y arrancarlo, sin ningún remordimiento, sin preguntarse si habría sido un niño o una niña, simplemente poner fin a aquel sufrimiento, simplemente volver a ser libre.

Joan Martínez se abrochó el cinturón de seguridad. Le daba miedo la concentración de Lluïsa Sampol al volante, le daba miedo ir allí detrás, sin controlar la situación, sin tener capacidad de decisión. Odiaba la noche. Joan Martínez jamás lo habría reconocido pero le tenía un miedo cerval a la oscuridad y a la noche. No podía explicar por qué, pues no sabía de dónde procedía, pero la oscuridad le provocaba auténtico terror, y fuera de aquel coche todo era negro y todo estaba oscuro, y sabía que la única posibilidad que tenía de sobrevivir era atarse el cinturón y cerrar los ojos e imaginar que aquel coche era un submarino resplandeciente de luz, el *Nautilus* del capitán Nemo navegando por las veinte mil millas de viaje submarino, el *Nautilus* del capitán Nemo que odiaba a los ingleses porque habían invadido su India natal, el capitán que había decidido poner fin al colonialismo británico a su manera, con la tecnología más avanzada, con aquella máquina de luz perpetua, y él era uno de los miembros de la tripulación de aquel *Nautilus*, y así lo pensaba mientras el coche hendía carreteras y él se imaginaba que iban a rescatar a Martí, que era su capitán Nemo, que tenía claro quién era el enemigo, que era su líder, que era la persona a la que tenían que seguir, que era la luz.

Damiá Puig no pensaba. Damiá Puig cantaba las canciones de Coldplay en voz bajita y solo deseaba encontrar a Martí y que simplemente todo fuese un problema menor, y solo pensaba en girar y subir hacia la presa de Cavallers y ver cómo salía el sol mientras ellos se perdían más allá de la ribera y hacían reventar la pared de la presa y entonces veían la gran cascada. Damiá Puig cantaba una canción de Coldplay y pensaba en la salida del sol y en el agua, libre, con la fuerza de miles de caballos cabalgando juntos haciendo temblar la tierra, el agua limpiando el valle, el agua sepultándolo todo.

Llegaron a Vilaller a la una de la madrugada. No habían encontrado el coche de Martí en la carretera, así que fueron todos hacia su casa. Y, efectivamente, como todos habían sospechado, como todos habían temido, allí no había nadie.

XXVII

Marta tuvo que reconocer que nunca había comido un queso como aquel. Tenía el gusto de la leche de las ovejas, pero la textura se asemejaba más al queso de cabra que a ningún otro.

—¿Cómo lo habéis conseguido?

—No, querida, este sí que es un secreto que no pienso contarte. Este queso solo lo sabemos hacer los pastores del valle y queremos mantener el secreto y la esencia. No queremos que esto también se pervierta.

—De acuerdo, pues os guardaré el secreto.

Después de cenar se estiraron en la cabaña.

—Nos quedaremos aquí hasta que nos despierten los aullidos. Si vamos descansados estaremos mejor.

Marta no recordaba qué había soñado, solo que aquella noche, en la cabaña, se sintió feliz como no se sentía desde hacía mucho tiempo. Todo olía a oveja. De lana de oveja eran las mantas que le dejaron y que la hicieron sudar mientras dormía; de oveja era la leche que se bebió hacia las tres de la mañana, cuando oyeron aullar a la loba por primera vez, y de oveja volvía a ser el queso que pusieron en las bolsas para ir montaña arriba.

Había nevado bastante, pero la loba se oía cerca, en la montaña. Y luego empezó una persecución cansada, dura, con la loba que iba arriba y los dos hombres y Marta persiguiéndola.

—Está subiendo hacia la cresta todo el tiempo. Parece como si nos esperase y después se alejase, como si nos quisiera indicar alguna cosa.

—Vamos, Marta, no seas fantasiosa. Simplemente sube y nosotros la

perseguimos, y ella está preparada para ir por la nieve y nosotros no, pero dentro de una hora saldrá el sol y entonces ella habrá perdido la ventaja. — Quimet joven se daba así ánimos a sí mismo, cansado como estaba de hollar por una montaña en la que cada vez se hundían más en la nieve.

—No, chico, la loba no perderá nunca su ventaja, no hace falta ni que pienses en ello.

—¿Por qué, abuelo?

—Porque la naturaleza es sabia. Nosotros nos cansaremos mucho antes que ella, de esto no hay duda. De hecho, no sé exactamente qué necesitas, Marta.

—Ver por dónde se mueve e intentar establecer un perímetro. En esta zona es donde tendremos que dejar comida cuando la lobada nazca.

—Perfecto, pues a esto sí que nos ayudará el sol, veremos mejor.

—Muy bien.

Continuaron la marcha nocturna hacia la cumbre de la pica de Cerví. La caminata era cada vez más cansada. Iban ascendiendo por la vieja pista, pero en algunos momentos la nieve acumulada ya les ultrapasaba las rodillas y aún suerte que estaban en la parte del camino de subida. Fuera de aquel sendero la espesura de la nieve era aún mayor.

—De momento ya hay más de cuarenta centímetros, solo hoy, y no parará. Será un buen año para los esquiadores. Para nosotros, jodido. Yo quería aguantar aquí arriba hasta la semana que viene, pero me parece que mañana mismo ya bajaremos hacia el Pont y hasta el próximo mes de mayo.

—Hombre, esto me gustará verlo, será la primera vez que haremos traslado de ovejas de arriba abajo.

—Ya me lo contarás. Son veinte kilómetros al menos con todo el rebaño. Es una tarea mucho más dura de lo que crees, pero absolutamente necesaria. Ya queda muy poca comida aquí arriba. Y hace demasiado frío. También lo agradeceremos nosotros. En el Pont de Suert las casas son buenas, firmes, estaremos mucho mejor que aquí. Y además podremos ir a menudo al pueblo. Perderemos algo de libertad, pero ganaremos un poco de comodidad.

Callaron y siguieron caminando. La loba todavía aullaba. El día empezó a clarear. Eran las seis de la mañana. Debían de estar a dieciocho grados bajo cero, pero el esfuerzo de la caminata los mantenía calientes y sudaban bajo sus

ropas superequipadas. Y allí arriba, cada vez más cerca de la cumbre, vieron el primer rayo de sol. Luego la loba aulló. Había llegado a la cresta y los miraba, aullaba y los miraba.

—¿Lo veis?, os decía que ella siempre nos ganaría, que siempre tendría ventaja.

Y después oyeron el segundo aullido, más potente, más profundo, más grave. Y lo vieron recortado contra el sol: el gran lobo, un macho negro, fuerte, poderoso. Marta se puso contenta porque sabía que aquella lobada ya tendría un cazador.

—¿Qué decías? ¿Qué os hace falta algo de ayuda para llevar las ovejas hacia abajo? Pues aquí ya tenéis una voluntaria. Pero antes os invito a comernos todos los cruasanes que encontremos en Durro, creo que nos los hemos ganado.

Bajaron los tres la Pica de Cerví y nadie se dio cuenta, pero Quimet joven se quedó un poco atrás y contempló a los lobos, el sol y la montaña, y entendió que, al fin, para él, el mundo tenía un sentido.

XXVIII

¿Se pueden añorar las cosas cuando todavía no las hemos perdido? Yo todavía no había salido de la cama y ya estaba añorándola, y tenía la sensación de que esta sensación todavía duraría. Faltaba un cuarto de hora para las tres de la mañana y la madre de Miquel había dejado un pequeño obsequio colgado de la puerta de la habitación: una bolsa con un *termo* de leche con Cola Cao y un buen bocadillo. No sé qué habrían hecho por mí si llego a pagar la habitación.

Salí a la calle. Había mucha nieve acumulada, casi dos palmos, y la temperatura era de quince grados bajo cero. Fui al coche. Por suerte había puesto las cadenas hacía unas cuantas horas y no las había quitado. Vi el coche de Marina Obach justo delante de la iglesia de Sant Feliu, en la carretera. Me acerqué.

—Marina, ¿cómo va todo?

—Muy tranquilo, comisario. No hay nadie. Ahora llevo veinte minutos aquí y me iba hacia Cardet. ¿Ya es la hora?

—Sí, vete a descansar. ¿Quieres café?

—No, quiero dormir un poco.

—Perfecto, yo ahora voy hacia allí. ¿Cómo lo hacías?

—Pues mire, estoy veinte minutos en cada lado y después cambio. Así sé que cada media hora paso por las dos iglesias, no me duermo y además me encuentro la carretera en buen estado, posiblemente porque he pasado yo y voy chafando la nieve, porque está cayendo una... bueno, ahora parece que para un poco, pero ha nevado fuerte.

—Muy bien, así lo haré.

Enfilé hacia Cardet. Al llegar al pueblo vi un coche aparcado ante la iglesia, pero enseguida reconocí el de Mei.

—¿Qué coño haces tú aquí? ¡Me has dado un susto de muerte!

—Perdona, Jaume, pero cuando estaba subiendo hacia aquí he llamado a Marina y me ha dicho que estabas viniendo y he llegado yo antes que tú. Lo siento.

—No te preocupes. Dime, ¿qué has conseguido averiguar?

—Pues bastantes cosas. En primer lugar que las granadas de fragmentación son las mismas que utilizaron unos jóvenes de extrema derecha en Francia para atentar contra una mezquita en Tolón. Alguien las había robado en una fábrica de Alemania y empezó a hacer negocio con casi todo el mundo. ETA compró y, supuestamente, también los irlandeses, porque la partida más grande se encontró en un barco que estaba a punto de zarpar hacia allí. Y ahora tenemos estas.

—Coño.

—Espera, esto no es lo más fuerte. La dinamita es la misma que robó ETA en 1999 en Plevin, en Bretaña, exactamente la misma que usaron los rusos del clan Chevichenko en Barcelona para cargarse la pizzería de unos napolitanos que les hacían la competencia.

—¿Los Chevichenko son los que tu desmantelaste?

—Sí, al final también confesaron lo de la pizzería.

—O sea, ¿la misma dinamita que tenemos aquí la robaron los terroristas de ETA y luego la pusieron en el mercado?

—Es lo más probable. De alguna manera tenían que financiarse y en Plevin robaron más de ochocientos kilos de explosivos.

—Joder.

—Total, cuando he sabido de dónde venían los explosivos he pensado que tenía que hacer una visita a casa de Cisco, para ver si encontrábamos alguna documentación.

—¿Y has ido sola? ¿Y sin orden del juez?

—Vamos, comisario, no me hagas ahora juicios de valor, que hace tiempo que los dos dejamos la academia.

—Está bien. ¿Y qué?

—Estaba la luz encendida y alguien nos había pasado la mano por la cara. No había ningún papel ni, por supuesto, el ordenador. Una limpieza sistemática.

—Mierda.

—Y espérate, todavía falta lo mejor.

—Das miedo.

—Adivina quién se llama Esculies.

—Ni idea.

—Solo hay dos en todo el valle: Xavier Cardell Esculies... y Josep Martínez Esculies, el cabo Martínez, para ser exactos.

—Me cago en todo.

—Y como esto lo he descubierto hace solo media hora, he preferido venir a contártelo que explicártelo por teléfono, o sea que aquí estoy.

—Muy bien, avisaremos a Miquel. Lo primero que tenemos que hacer es entrar en casa del cabo. ¿Dónde vive Josep?

—En Durro.

—Pues allí sí que será complicado pasar. La carretera debe de estar impracticable.

Con Miquel nos encontramos en Barruera. Le explicamos todo lo que había descubierto Mei y él también fue de la opinión de que teníamos que subir a Durro inmediatamente. El inspector se puso delante con su coche, que tenía una pequeña pala para quitar la nieve. Pero era imposible. Nos quedamos bloqueados un kilómetro después de salir de Barruera.

—Esperad, avisaremos a Guillemet.

—¿Quién es Guillemet?

—Es el conductor de las máquinas quitanieves. Es de Durro. Lo sacaremos de la cama.

La charla de Miquel con Guillem fue efectiva. Media hora después la máquina nos había abierto camino hasta nuestro objetivo.

—Lo hago porque es una puta urgencia policial, Miquel, que estas no son horas de ir jodiendo. Es peligroso trabajar de noche.

—Sí, Guillem, ya lo sé, pero es una urgencia.

—De acuerdo, pero el domingo pagas tú los *gin-tonics*.

—Hecho, a ver si tenemos suerte y gana el Barça.

—Esperemos que sí.

Continuamos subiendo hasta el pueblo. Se respiraba paz bajo el metro de nieve acumulada que había en el pueblo. Las chimeneas funcionaban a tope. Se lo remarqué a Miquel.

—Hombre, aquí todavía hay muchas casas sin calefacción central que funcionan con chimenea. Y en estos días trabajan a destajo. Durro está muy alto y hace mucho frío, aunque en realidad es en los pueblos del interior de los valles donde hace más frío, aunque no haya tanta nieve. A veces en el Pont no nieva pero están cuatro o cinco grados más fríos que aquí. Ahora, cuando empieza el frío de verdad, aquí estamos a casi 1.400 metros de altura, por lo que la vida siempre es complicada.

A las cinco de la mañana llegamos a casa del cabo Martínez. Miquel sacó una ganzúa y cinco minutos después entramos en la casa. Estaba notablemente arreglada, pero por la temperatura interior supimos que el cabo no había pasado por allí, como mínimo desde que se fue con nosotros al refugio de Amitges. La casa no era grande. Un comedor muy acogedor con chimenea y con la cocina incorporada. Un dormitorio. Un despacho con unas cuantas estanterías de libros y la mesa con el ordenador portátil y una butaca para leer. En el comedor había un equipo de música y la tele. Un refugio perfecto para un hombre solo.

—¿Josep siempre ha vivido aquí?

—Sí, es la casa familiar. Cuando los padres murieron él vivía en el Pont, en un piso alquilado, pero decidió venir aquí y no dejar que la casa se perdiese.

—¿Conoces la casa?

—Claro, no hace ni una semana estuvimos cenando aquí con Guillem, el cabo y unos amigos de Boí. Daban el partido de la Champions y le tocaba a él acogernos. Nos lo vamos turnando, siempre es más divertido así. Cada partido en casa de alguien. Hacemos una cena sencilla, unos *gin-tonics* y el partido. Es una manera de no perder el contacto.

—¿Notas algo cambiado?

—No, está como siempre.

—Nos podemos llevar el ordenador.

—Pero no podemos hacerlo sin una orden judicial.

—De momento lo cogemos y ya pediremos las órdenes pertinentes. No creo que el juez de Tremp nos ponga muchos problemas si le decimos que era necesario para la investigación.

—Bien, hagámoslo, es el mal menor. ¿Y ahora qué?

—Ahora tendríamos que encontrar la casa del otro Esculies, Xavier Cardell Esculies. ¿Lo conoces?

—No. Supongo que debe de ser un primo, pero no me suena de nada. De todas maneras, dentro de un rato lo podemos mirar en el ayuntamiento.

—¿A qué hora abren?

—A las diez, pero por esto no hay que preocuparse.

—¿Por qué?

—Porque a las siete va Anna de casa Roig y podremos ver el padrón.

—¿Quién es Anna de casa Roig?

—La señora de la limpieza de todas las instalaciones municipales. Ella empieza muy pronto, por las mañanas, porque después se va a trabajar al huerto familiar y por eso le arreglaron estos horarios. Es complicado de explicar.

—Está bien, pero debemos echar un vistazo a nuestras iglesias, las hemos dejado muy abandonadas.

Bajamos al pueblo. Miquel se fue a Coll. Tampoco había novedades. Enviamos a Mei a casa a descansar ni que fuese un rato.

—Vete, dentro de poco te necesitaremos.

—De acuerdo, no os diré que no, pero me voy con la intriga.

—No sufras, dentro de un rato lo sabrás todo.

—Eso espero. Portaos bien.

A las siete en punto entramos en el ayuntamiento. Anna de casa Roig acababa de llegar.

—Hombre, Miquel, buenos días. ¿Ha pasado algo?

—No, tranquila, necesito mirar unos archivos del padrón. Estamos buscando a una persona y no sé dónde vive.

—Ah, pues muy bien, pasa, hijo, tú mismo, y si te puedo ayudar en algo me lo dices.

—Pues mira, ahora que lo dices tal vez sí, porque tú conoces a mucha gente. ¿Te suena un tal Xavier Cardell Esculies?

—Pues claro que lo conozco. Vive en Bol. Pobrecito, tiene a su hija muy enferma, en Lleida, está esperando un trasplante de corazón, pero se ve que no llega. ¿Sabes quién los conoce mucho?

—No, ¿quién?

—Tu sobrina, Irene. Estuvo viviendo con esta chica en Lleida cuando estudiaba la carrera, las dos hacían Historia del Arte.

—Ah, pues no lo sabía. ¿Y sabes dónde vive? ¿En Boí?

—Sí, pero ¿vosotros no os habláis o qué?

—¿Con quién?

—Coño, pues con Josep. Ayer vino a preguntarme exactamente esto. Me dijo que son primos pero que se habían perdido la pista hacía muchos años y que quería ir a darle una sorpresa, y ahora vosotros lo buscáis. No lo sé, hijos, no hay quien os entienda.

Fue entonces cuando Miquel recordó la nota que nos había dejado Josep en Amitges:

Las cosas de la familia las resuelve la familia.

XXIX

Josep nos llevaba un día de ventaja. Él sabía perfectamente a quién buscaba y dónde hacerlo. Hicimos bajar al agente Romeu de Durro y los tres nos fuimos hacia Boí. Xavier Cardell vivía al lado del restaurante La Cabana, en la carretera de Taüll, y nos dirigimos hacia allí. La casa solo tenía una puerta, no había ninguna posibilidad de salida, pero dejamos al agente Romeu fuera por si se le ocurría salir por alguna ventana. Nosotros fuimos hacia la casa. Llamamos. No nos abrió nadie. Y allí ni ganzúas ni hostias. Le pegué dos tiros a la cerradura, una patada a la puerta y santas pascuas. No había mucho que ver, pero entramos dispuestos a disparar sobre cualquier indicio sospechoso. Miquel y yo avanzábamos espalda con espalda, cubriendo todas las posibles líneas de fuego. Nada en la cocina ni en las dos habitaciones. Nos quedaba el comedor. Y allí sí que teníamos una sorpresa.

Sobre la mesa de la cocina y en medio de un gran charco de sangre había dos manos. Eran las de Martí, que estaba atado al sofá con las manos amputadas y amordazado. Sudaba, intentaba llamarnos. Y no se había desangrado porque le habían metido los muñones en aceite hirviendo. Milagrosamente no había perdido el sentido. Miquel hizo venir a Romeu y avisó a una ambulancia. Le quité la mordaza. Y entonces Martí solo se puso a llorar y, esta vez sí, se desmayó.

La ambulancia llegó media hora después. Martí continuaba inconsciente, pero no había que temer por su vida.

—Diga, doctor, ¿cree que le podrán reimplantar las manos?

—Es imposible, quien lo ha hecho se ha asegurado de que esto no pueda

pasar. Con la cicatrización del aceite hirviendo lo único que se hace es aumentar el dolor del paciente e impedir posibles recuperaciones posteriores de los miembros afectados.

—Gracias, doctor. ¿Dónde lo llevarán?

—Lo llevaremos al hospital de Viella, es el más cercano.

—De acuerdo. ¿Nos podrán avisar cuando esté en condiciones?

—Por supuesto.

Teníamos que hablar con él como fuese. Era el único que había estado en contacto con nuestro asesino y había sobrevivido, aunque el precio que había pagado era muy elevado. No fue hasta que se llevaron el cuerpo que encontramos la carta bajo el sofá, en un sobre, dirigida «al primer policía que la encuentre». Era una carta inquietante, escrita a mano, y nos la había dejado Xavier Cardell Esculies, el hombre a quien estábamos buscando. La carta solo contenía un dato tranquilizador: si él era el asesino no lo era el cabo Martínez.

Queridos agentes.

Felicidades si han llegado hasta aquí. Es un placer ver que las fuerzas de seguridad no van tan perdidas como cree la ciudadanía. Solo les ha costado dos muertos localizarme. Faltan siete más. Bueno, en realidad solo son cinco porque en la iglesia de Boí encontraron otro. Ha sido más o menos fácil convencer al agente Pere para que me aceptase un café. ¿Quién desconfía de un pobre payés que sale a vigilar que la nevada no le destruya los invernaderos? No sufran, lo encontrarán bien abrigado en el coche patrulla. Seguramente hacia las diez o las once de la mañana abrirá los ojos y no habrá pasado nada. Los somníferos causan este efecto. Quien no se despertará ya es aquel al que he dejado en la iglesia de Sant Joan. Este es el que más se lo merecía de todos. En cuanto a Martí Sunyer, el joven que no tiene manos, no teman. Ya no podrá matar a nadie más. Lo podría haber utilizado como víctima, pero es demasiado indigno para servir ni siquiera para mis asesinatos. El muy hijo de puta era el líder de un grupito de gente chalada llena de ideas equivocadas que quería volar la presa de Cavallers e inundar el valle. Para eso tenían que utilizarse los explosivos que encontraron en la iglesia de Erill.

A Cisco lo maté porque no es malo ser contrabandista, pero sí que lo es no tener ética y no saber a quién le vendes las cosas y para qué. La regla de oro es que no vendas a quien pueda hacer daño a los tuyos. Y esto Cisco nunca lo tuvo claro. Le viene de familia, su padre delató a más de un maqui. Está bien muerto.

Pero volvamos a Martí. Él y su grupito han matado a un policía. Se llamaba Jordi Frontera. Lo siento porque he llegado tarde para evitarlo. Lo han matado y se lo han dado de comer a una piara de cerdos que encontraréis en la tercera casa de Saraís. Allí todavía podréis recuperar algo del cuerpo.

Pero he dicho que solo me faltan cinco cadáveres porque ya tengo uno en la iglesia de l'Assumpció de Coll, aunque es el más discreto de todos. La semana pasada la hija de casa Llodrá fue a ver a una curandera al Pont para abortar. Solo que yo lo sabía y cuando vino días después al hospital en lugar de curarle la infección lo que hice fue acelerarle el desangramiento. Ahora ya está enterrada en Coll. No se puede ir contra los preceptos divinos y solo Dios puede quitar la vida. Ahora a mí me quedan cinco para poder liberarnos de la maldición y limpiar la ofensa de Hug Roger. Creo que lo conseguiré, con la ayuda de Dios. Mis motivos son poderosos y no espero que los entendáis, solo quiero que sepáis que nunca mato a inocentes, y que si puedo ayudaros en algo así lo haré. Aquí abajo tenéis la lista de todo el grupo de Martí. Se os acumula el trabajo. Os lo proporciono para que así no me atrapéis.

Vuestro,

El ángel de la muerte

Ya lo creo que tendríamos trabajo. Ya analizaríamos la carta más tarde. Envié al agente Romeu hacia arriba a buscar a Pere.

—Sácalo de donde esté, el coche tiene que estar en algún lado. Despiértalo. Si hace falta le metes la cabeza en la nieve, pero tráelo.

Nosotros dos fuimos corriendo hacia Sant Joan de Boí. La puerta estaba abierta, pero todavía faltaba más de una hora para que llegase Irene, a quien aquella semana le tocaba vigilar la iglesia. En la Casa del Parque había poca actividad, tal vez porque todavía no se habían hecho a la idea del asesinato de Cisco de casa Espanyolet y delante todavía estaban todos los taxis, llenos de nieve. Nadie subiría al parque. Era entre semana y había una nevada extraordinaria, así que no había nada que se pudiera hacer. Delante de casa Pey, Valentí estaba quitando la nieve a palazos para que la gente pudiese entrar en el café. Nos vio pasar corriendo. Encendimos la luz de la iglesia. Y, efectivamente, delante del altar había un cuerpo. Era de un anciano y era prácticamente un cuerpo destrozado, difícil de identificar. Sobre la tela que cubría el altar, Xavier había escrito: «Fascista».

Nos acercamos. Xavier había clavado a su víctima en el suelo de madera de la iglesia, seguramente con la máquina de agujerear que ya conocíamos, y después lo había ido lapidando, minuciosamente, con guijarros del río, casi todos iguales. El suplicio podría haber durado horas, pero eso no lo sabríamos hasta que no llegase el forense.

—Bueno, por lo menos a este lo conozco. Es Joan Artigas.

—¿Y es verdad que era un fascista?

—Uno de los peores.

—¿Cuántos años debía de tener?

—Cumplió los noventa y dos la semana pasada.

—Por Dios, ya podría haber esperado a que se muriese.

—La mala hierba nunca muere, hay que matarla.

—Parece que te alegres de que lo haya matado.

—Es que me alegro.

—Coño, Miquel.

—Es el mayor hijo de puta que ha habido en la Valí de Boí.

—Joder, pues después ya me explicarás la historia. Ahora tendríamos que empezar a movilizar gente.

Salimos fuera de la iglesia. Empecé a despertar a todo el mundo y pedí todos los hombres disponibles de Tremp, la Valí d’Aran y la Seu d’Urgell. Empezaba la caza y aquella vez teníamos que ganar nosotros. También llamé al forense y al juez. Mei, Villalonga, Obach y Cese llegaron en media hora.

El agente Romeu recorrió a toda leche los tres kilómetros que hay entre Boí y Taüll. Lo tenía claro. Pediría el traslado inmediatamente. Odiaba la nieve, el hielo y empezaba a maldecir cada rincón del valle. Y tenía miedo, lo reconocía. Pediría un destino tranquilo, regulando el tráfico en cualquier lugar. Y si no se lo concedían dejaría el cuerpo. No tenía alma para hacer aquello. Se había hecho policía para tener un puesto de trabajo seguro, para salir de la crisis, de la miseria, pero él no quería saber nada de crímenes, ni de sangre, ni de manos amputadas, ni de agentes envenenados con el café. Solo quería ser feliz, comprar una casita al lado del mar, tener una familia. No entendía qué culpa tenía él de ser así, de querer cumplir sus sueños. Sí, dejaría los Mossos y volvería a estudiar. Se matricularía en Historia, que es lo que siempre había querido hacer, ya sabía que no se haría rico, que no compraría ninguna casita al lado del mar, pero como mínimo no tendría que enfrentarse a la muerte cada día. Sí, lo tenía decidido, lo dejaba. Ni siquiera pediría el traslado. Esperaría a que se resolviese el caso, a que el asesino fuese capturado, y se iría del valle y de los Mossos. Volvería a casa, con su madre, que lo acogería con los brazos abiertos. Había ahorrado cinco mil euros y calculaba que entre la paga

extra y el finiquito podría ahorrar dos o tres mil más. Suficientes para aguantar unos cuantos meses, para matricularse en la universidad y buscar un trabajo de mierda. Encontrar el coche de Pere fue fácil, estaba al lado de la iglesia de Santa Maria. Sobre el coche había nieve, pero no demasiada, estaba situado bastante a cubierto. El agente Romeu abrió la puerta y cogió a su compañero. Y lo metió en un montón de nieve hasta que se despertó. Y luego se puso a llorar.

—Pere, bienvenido a la vida.

—Muchas gracias. Jodido hijo de puta. No sé qué me dio, pero me estaba durmiendo y me daba cuenta, quería llamaros pero no me salían las palabras, no veía las teclas, y después solo recuerdo tener mucho frío, pero mucho frío, y era Romeu metiéndome en la nieve.

Los dos agentes bajaron enseguida a Boí y nos explicaron su historia.

—Bueno, te has salvado por los pelos. Así desconfiaréis de los cafés que os ofrece la gente.

—Sí, y mira que lo tendría que saber. Esto es como lo de Eddy Merckx.

—¿Qué?

—Eddy Merckx, en el Giro de 1969, dio un falso positivo por dopaje cuando iba líder destacado. Se ve que alguien del público le dio una botella de agua con algo dentro que hizo que saliese positivo en los análisis. Fue uno de los días más tristes de mi vida.

—Dejémonos de historias. Hay un grupo de chicos, altamente peligrosos, que forman un comando suicida que pensaba volar la presa de Cavallers. Los explosivos que encontramos en Erill eran para esto. Hemos encontrado una carta del asesino que dice que se han cargado a un compañero nuestro que estaba infiltrado y que se lo han dado de comer a los cerdos de una casa de Saraís. Mei, quiero que coordines tú toda la acción. Son cuatro, hay que averiguar sus direcciones y detenerlos. Y lo más urgente de todo es empezar por la granja de cerdos y mirar si queda algún resto humano. Hay que verificar la historia y saber si ha desaparecido un agente llamado Jordi Frontera. Mei, esto tienes que hacerlo tú, son tus antiguos compañeros de servicios especiales. Ahora sube un segundo forense desde Tremp, os lo mandaremos allí. Pero seguramente en la casa no viva nadie de los que buscamos o solo alguno. Aun así, son extremadamente peligrosos, o sea que id con cuidado.

—De acuerdo.

—Nosotros esperaremos la llegada del juez y de los refuerzos. Enseguida que lleguen os enviaremos unos cuantos donde nos digas. Mientras intentaremos saber lo máximo sobre Xavier. Pensad que este hombre tiene previsto cometer cinco asesinatos más y que esto de ponernos en bandeja a los ecologistas puede ser solo una maniobra de distracción para tenernos ocupados. Así pues, si a alguien, en algún momento, se le ocurre algo, que lo diga. Es preferible tener ideas locas que no estar con las manos cruzadas. Y ahora, al tajo.

Volvimos a la iglesia mientras Mei se encargaba de preparar los planes. Ahora, la carrera era contrarreloj y teníamos poco tiempo antes de que llegase el juez.

XXX

Irene había llegado para ir a trabajar. No la dejamos entrar.

—Ha vuelto a pasar, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cómo ha sido?

—Lapidado.

—Como el martirio de San Esteban.

—¿Cómo qué?

—Digo que en esta iglesia la pintura mural más importante que tenemos es la del *Martirio de San Esteban*, que murió lapidado. Ha vuelto a aprovechar uno de los motivos para su asesinato.

—Bueno, esta vez tenemos más pistas. Sabemos quién es el muerto y sabemos quién es el asesino.

—¿Y quiénes son? ¿Los conozco?

—En realidad sí, por eso te esperábamos.

Miquel me sorprendió, no sabía que Irene tuviese relación con aquel muerto.

—Pues tú dirás.

—El muerto es Joan Artigas.

—Mira, un hijo de puta menos.

—Es lo que le he dicho yo a Jaume, pero ahora se lo tendremos que explicar.

—El asesino es Xavier Cardell Esculies, y nos han dicho que tú lo conoces. —Ahora hablé yo.

—No puede ser.

—Pues lo es.

—Pero si estuve hablando con él ayer mismo.

—¿Dónde?

—Aquí, en su casa. Le di un libro para su hija. Está muy enferma, esperando un trasplante de corazón.

—¿Dónde?

—En Lleida, en el Arnau de Vilanova. Yo quería ir a verla el lunes, pero ella me pidió si le podía dejar un libro y pensé que ya que su padre va cada día lo mejor que podía hacer era dárselo a él y así ella no tendría que esperar.

—¿Dices que cada día va a verla?

—Sí. Ha pedido un permiso especial en el trabajo y va cada día. Como solo puede estar allí una hora va y viene cada día.

—De acuerdo. ¿De qué trabaja?

—Es médico. Ginecólogo, en la Valí d’Aran, pero no puede ser que sea él el asesino, él nunca lo haría.

—Es él, nos lo ha confesado en una carta.

Irene se sentó en el umbral de la iglesia. No se lo podía creer. Llamé a Lleida para que pusieran vigilancia noche y día en la habitación de Maria Cardell. Tenían que detener a su padre como fuese.

—¿Quién de los dos me explica esto del hijo de puta que tenemos aquí dentro?

—Este hijo de puta es quien mató al abuelo de Irene. Y a muchos otros del pueblo. Es una historia un poco larga.

—Total, tenemos que esperar al juez, al forense y a los refuerzos. Pero ¿sabéis qué? Mejor me la explicáis en el bar. Os invito a desayunar. No sé muy bien por qué pero los muertos siempre me abren el apetito.

—Ostras, ¿sabes que a mí también me pasa?

—Vaya dos, el caso es que me he quedado dormida y también tengo hambre. Y ver a un hombre así y saber que ha sufrido es una buena manera de empezar la jornada.

Entramos en el bar de casa Pey; tostadas con jamón y queso de cabra, vino, café. Un desayuno como Dios manda, aunque seguramente para muchos no dejábamos de ser unos señoritos que no sabíamos lo que era un buen desayuno

de cuchara y tenedor, butifarra con judías, callos, albóndigas o algo parecido, y al acabar un vaso de cazalla para limpiar el gaznate. Pero nosotros no dejábamos de ser policías y yo de ciudad, para más inri.

—Joan Artigas nació en 1920, aquí, y nadie sabe demasiado bien cómo fueron las cosas, pero cuando estalló la guerra civil y con solo dieciséis años consiguió pasarse a los nacionales, con su padre. Siempre habían sido terratenientes, por aquí, y tenían tierras y pastos, y ya entonces eran unos hijos de puta que hacían y deshacían a su antojo, teniendo a la gente casi como esclavos. La cuestión es que se fue y se alistó como voluntario e hizo carrera en el ejército nacional, hasta el punto que a los dieciocho años ya era teniente. Fue uno de los hombres que resistió el sitio del Merengue, en la batalla del Segre, que es donde entró en combate la quinta del Biberón. Allí fue donde se vieron las caras por primera vez Antoni, el abuelo de Irene, y Joan, uno en cada bando. Cuando la guerra acabó Joan volvió aquí con los falangistas y empezaron a matar a todos los que habían estado con los rojos, instaurando su particular reino del terror. Pero la cosa se calmó un poco en 1941, cuando se fue de voluntario con la División Azul. Artigas estuvo en el sitio de Stalingrado y en aquellos tiempos las cosas se relajaron un poco aquí, porque ninguno de los falangistas que se quedaron en el valle era tan hijo de puta como este viejo sádico. Pero en 1943 volvió. Y cuando en 1944 se preparó la invasión de Aran por parte de los maquis, en octubre, él fue de los primeros en ser movilizado para ir a combatirlos. Allí fue cuando volvió a encontrarse con el abuelo de Irene. Antoni había pasado a Francia y había acabado en Argelers, pero pudo salir y vino hacia aquí, aunque se quedó en el otro lado de la raya, en Coflens, muy cerca del Port de Salau. Desde aquí fue pasando a menudo de un lado al otro y ayudó a muchos judíos a escaparse de los nazis en largos paseos por la montaña. Finalmente se unió al maquis y participó en la invasión. Durante la retirada, y mientras los franquistas y los falangistas los perseguían, Antoni se desvió por el Montardo, que entonces ya estaba nevado, y vino a vivir al valle. Se estableció en las cabañas y se dedicó a lo que habían hecho siempre los de casa: cazar y hacer contrabando. Así fue como ayudó a la familia. Se casó, tuvo una hija y continuó haciendo contrabando. Hasta que en 1956 su grupo fue interceptado por el de Joan, que los llevó a Caldes y allí los ejecutó personalmente de un tiro en la cabeza a cada uno. Se

ve que habían robado un alijo de tabaco y de relojes que el mismo Artigas pasaba de contrabando y vendía después a las autoridades falangistas de toda la provincia de Lleida. Desde aquel día son muchas las familias que habrían pagado para ser ellos quienes lanzasen las piedras que lo han matado.

Miquel terminó de explicar la historia y continuó desayunando. El forense y los primeros refuerzos, los del valle, acababan de llegar a la plaza. Salí a recibirlos. Después de escuchar la historia, Xavier me caía mucho mejor.

—Comisario, si se queda usted aquí una semana más tendremos que pedir al ayuntamiento que construya un depósito de cadáveres y me traslado aquí a vivir directamente. Me ahorraré un montón de kilómetros.

—Doctor, yo también estoy contento de volver a verle.

—¿Qué tenemos esta vez?

—Es un hombre de noventa y dos años. Lo ha clavado en el suelo de la iglesia y después creemos que lo ha estado apedreando.

—De acuerdo. Si me permiten.

—Ya lo creo, proceda, proceda.

Miquel y él entraron en la iglesia mientras yo enviaba a los hombres que habían llegado de Aran a Coll. Necesitaba confirmar la historia de nuestro cuarto cadáver. Después llegó el juez.

—Dígame que al menos saben quién es.

—Sí, ahora ya sí. Tiene una hija esperando un trasplante en Lleida. Irá seguro, siempre va, y los compañeros ya lo están esperando.

—Muy bien. ¿A quién se ha cargado esta vez?

—A un auténtico hijo de puta.

—Según parece ya van tres, ¿no?

—Pero este los superaba a todos.

El juez entró en la iglesia y pensó que Xavier Cardell tal vez era un hombre lleno de razones, pero que era un demente peligroso. Y más cuando habló el doctor.

—No lo sabré hasta que no lo haya examinado con precisión, pero este hombre padeció un calvario horrible.

—Hombre, si le clavó los pies y luego estuvo apedreándolo, es normal.

—No, es mucho peor de lo que imagináis.

—¿Qué quieres decir?

—Que antes de empezar a tirarle las piedras grandes primero se divirtió.

—¿Cómo?

—Le tiraba piedrecitas pequeñas con un tirachinas. —¿Por qué?

—Para provocarle un dolor que le hiciese suplicar la muerte.

XXXI

El cabo Martínez dejaba pasar el tiempo en la cafetería del hospital Arnau de Vilanova de Lleida. Había dormido en la ciudad, en el hotel de la estación; lo despertó el ruido de los primeros trenes y bajó a desayunar a la rambla. Compró el *Segre* y *La Mañana* y enfiló hacia el hospital. Sabía que el turno de visitas de Maria Cardell era a la una del mediodía, así que se fue dispuesto a arreglar las *cosas* y a detener a su primo, un primo a quien no había visto nunca y a quien no conocía. Llevaba una mochila llena con los papeles que había encontrado en casa de Cisco de los Espanyolet. Era su gran comodín. Aquel era un material de lujo de compradores y vendedores de armas de todas partes. Al final sí que era verdad lo que le decía todo el mundo, que Cisco era un hijo de puta que lo tenía totalmente engañado. Pero él había preferido cobrar sus seis mil euros extra al mes y dejarse de historias, que ya se sabe que los contrabandistas han untado a los policías toda la vida, y para que lo hiciese otro mejor lo hacía él mismo. Lo que no se imaginaba es que Cisco pasase aquella mercancía y que fuese tan productiva. Aun así, las cosas de la familia las tiene que resolver la familia. Después negociaría una salida honorable y sin demasiadas imputaciones, y quién sabe a lo que se dedicaría después.

Josep había invertido el dinero extra que cobraba de Cisco y algunos ahorros en comprar una segunda casa a las afueras de Durro, además de dar estudios a los niños. La estaba arreglando poco a poco para hacer un pequeño hotel rural. Ahora se dedicaría a aquello, se haría hostelero. Dejaría de ser un agente corrupto. Pero primero tenía que pagar su falta de alguna manera. Había

estado cobrando durante ocho años de Cisco, que le había pagado casi cien mil euros. Con aquello empezaba su segunda vida. Y todavía tenía cien mil más que había ido ahorrando del sueldo. Sí, se podía permitir volver a empezar desde cero. El dinero no da la felicidad, pero ayuda, y es un buen cojín cuando es necesario. Además, los niños ya se habían hecho mayores y, por suerte, hacía mucho tiempo que no sabía nada de su madre.

Josep esperaba sentado en la mesa de la cafetería. Sabía que Xavier vendría para estar con su hija, para estar con ella el poco tiempo que dejaban que los enfermos estuviesen con sus parientes. Sabía que Josep había dejado el trabajo en el hospital de la Valí d'Aran, que había pedido un permiso especial. El día anterior lo había estado buscando allí, esperándolo en balde. Fue cuando supo que tenía a la hija enferma, que esperaba un trasplante de corazón. La gente habla mucho cuando se trata de explicar las desgracias de los demás y cuando uno se inventa historias. Recordó a la celadora de planta de ginecología y cómo se lo tragó.

—Mire, es que yo me llamo Josep Martínez Esculies y he estado investigando en el árbol genealógico y he descubierto que el doctor y yo somos primos. Él no lo sabe y le quería dar una sorpresa. Él es el hijo mayor de la hija mayor de mi abuelo, y yo soy hijo de la pequeña, por eso nos llevamos tantos años.

—¿Y usted vive en Barcelona?

—Sí, pero claro, ahora estoy algunos días por aquí para redescubrir los orígenes de la familia y se ve que el único de los primos que todavía vive por aquí es Xavier.

—Pues el doctor ahora no trabaja aquí, tiene a la hija muy enferma.

—Vaya, qué mala suerte.

—Sí, él va cada día a visitarla y por eso ha pedido un permiso especial. Tal vez tendrá que ir a buscarlo a Lleida, porque no sé si va y viene o cómo lo hace.

—No se preocupe, ya lo conoceré en otra ocasión, en algún otro viaje. Ahora no son buenos días para hacerlo si tiene todos estos problemas.

—Sí, ya le digo, es una bellísima persona, no hay derecho que a la gente buena le pasen estas desgracias. A ver si hay suerte y le encuentran un corazón a la chiquilla.

—Esperémoslo.

Todavía recordaba a la celadora, que le explicó todo aquello mientras él la invitaba a un café de plástico horrible —como todos los cafés de plástico de las máquinas de los hospitales, la globalización solo había conseguido esparcir por todo el mundo las cosas infames, no las buenas; siempre era igual, las peores mierdas siempre eran las que triunfaban—. Y sí, eran malos tiempos para conocerse, pero era necesario, tenían que pararse los asesinatos a pesar de que estuviese bien que alguien limpiase el valle de indeseables. Y por fin sabía por qué lo hacía. No lo hacía por su alma, sino para liberar el alma de su hija, para tener una esperanza más, la de que si las culpas estaban pagadas, llegase el corazón para Maña. Era un padre desesperado dispuesto a asesinar por amor.

Pasaba el rato y Josep Martínez continuaba en la mesa. Había visto llegar a los *mossos d'esquadra* y cómo se habían dirigido a la recepción y después los había visto subir hacia la UCI. Así fue como supo que sus compañeros ya habían conseguido saber quién era el asesino. Había perdido la ventaja de un día, pero él estaba allí abajo, controlando la puerta de acceso, esperando que Xavier entrase para ir a visitar a su hija. Tenía que ser él quien lo detuviera, tenía que ser él porque su futuro estaba unido absolutamente a esta detención. Tenía que ser él y no ninguno de los agentes que había visto pasar con precipitación hacia el pasillo donde esperaban hombres y mujeres, en un debate angustioso, la decisión final: la vida o la muerte. Ahora veía a uno que llegaba a la cafetería. Era joven, no tendría más de veintidós o veintitrés años, y se recordaba a sí mismo cuando entró en los Mossos d'Esquadra: el sueño de toda la vida, ayudar a la gente y hacer cumplir la ley y el orden. Josep, que se hizo policía por la televisión, por las series americanas que veía en reposiciones cuando empezó TV3 y los polis hablaban en catalán: *Starsky y Hutch*, los 92 episodios que ahora había vuelto a comprar en DVD y que se autoregaló cuando fue a Barcelona —baja una vez cada dos meses; va al teatro, al cine y a ver algún partido del Barça, tres o cuatro días en Barcelona, más no, que en la ciudad se angustia, y se compra series y DVD—; se hizo policía por aquellos dos y también, y no le da vergüenza ni lo esconde, por los chicos de *Corrupción en Miami*, que siempre veía en castellano, y pensó que al ser mayor quería ser como Sonny Crockett pero con botas de montaña, que

en la Valí de Boí no hace tiempo como para ir en camiseta, americana y barba de tres días. El policía cogía café en vasos de plástico, tres, uno para cada uno de los agentes que tenían que esperar hasta que apareciese un asesino que venía a ver a su hija, internada en el hospital, un servicio que no les debía de haber gustado para nada, a nadie le apetece tener que esperar buena parte de la mañana en el pasillo de la UVI, que ya huele un poco a muerte y a desinfectante, que ya huele a precadáver, aquel olor fúnebre de los hospitales que enferma a los vivos.

Josep sacó una libreta de la mochila. Había una parte de la contabilidad reciente de Cisco de casa Espanyolet. Sabía hacer bien las cosas, comprar barato y vender caro. Los fusiles tenían que ser para unos italianos. Se lo tenía bien montado. Iba, compraba lo que le hacía falta donde fuese y después lo pasaba por la montaña, lo dejaba un tiempo en reposo en su escondite y después lo vendía. Hacía los contactos por Internet desde cuentas de correo consultables en todo el mundo. Las consultaba a menudo desde locales públicos en bares y locutorios de la Valí d'Aran, el Pont de Suert, la Pobla de Segur, Sort o la Seu d'Urgell. Después el cliente venía, daba una vuelta por el valle, disfrutaba de las iglesias románicas y cuando se iba se llevaba en el maletero del coche la mercancía solicitada. Las armas habían pasado las fronteras, estaban limpias y a punto para usarse. Y la cuenta corriente de Cisco iba aumentando. Y el número de muertes en todo el mundo también. Josep sintió por unos momentos los remordimientos de conciencia. No sabía cuánta gente había muerto por culpa suya, él, que se había hecho servidor del orden público; él, que quería ser como los nuevos *Starsky y Hutch* o como el Sonny Crockett de *Corrupción en Miami*, y que además había cobrado por hacerlo; sí, necesitaría una buena expiación para poder superar aquello, aquella cagada, detrás de la que se imaginaba que solo había paquetes de tabaco, pastillas de Viagra, *foie* y vinos de importación, comprados al productor y vendidos después como si fuesen de los buenos, *champagne* que se haría pasar por Moët o por Dom Pérignon y que no lo sería, camisetas que se venderían en Lleida como si fuesen de grandes marcas y que en realidad se fabricaban en polígonos industriales de Milán o de Marghera o de vete a saber dónde. Josep era consciente de haberla cagado, en aquellos años Cisco podía haber pasado suficientes armas incluso para invadir un país, y él había sido

ciego y sordo, pero ahora tenía los ojos bien abiertos, la pistola a punto en la cintura y un gusto agrio de bilis en la punta de la lengua.

XXXII

Mei paró con todo el equipo en el ayuntamiento. La secretaria les facilitó el padrón. Montserrat Tuchmann era quien vivía en Saraís, los cerdos que se habían comido a Jordi Frontera eran los suyos. Lluïsa Sampol vivía en Taüll. Damiá vivía en Boí, en la casa familiar, y Joan Martínez también vivía en Saraís. Enfilaron la subida a Saraís sin sirenas, con la máxima discreción posible. Se repartieron. Romeu, Pere y Villalonga fueron a casa de Joan Martínez. Mei, Obach y Cese se fueron a casa de Tuchmann.

Hacía frío en Saraís, pero el sol había empezado a salir y lo hacía todo mucho más agradable. La operación en casa de Joan fue muy sencilla. Vieron que volvía de comprar el pan, se acercaron por detrás y en un momento lo tuvieron en el suelo y esposado.

Mei oyó cómo gruñían los cerdos en casa de Montserrat Tuchmann. Todavía debían de estar pegándose el gran banquete con su compañero de operaciones especiales. Le vino un principio de arcada y para disimularlo se cargó la puerta de la casa de un empujón. Al fondo de todo estaba la pocilga. Montserrat Tuchmann oyó los ruidos.

—¿Quién anda ahí?

—Mossos d'Esquadra. No se mueva. Baje las escaleras lentamente y con las manos arriba.

—De acuerdo.

Montserrat Tuchmann obedeció. Sabía que era mucho mejor hacerlo. No tenía ningún arma para defenderse y no quería morir. No había ninguna otra salida por detrás, o sea que lo mejor era seguir las instrucciones de los

mosso. Bajó la escalera. Los agentes se habían cubierto de una posible línea de fuego, pero al final no fue necesario. Montserrat se entregó y en un momento la tuvieron esposada.

—¿Dónde está Jordi Frontera?

—Ayer lo matamos y se lo dimos de comer a los cerdos. Pero yo de usted no me acercaría. Cuando han probado la carne humana ya no quieren nada más.

Mei no le hizo caso. Sacó la pistola y fue hacia donde estaban los animales. Dos minutos después volvió. Había matado a los diez cerdos.

—Ahora tendrá que venir otro a remover la mierda.

Salió y vomitó largamente sobre la nieve. Luego me llamó.

—Jaume, tenemos a los dos primeros pájaros en la jaula. Y, efectivamente, se cargaron al *mosso d'esquadra* y se lo dieron de comer a los cerdos. Yo he matado a los diez cerdos, pero tendrá que venir alguien a ver qué queda de Frontera.

—De acuerdo, buen trabajo. Enviaré al forense de Tremp con algunos veterinarios. Dejad a estos dos en el Pont de Suert. Los otros, ¿dónde están?

—Uno en Boí y otra en Taüll.

—Perfecto. ¿Quieres que vayamos nosotros?

—Si no te importa, comisario, me gustaría acabar este trabajo.

—No me importa. Todo tuyo.

El juez se fue hacia Tremp, el forense hacia la Seu. Antes nos había dado una explicación gráfica del dolor.

—Primero le lanzó toda una serie de pequeñas piedras que le provocaron múltiples traumatismos. Tenéis que pensar que la víctima era una persona de noventa y dos años a quien le habían clavado los pies en el suelo, provocándole ya alguna fractura. Y tenéis que pensar que en una piel tan castigada y muerta como la de una persona mayor, los efectos de las piedras se multiplican. Después empezó con las piedras más grandes. Se las tiró con fuerza en las piernas y la parte central del cuerpo. Una le partió la tibia y, después, otras pedradas fueron destruyendo los órganos internos. Y supongo que, al final, la gran pedrada, que le reventó el cráneo y le debió de causar la muerte definitiva.

—¿Cuánto tiempo debió de durar el suplicio?

—Más de tres horas.

—Todavía es poco, el nuestro ha durado setenta años.

—Si la venganza te sirve de algo, te puedo decir que quien la hizo la planificó y ejecutó a conciencia.

—No me sirve de mucho, pero prefiero que alguien se lo haya cargado y con dolor que no que se hubiese muerto en la cama como el hijo de puta de Franco.

A Miquel no le faltaba razón. Franco había muerto en la cama y sus cuarenta años de asesinatos no se podían investigar por una absurda ley que había querido servir para cerrar la Transición. No. Las dictaduras tienen que juzgarse y sus responsables tienen que pagar sus pecados, sea pronto o tarde. Los muertos tienen que poder enterrarse allí donde les corresponde, cada uno con los suyos. Y los culpables tienen que ir a prisión. Pero ¿qué podía esperarse de un país donde los que gobernaban eran los herederos de aquellos que se habían alzado contra la República, donde las grandes fortunas se habían hecho durante el franquismo o en su cobijo? ¿Donde las ideas, la cultura y el saber se habían perseguido y todavía se perseguían? Por lo menos aquel hijo de puta había muerto como debería haber muerto Franco, apedreado como habían caído regímenes dictatoriales en todo el mundo, apedreado y sin descanso, con las mismas piedras de las lápidas que él había sembrado, apedreado con las mismas losas que él y los suyos habían puesto sobre todos nosotros y que todavía intentábamos levantar. Sí, aquella sí que había sido una buena muerte.

Envié un grupo de los refuerzos a Saraís y otro a Coll, a hablar con los Llodrá. Los agentes consiguieron hablar con la madre de casa Llodrá, que les explicó que ella misma había acompañado a su hija a hacerse el aborto.

—Fuimos a casa de la bruja del Pont. Y ella nos lo hizo. Nosotros no tenemos mucho dinero y ella lo hace barato, ¿sabe, agente?, porque ahora en los hospitales ya no lo quieren hacer gratis. Y la niña era muy joven como para complicarse la vida con una criatura, o sea que fuimos a la bruja y ella nos dijo que siempre podía haber algún riesgo y que si alguna cosa salía mal fuésemos al hospital y dijéramos que había sido espontáneo. Y así lo hicimos. Todos conocemos a alguien en el valle que lo ha hecho y a quien le ha ido bien; por tanto la mujer era de fiar. Y después de hacerlo las cosas fueron bien

hasta que dos días después la niña empezó a sangrar y a tener una infección y fuimos al valle y el ginecólogo que la examinó, el doctor Cardell, dijo que la tenía que operar de urgencia, que estaba muy grave y que había perdido mucha sangre y vino a decirme que haría lo que podría, pero que había muchas opciones de que muriese porque tenía todo el útero infectado y que la infección le había pasado a la sangre. Y, efectivamente, la operó, pero ya no había nada que hacer. Se murió allí mismo, pobrecita. Y de eso ya hace una semana.

—Señora, nosotros lo que necesitamos es que nos diga quién le hizo el aborto.

—Pero no puedo hacerlo, es la bruja, nos maldecirá para siempre...

—Mire, señora, no le podrá hacer nada, no sufra por ello. Piense que si continúa así tal vez haya otras niñas que mueran, tenemos que evitarlo sea como sea.

—Está bien, agente, así la muerte de mi chiquilla no habrá sido en balde, ¿verdad?

—No, no habrá sido en balde, señora.

La bruja del Pont de Suert no era nada más que una comadrona que había sido expulsada de la profesión precisamente por practicar abortos. Miquel fue al Pont para acompañar a los refuerzos hasta casa de la bruja y así poder detenerla. Había hecho lo que hacía siempre, ayudar a abortar a las mujeres que no se podían costear los viajes a Londres, a las clínicas esterilizadas donde iban las niñas bien del régimen, las mujeres que no podían mantener más hijos en aquellos campos ásperos y duros, las mujeres que no tenían otra manera de sobrevivir que recurriendo a sus servicios, a veces mortales. La bruja del Pont tenía setenta años largos y quién sabe cuántos fetos había extraído de los cuerpos de aquellas mujeres. La mayoría de las veces había ido bien. Algunas veces no había habido suerte. Siempre se corrían riesgos. Su existencia era la prueba extrema del fracaso de la educación sexual en el país. Era mucho más importante que los niños y las niñas supiesen colocar un preservativo que no que se supiesen los principios de la Constitución. Total, la Constitución no servía para nada y estaba llena de mentiras. Miquel la encontró comprando en la plaza. Era día de mercado. Cuando lo vio ya sabía por qué iba.

—Vienes a detenerme, ¿verdad?

—Sí, señora.

—Bueno, algún día tenía que pasar. Lástima de niña y lástima por todas las mujeres a las que no podré ayudar.

—¿Qué quieres decir con «lástima de niña»?

—Que yo la maté. Le hice el aborto, pero a la vez le agujereé la vejiga para que útero y vejiga se infectasen. Eso le podría provocar grandes hemorragias y, a la larga, la muerte.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque si no lo hacía, Xavier Cardell me habría matado a mí.

Como Miquel se había ido hacia el Pont, me quedé con Mei y su equipo. En Boí no hubo ningún problema. Damiá Puig vio que íbamos a por él. Salió con las manos en alto, se entregó y decidió que no hablaría si no era delante de su abogado. Perfecto, lo llamaríamos. Me quedé con él. Pasaban diez minutos del mediodía. Las campanas de la iglesia habían tocado porque el mecanismo estaba automatizado. Si todo iba como estaba previsto, a la una Xavier llegaría a Lleida, al hospital, para ver a su hija, y nuestros hombres lo detendrían. Quedaban muchas cosas por explicar, pero todo iba aclarándose. Me quedé vigilando a Damiá en el coche mientras aprovechaba para hablar con los de servicios especiales de los Mossos d'Esquadra en Barcelona. Ellos me confirmaron que hacía meses que Jordi Frontera estaba infiltrado en aquel grupo y que hacía unos cuantos días que no se comunicaba con nadie, pero que a veces eso pasaba, aquel trabajo era así. Les comuniqué que su hombre estaba muerto.

—¿Cómo ha sido?

—No lo sé muy bien, me parece que lo descubrieron.

—¿Cuándo podremos recuperar su cadáver?

—Me parece que nunca.

—¿Cómo?

—Se lo han dado de comer a los cerdos.

—Hijos de la gran puta. ¿Los tenéis?

—Sí, el asesino que perseguimos se ve que también hace la guerra por su

cuenta y nos los ha servido en bandeja. Y al líder, además, le ha cortado las manos.

—¿Dónde lo tenéis?

—En el hospital de Viella, esperando que vuelva en sí para poder hablar con él.

—De acuerdo.

—Ya te mantendré informado.

Opté por ir avanzando trabajo mientras no venían los demás.

—Te llamas Damiá, ¿no?

—Sí, señor.

—Tal vez puedas explicarme de qué va todo esto y te dejes de abogados. El tuyo puede tardar un día en venir y, en un día, a mí se me puede ir la mano y tal vez solo podrá venir a verte a la UVI de algún hospital. ¿Qué me dices, quieres hablar ahora?

—Sí, señor.

Damiá me explicó que Martí había llegado hacía un tiempo y que rápidamente se había ido convirtiendo en el líder del grupo. Se habían conocido todos en La Ferradura y a él, que era el único de Boí, ya le iba bien que viniese gente joven y con ganas de hacer cosas. Habían decidido retornar la paz espiritual al valle y, para empezar, decidieron volar las presas y los embalses construidos durante el franquismo. Pero cuando se había acercado la hora de la verdad, Jordi había manifestado una oposición bastante firme. Por eso lo durmieron, para que no molestase, pero cuando lo registraron vieron que era policía. Entonces Martí se puso furioso y al día siguiente decidió matarlo para continuar con el plan. Y así lo hicieron, lo mataron y después lo tiraron a los cerdos.

—¿De quién fue la idea?

—¿De qué, señor?

—Lo de tirarlo a los cerdos.

—De Martí. Creo que lo sacó de *Snatch, cerdos y diamantes*, una peli de hace unos cuantos años. En ella uno de los mafiosos, el que está haciendo trampas con los combates de boxeo, dice que un cerdo puede comerse tres kilos de carne humana en un minuto y que por tanto una docena de cerdos puede hacer desaparecer a un hombre en un cuarto de hora. Pensó que

Montserrat tenía diez cerdos y todo el día por delante, o sea que lo tiramos allí. De todas maneras, Tuchmann ya le había cortado los huevos y se los había dado a los cerdos antes que nadie, o sea que el camino parecía el más correcto y el más lógico.

Acojonaba oír a aquel chico hablar de corrección y de lógica.

Lluïsa Sampol vio subir los coches de mi gente y supo que iban a por ella. Cogió las dos escopetas de caza, las cargó y buscó toda la munición que tenía en casa. Atrancó la puerta con un armario y se dispuso a resistir el sitio. Tenía doce cartuchos para una de las escopetas y una docena de balas de matar jabalíes en la otra, o sea que estaba dispuesta a hacer todo lo posible para matar a aquellos hijos de puta de los Mossos. Y además tenía un pequeño túnel para poder huir en caso de necesidad. Solo que, claro, en la salida habría mucha nieve y sería complicado. Decidió que empezaría con la de cartuchos. Buscó un buen lugar cerca de la ventana, colocó los dos cartuchos y se dedicó a esperar. Esperó a que los *mossos* bajasen del coche, apuntó y disparó el primer tiro. No consiguió hacer blanco. Disparó el segundo tiro y reventó uno de los coches.

—A cubierto, poneos todos a cubierto. Hija de la gran puta.

Por suerte nadie había quedado herido. Lluïsa Sampol colocó dos cartuchos más. Y habló.

—No tengo la intención de entregarme, pero tampoco os quiero hacer daño. Marchaos y no os dispararé. Vosotros no entendéis nada ni lo entenderéis, sois los perros del sistema. Volved con vuestras familias y dejadnos vivir en paz.

—Lluïsa, todos tus amigos están detenidos. Tenemos a Montserrat, a Joan y a Damiá, solo faltas tú. De Martí ya se ha encargado alguien, le han cortado las manos y ya no podrá matar a más policías. Sabes que no tienes escapatoria, o sea que entrégate y pongamos fin a esto sin violencia.

—Mientes, perra, como siempre habéis mentido los esclavos. Idos y no os pasará nada, os lo prometo.

—Escucha, Lluïsa, todo lo que te he dicho es verdad, entrégate y no pasará nada.

Mientras Mei hablaba, Cese había llegado hasta la puerta de la casa e intentaba entrar. Lluïsa volvió a disparar la escopeta contra los coches. Obach

respondió y dos balas entraron por la ventana.

—Buen disparo, Marina. ¿Crees que puedes tener controlada la ventana?

—Lo intentaré.

—No, hazlo, necesitamos que no salga y poder enviar a alguien más hasta la puerta.

—De acuerdo.

Marina se concentró y volvió a disparar apuntando a la ventana. A pesar de su posición de desventaja, dos balas más volvieron a entrar en casa de Lluïsa, mientras Mei reptaba para ir a reforzar la puerta. Marina Obach lo estaba haciendo de coña. No en balde, había sido una de las mejores tiradoras de la academia. Lluïsa descargó unos cuantos tiros más por la ventana, pero desde otra posición. Cogió la escopeta y decidió que era el momento de utilizar el túnel. Calculó que tardaría unos diez minutos en llegar al otro lado. Después tendría que caminar diez minutos más y podría encontrar una de las motos de nieve de los guardas del parque y con aquello podría huir. Deseó con toda su alma que el armario aguantase todavía diez minutos más. Preparó la escopeta de cartuchos encima de una silla. Cuando el armario cayese, se dispararía dos veces. Con un poco de suerte, tal vez heriría a alguno de los *mossos*.

Mei y Pere consiguieron llegar hasta Cese.

—¿Qué crees que hay detrás?

—Creo que es un armario. Pero si ella solo es una y ha podido moverlo, nosotros también tendríamos que poder.

—Pues vamos.

Pere y Cese empujaron y la puerta cedió, y también el armario, que cayó sobre la puerta del túnel. La escopeta se disparó, pero no atrapó a ninguno de los agentes.

—Hija de puta, un poco más y nos afeita en seco.

—Mirad, ha huido por aquí, por eso estaba tan quietecita.

Mei había descubierto la puerta del túnel por debajo del armario. Pere y Cese la levantaron y la sargento disparó cuatro o cinco tiros. Pero no le dieron a nadie.

—Hay un túnel que no sabemos dónde va. Pere y yo lo seguiremos, vosotros estad alerta, repartios. Recordad que va armada y que es muy

peligrosa.

Pero no hizo falta que se repartiesen. El agente Romeu la vio salir más allá de la iglesia de Sant Climent de Taüll y corrió como un poseso detrás de ella. El agente Romeu no sabía qué lo había impulsado a correr así, ni de dónde había sacado el coraje para hacerlo. Él simplemente corría detrás de la sospechosa. Corría y corría para no tener que pensar qué tendría que hacer después. Le iba robando metros. Sabía que tendría pocas oportunidades de cogerla, pero pensaba que tendría suficiente energía para llegar a poder dispararle desde un lugar en el que fuese un blanco fácil. Corría y casi no oía los gritos de los demás, que también corrían detrás de él, que lo perseguían como si él fuese la liebre que todos los podencos querían atrapar. Corría como aquellos perros del canódromo, siempre sórdido, cerca de su casa, donde a veces lo llevaba el abuelo porque decía que el nieto le traía suerte; corría como aquellos perros delgados, afilados, de cola larguísima, y al recordar el canódromo corría más y le iba ganando metros a Lluïsa, que solo quería llegar hasta la moto de nieve. De repente vio claro que no llegaría, que primero tendría que eliminar a aquel policía hijo de puta que corría tanto. Se paró en seco, se puso la escopeta en la espalda y apuntó. El agente Romeu, que vio la maniobra, también sacó el arma y no dejó de correr. Sabía que tenía que moverse, constantemente, que si se paraba estaba muerto. Continuó hacia adelante y luego tuvo claro lo que tenía que hacer y empezó a vaciar el cargador, una bala tras otra, doce, antes de notar el tiro en la rodilla y caer al suelo, como el conejo finalmente cazado por los lebreles. Pero había funcionado. Lluïsa había visto al *mosso*, que no paraba de correr en zigzag, y había apuntado al cuerpo y no había visto que él también disparaba. Los otros llegaron un par de segundos después.

Y él tuvo tiempo de perder el sentido con espectadores. Lluïsa estaba bien muerta. Cinco de las doce balas del agente Romeu habían hecho impacto. Tres habían ido a la cabeza. No sé quién había dicho que era mal tirador.

XXXIII

Josep estaba empezando a perder la paciencia. Esperar siempre le había puesto de mala leche. Ya había ojeado los periódicos de arriba abajo e incluso se había leído algunos artículos de opinión. Todos hablaban de lo mismo: de la tibieza del Gobierno ante las imposiciones de Madrid; de las traiciones de Duran i Lleida; de las guerras internas en el Barça, ahora que Guardiola se había ido; y de recetas económicas para salir de la crisis. Al final, todo aquello ya cansaba. Tenía la sensación de estar leyendo siempre el mismo periódico, cada día, una vez tras otra. Incluso había empezado a escribir en sucio las notas para su informe, había analizado todo el material que se había llevado de Cisco y estaba sacando sus conclusiones. Cisco compraba y vendía básicamente armas a todo el mundo que operaba en la Península: ETA, la Camorra, los colombianos, grupos extremistas radicales, bandas de atracadores. Respetaba a todo el mundo y todo el mundo lo respetaba a él porque haberlo quitado de en medio habría comportado joder el negocio, y ya se sabe que el negocio siempre es sagrado, y más cuando hay una cantidad indecente de dinero por medio.

Y al final, cuando faltaban diez minutos para la una, lo vio llegar. Había tenido tiempo de buscar su foto en Internet entre el personal médico del hospital de la Valí d'Aran. Le habían otorgado una distinción como uno de los ginecólogos más efectivos y profesionales de comarcas. Y no había duda de que era él. Lo había visto alguna vez en La Ferradura y algún día de mercado en el Pont de Suert. Así pues, tenía delante a su primo asesino. El doctor había vuelto al valle veinte años atrás. Y es cierto que él no se acordaba porque

cuando Xavier se había ido, él todavía no había vuelto. Y volvió al valle cuando cambió la plaza de ginecólogo en Barcelona para ir al hospital de Vielha. Había vuelto con una niña de cinco años y sin mujer —los había abandonado y se había ido a vivir a París con un amante que decía que quería ser pintor y que la acabó dejando por una estudiante de Bellas Artes que le hacía de modelo para pagarse los estudios—. Y ahora aquella niña es la que estaba esperando en Cuidados Intensivos a que le llegase un corazón para poder continuar viviendo mientras su padre se dedicaba a matar gente en las iglesias porque la perseguía una antigua profecía. Estaba convencido de que si conseguía los nueve cadáveres, Dios enviaría un corazón para su hija y se salvaría, y él lograría así el perdón divino. Un tarado mental, en definitiva. Fue a recibirlo en las escaleras, en la parte de fuera del hospital.

—Xavier, buenos días.

—Buenos días, Josep.

—Vaya, ¿o sea que sabes quién soy?

—Claro, yo lo sé todo sobre la familia.

—¿Y sabes qué estoy haciendo aquí?

—Supongo que has venido a detenerme.

—Sí.

—Pero me parece que no puedes hacerlo.

—¿Por qué no?

—Porque ya no eres policía, porque no has sido nunca suficientemente digno de llevar la placa, la pistola y el escudo de Catalunya en el pecho, porque eres un corrupto que ha ayudado a matar a miles de personas. Por eso no puedes detenerme, Josep. Y porque si lo intentas serás el responsable de la mayor matanza que jamás haya habido en esta ciudad.

—¿Qué coño dices?

—Esto.

Xavier se abrió la chaqueta y Josep vio que estaba repleta de explosivos y que él mismo llevaba el detonador en la mano.

—Si te me acercas o si noto cualquier cosa, apretaré el detonador y nos iremos todos a tomar por culo. Yo no podré salvar a mi hija, pero la culpa la tendréis vosotros, tú y todos tus amigos. No sé por qué no me dejáis acabar mi obra en paz. Si, total, estoy limpiando el valle de indeseables.

—No, esto no es verdad, tú no eres Dios, no puedes ir matando a la gente así como así.

—Mira, en esto tienes razón. No soy Dios, solo soy su ángel vengador.

El policía joven se había acercado hasta donde estaban los dos hombres. Había avisado a sus compañeros, que acudieron corriendo.

—Bueno, veo que tenemos compañía. Agentes, no tengo nada contra ustedes. Como ven, vengo repleto de explosivos. Veinte kilos, para ser más precisos. Solo tengo que apretar este botón y todos ustedes volarán por los aires, así como también todo el hospital. Hay veinte kilos más de explosivos en la sala de calderas. Ninguno de ustedes quiere provocar una matanza. Ya sé que esto les puede sonar más a una película americana que no a la vida real, pero es absolutamente cierto. Aquí también sabemos hacer las cosas a las bravas cuando hace falta, y ustedes no saben cuán desesperante es la situación para un padre que ve morir a su única hija. No tengo nada contra ustedes y no quiero que salgan perjudicados, pero tienen que dejarme acabar mi trabajo. Me faltan cinco asesinatos y así Dios le dará un corazón a mi hija. Este hombre que ven aquí delante es policía. Ahora quiere pararme e impedir mi propósito, pero solo porque yo maté a un primo suyo. Se llama Josep Martínez Esculies y es cabo de los Mossos en el Pont de Suert. Estoy seguro de que el comisario Fuster es quien les ha llamado a ustedes para que vengan aquí a detenerme. También tengo la certeza de que si lo llaman estará muy feliz de saber que el cabo Martínez está aquí con nosotros.

Josep vio cómo los otros tres dudaban. Uno, el más veterano, ya había pedido refuerzos y sabía que tenía que distraer a aquel hombre diez minutos más.

—Si hago lo que usted dice, ¿hablará con el comisario?

—Por supuesto, será todo un placer saludarlo.

—De acuerdo, primero tengo que llamar a la central para que me lo pasen, ¿algún problema?

—No, al contrario, será un placer ver cómo detienen a Josep por asesino. Y es una lástima, me habría hecho ilusión que fuese uno de mis cinco cadáveres que faltan. Pero será todo un placer imaginarlo en la cárcel, sufriendo por su vida cada minuto. Lástima que no pueda verlo.

—Señor, tengo al comisario Fuster en línea. ¿Qué quiere hacer?

—Como no tengo secretos, mejor ponga el manos libres.

—De acuerdo.

—Jaume, Jaume, Jaume... ¿Cómo está Martí? ¿Ya ha hablado? ¿Ya te ha explicado cómo le corté las manos y cómo le freí los muñones o todavía está en estado de *shock*? ¿Y el forense, ya ha decidido quedarse a vivir aquí? Seguro que Miquel debe de estar muy contento de ver cómo me he cargado a Joan. ¿Te ha sorprendido su reacción? ¿Te la imaginabas? ¿Esperabas ver a tu amigo deseando la muerte de un hombre?

—Vamos, Xavier, déjate de filosofadas y entrégate.

—Jaume, creo que no te han explicado bien la situación. Josep está delante de mí y me quiere parar, él, que también tendría que estar muerto porque dejó que Cisco traficase con armas que han servido para vete a saber qué vilezas. Pero la cuestión es que está vivo. Él habría querido detenerme, como también los tres agentes que has enviado, contra quienes no tengo nada personal. Pero si dan un solo paso vuelo el hospital. Hay veinte kilos de explosivos en la sala de calderas y yo tengo veinte más encima, o sea que tú mismo.

—Vas de farol. Si te cargas el hospital Maria morirá y todos tus esfuerzos no habrán servido de nada.

—¿Y qué harás, comisario? ¿Te irás del valle? ¿Me dejarás dos días para que pueda matar a los cinco que me faltan y después me detendrás? No. Tú no puedes hacer eso, tienes que acabar conmigo, y yo solo tengo un seguro que son los explosivos, o sea que me parece que estoy ganando la partida. Y creo que no puedes tener quejas de mí. Hoy has podido detener a un grupo de ecoterroristas zumbados que además son asesinos de policías, has podido detener a una abortista asesina y has visto cómo poco a poco se iba imponiendo mi lógica y mi justicia, y seguramente te ha parecido bien o has visto gente a la que le ha parecido bien. Ahora dame un gustazo y haz que Josep se entregue.

—Está bien, quiero hablar con él, y en privado.

—Concedido.

El policía le dio el teléfono a Josep.

—Comisario, lo siento.

—Hijo, déjate de historias, ahora no es el momento. Dime, aparte de los explosivos, ¿va armado?

—Bueno, tiene un gran cuchillo de caza, pero nada más.

—Muy bien. ¿Tú tienes tu arma?

—Sí, comisario.

—Ahora escúchame bien. Quiero que la cojas como si fueses a dársela a tus compañeros, ¿de acuerdo?

—Sí, comisario.

—Pero no lo harás.

—¿Y entonces?

—Vacía el cargador contra Xavier.

—Pero...

—No te preocupes, no lo hará. No tiene ningún comodín en la mano, va de farol.

—¿Quieres decir, comisario?

—Estoy seguro. Un hombre que asesina para salvar a su hija no se la cargaría. Haz lo que te digo.

Josep colgó. Su oportunidad de redención acababa de llegar. Hizo exactamente lo que el comisario le había dicho. Hizo como si fuese a entregar el arma a sus compañeros, pero después la giró y empezó a disparar contra Xavier hasta vaciarle el cargador. El policía más jovencito fue quien reaccionó primero. Sacó el arma y disparó contra Josep. A la cabeza. Tres veces, hasta que dejó de moverse. Después vinieron las prisas. Salieron médicos y enfermeras del hospital. Josep estaba bien muerto y el policía más joven estaba ahogándose, víctima de una crisis de ansiedad. Xavier también estaba muerto. Josep era bueno, era uno de los mejores cazadores del valle. Siete tiros, dos en el corazón, dos en el vientre, tres en la cabeza. Y, efectivamente, lo de los explosivos de Xavier era un farol.

XXXIV

El fin de semana siguiente estaba en la terraza de casa de Jaume Planagumá, en algún lugar del Empordá, y le explicaba toda la historia.

—Al final aprovecharon el corazón del pobre Josep y se lo trasplantaron a Maria. Justo a tiempo. No habría sobrevivido ni un día más.

—Coño, pero a pesar de todo con esta historia no me convencerás de la utilidad de llevar pistola. Aquel pobre chico debe de estar aterrorizado.

—Bueno, todavía está en estado de *shock*.

—¿Y el resto cómo ha terminado?

—El agente Romeu tiene una lesión bien jodida. El tiro le ha roto la rótula por múltiples lados. Me parece que tendrá que pasar a hacer trabajo de oficina.

—Pobre chico.

—Sí, no habría apostado jamás a que sería él quien correría detrás de aquella loca. Lo creía más miedoso. Supongo que le darán alguna condecoración. El juez cerrará el caso rápido, como mínimo el de los cuatro asesinatos, y nosotros hemos conseguido dismantelar un peligroso grupo ecoterrorista y detener a una pobre abortista-bruja. Ya ves, nunca más aceptaré impartir ningún curso en ningún lugar.

—Es lo que hay que hacer, chico, atrincherarse en casa con buenos libros y con buen vino.

—Ya lo creo.

Nos comimos el arroz y nos bebimos el vino. Y después continué la ruta hacia París. Añoraba a mi hija y aquella vez sí que quería tener vacaciones.

Lejos del país de los crepúsculos.



SEBASTIÀ BENNASAR (Palma, 1976) es licenciado en Humanidades por la UPF (2009) y Máster en Historia del Mundo (2011). Periodista, escritor, traductor y agitador cultural, ha desarrollado su actividad principal entre Mallorca, Lisboa (donde vivió entre 2009 y 2013) y Barcelona. Imparte clases de escritura creativa en diversos centros cívicos y desarrolla trabajos de asesoría literaria para diversas editoriales. Investiga sobre la novela negra y su relación con la historia contemporánea. Ha fundado la revista Bearn Black (bearblack.com) dedicada en exclusiva a la divulgación del género.